

# **Reportaje al pie del patíbulo**

**Julius Fucik**

**Editorial Agora**

## Indice

Sobre el autor  
Introducción,  
por Gusta Fuciková  
Escrito en la cárcel de la Gestapo en Pankrác,  
durante la primavera de 1943  
CAPITULO I  
Veinticuatro horas  
CAPITULO II  
La agonía  
CAPÍTULO III  
Celda 267  
CAPÍTULO IV  
La 400  
Interludio de mayo de 1943  
400  
CAPÍTULO V  
Figuras y figuritas  
Los Jelinek  
19 de mayo de 1943  
Mi testamento  
22 de mayo de 1943  
Los Vysusilovy  
Lida  
Mi comisario  
Los tiradores - Intermezzo  
CAPÍTULO VI  
El estado de sitio de 1942  
CAPÍTULO VII  
Figuras y figuritas (2) (Pankrác)  
“El Samaritano”  
“ El molinero”  
Koklar  
Rossler  
“Eso”  
Smetonz  
El director de la cárcel  
El enfermero de la cárcel  
“El flemático”  
“Kolin”  
‘El nuestro’  
Papá Skorepa  
CAPÍTULO VIII  
Un fragmento de historia  
OTROS DOCUMENTOS  
A propósito de los héroes y de! heroísmo  
Seis cartas de Julius Fucik desde la cárcel  
I  
II  
III  
IV  
V  
VI

## SOBRE EL AUTOR

Julius Fucik nació el 23 de febrero de 1903 en Smichov, barrio obrero de Praga, capital de la actual República Checa. Además de tornero trabajó en la fábrica de Ringhofer; gustaba del canto, actuando en distintos teatros del país.

En 1914, cuando estalla la Primera Guerra Mundial Fucik ingresa en el Instituto de Segunda Enseñanza, editando *Slovan* (El Eslavo), su primer periódico juvenil a los 12 años, también editó *Cehc* (El Checo).

El primero de Mayo de 1918, un año después de la Revolución Rusa, participó de la manifestación obrera en Plezn, ciudad que albergaba a la famosa fábrica Skoda, acompañado de varios de sus compañeros de estudio.

La proclamación de la república encontró a Fucik ilusionado con las fuerzas que derrocaron al imperio Austro-Húngaro.

En 1920 fue miembro de la cooperativa que editaba *Pravda* (La Verdad) en Plezn. A los 18 años se afilió al Partido Comunista y comenzó sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de Praga.

Escribe en varios periódicos, *El Socialista*, *Pramem* (La Fuente) y *Avantgarda* (La Vanguardia). Además en el 25 comenzó a publicar informaciones sobre espectáculos teatrales en *Rude Pravo* (El Derecho Rojo), órgano central del Partido Comunista de Checoslovaquia.

En 1930, con cuatro delegados, viajó clandestinamente a la URSS. Volvió a su país para relatar los enormes esfuerzos en la construcción del socialismo que llevaba a cabo su primer Plan Quinquenal. En uno de sus viajes, fue detenido y trasladado a la cárcel de Pankrác, lugar donde volvería posteriormente.

En 1933, fue publicado en *Tvorba*, "Teresita y el jovial embargador", su primera novela corta.

En ese mismo año se convirtió en redactor en jefe de *Halo Noviny* (*Halo periódico*) nuevo diario cultural y político del Partido Comunista. Fucik se vio obligado a vivir en la clandestinidad. En 1934 viajó secretamente a la URSS y la recorrió durante dos años. En 1936 se lo encontró como defensor del pueblo español contra el dictador Franco. Además trabajó en la formación de un gran frente alertando sobre el peligro de fascismo.

En 1938 retoma la redacción de *Tvorba*, en momento en que el Partido Comunista movilizaba al pueblo por la independencia de la República. Con la aceptación del Pacto de Munich, el gobierno traidor decretó sin tardanza la prohibición de todas las publicaciones del Partido Comunista. Fucik sigue escribiendo artículos en la clandestinidad. Un año después el 15 de Mayo de 1939, la ocupación del territorio Checo es total por parte del ejército nazi.

Buscado intensamente, vive en Praga, ocultándose en hogares obreros. En esa situación sigue estudiando la historia de la literatura checa y reestableciendo contactos con miembros del primer Comité Central ilegal del Partido Comunista.

En Nombre de la intelectualidad de su país escribe su *“Carta abierta a Goebels”* ministro nazi de propaganda: *“Pero si usted, calumniador infame se imagina que nosotros, intelectuales checos, tenemos menos orgullo y menos carácter que el pueblo del que brotamos, si usted se figura, que podrá reducirnos o atemorizarnos para que nos alejemos y vallamos con la Gestapo contra el pueblo; si usted piensa todo eso, oiga nuestra respuesta que le reiteramos, no, nunca, jamás”*.

En 1941, al ser detenido el Comité Central, Fucik cooperó en la organización del segundo y quedó a cargo de la dirección política y de la propaganda en la prensa. Además de asegurar la publicación ilegal de *Rude Pravo*, editó la *Constitución de la URSS* y la *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS*.

Miles de comunistas y de patriotas checos fueron encarcelados y ejecutados. La Gestapo quería liquidar el combate clandestino y terminar con el órgano dirigente del PC.

El 24 de abril de 1942 Julius Fucik cayó.

El 25 de agosto del año siguiente, luego de feroces torturas, Fucik es juzgado en Berlín.

Se le preguntó si reconocía haber ayudado con sus actos a la Rusia bolchevique, a lo que respondió: *“Si he ayudado a la URSS, he ayudado al ejército rojo, y eso es lo mejor que he hecho en mis 40 años.*

*... (Me hice comunista porque no podía ni quería resignarme a sufrir el régimen capitalista... ahora van a dictar ahora su sentencia. Conozco su contenido. La muerte a ese hombre. Mi veredicto acerca de ustedes lo he dictado hace ya mucho tiempo, escrito con sangre de la gente honrada de todo el mundo: ¡Muera el fascismo, muera la esclavitud capitalista! ¡La vida al hombre! ¡El porvenir al comunismo!*

El 8 de septiembre de 1943, al alba de su décimo cuarto día de condenado, fue ejecutado en el presidio hitleriano de Plotzensee, en Berlín.

## INTRODUCCIÓN

En el campo de concentración de Ravensbrück, mis compañeros de prisión me comunicaron que mi marido, Julius Fucik, había sido condenado a muerte el 25 de agosto de 1943 por el tribunal nazi de Berlín.

Las preguntas referentes a su suerte ulterior han resonado como un eco vano a lo largo de los altos muros del campo. Después de la derrota de la Alemania hitlerista en mayo de 1945, fueron liberados de las prisiones y de los campos de concentración los prisioneros que los fascistas no tuvieron tiempo de matar o de torturar hasta la muerte. He tenido la suerte de contarme entre los liberados. He vuelto a mi patria Libre. He buscado los rastros de mi marido. He hecho como otros miles y miles que buscaban y buscan aún al marido, a la mujer, a los hijos, a las padres y madres deportados por los ocupantes alemanes, en alguno de sus innumerables lugares de tortura.

Supe que Julius Fucik había sido ejecutado en Berlín el 8 de septiembre de 1943, quince días después de ser condenado.

Supe también que Julius Fucik había escrito en la prisión de Pankrác. Fue su guardián, A. Kolinsky, quien le facilitó los medios de hacerlo, llevándole a la celda, el papel y lápiz necesarios. Es él también el que se llevó a escondidas las hojas del manuscrito redactado en la prisión.

Tuve una entrevista con ese guardián. Poco a poco recibí todo lo que Julius Fucik escribió en su celda de Pankrác. Las hojas, numeradas, estaban ocultas en casas de distintas personas y en diferentes lugares; las he reunido y hoy las presento al lector. Es la última obra de Julius Fucik.

**Gusta Fucikova**

## ESCRITO EN LA PRISIÓN DE PANKRÁC DURANTE LA PRIMAVERA DE 1943

Estar sentado en posición de firme, el cuerpo tenso. Inmóvil, las manos pegadas a las rodillas, los ojos fijos hasta la ceguera sobre la pared amarillenta del depósito, en el palacio Petschek, de Praga, no es seguramente la postura más favorable para reflexionar. ¿Quién podría, entonces, forzar a una idea a permanecer así, sentada, en posición de firme?

Tal vez nunca sabremos a quién y cuándo, se le ocurrió denominar a este depósito del palacio Petschek, el cine; he ahí una idea genial. Una sala espaciosa, seis largos bancos en filas apretadas, ocupados por los cuerpos inmóviles de los reos y frente a ellos la pared limpia como una pantalla de cinematógrafo. Ni las productoras de todo el mundo han podido rodar tantos films como los proyectados por los ojos de los reos sobre el muro, mientras esperaban un nuevo interrogatorio, o la tortura, o la muerte. Los films de la vida entera y no los de los pequeños detalles de la vida; los de la madre, de la mujer, de los hijos, del hogar destruido, de la existencia perdida; el film de un camarada valiente y de la traición; el film de ése a quien yo di aquel volante, de la sangre que correrá aún, de un fuerte apretón de manos, garantía de fidelidad. Films colmados de terror y de resolución de odio y de amor, de angustia y de esperanza. Cada uno de espaldas a la vida, muere aquí ante sus propios ojos. Pero no todos renacen.

He visto cien veces mi propio film, mil veces sus detalles. Ahora trataré de contarlo. Si el nudo corredizo aprieta mi cuello antes de llegar al final, aún quedarán millones para terminar este film con un *happy end*.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Final feliz (en inglés en el original).

—Listo, nos volveremos a encontrar después del 19 de Mayo: les dejaré algo dicho. ¡Hasta la vista!

—Otra taza de té, patrón.

—Pero no, no, señora Jelinek. isomos demasiados!

—Al menos una tacita, se lo ruego.

El vapor se eleva del té recién servido. Alguien llama.

¿De noche, a esta hora? ¿Quién podrá ser?

Los visitantes son impacientes. Golpes en la puerta.

—¡Abran!, policía

—¡Rápido, a las ventanas, huyan! ¡Tengo revólveres, protegeré su huida!

Demasiado tarde. La Gestapo ya está bajo las ventanas apuntándonos con las pistolas. Forzando las puertas; atravesando el pasillo, los esbirros entran rápidamente a la cocina y de allí al cuarto. Uno, dos, tres, nueve hombres. No me ven, porque estoy a sus espaldas, detrás de la puerta que han abierto. Puedo, pues, disparar a gusto, pero sus nueve pistolas apuntan a dos mujeres y a tres hombres desarmados. Si tiro primero, caerán antes que yo, y hasta si tirara contra mí mismo comenzaría el tiroteo y serían las primeras víctimas. Si no tiro, se les encerrará por seis meses, por un año tal vez, y la revolución los liberará. Sólo Mirek y yo estamos condenados: nos torturarán. De mi no sacarán nada. ¿Y de Mirek? El hombre que combatió en la España republicana, que vivió dos años en un campo de concentración en Francia y que en plena guerra pasó sin autorización de Francia a Praga, no, ese hombre no traicionará. Tengo dos segundos para reflexionar. ¿O serán tres segundos?

Si tiro, no salvaré nada, me libraré de la tortura. Pero sacrificaré inútilmente la vida de cuatro camaradas. ¿No es así? Así es.

Estoy decidido. Salgo de mi escondite.

—¡Ah! Aquí hay otro.

Primer golpe en la cara: quizás quieren ponerme knock out.

—Hande auf. (Arriba las manos)

Segundo, tercer golpe.

Lo que me había imaginado.

Del ordenado departamento no queda más que un barullo de muebles rotos y de vajilla quebrada.

## CAPÍTULO I

### Veinticuatro horas

Dentro de cinco minutos el péndulo del reloj marcará las diez: es una fresca y hermosa noche de primavera, exactamente el 24 de abril de 1942.

Me apuro adentro de los límites de mis posibilidades —las de un señor de edad que cojea— para llegar a casa de los Jelinek, antes de que cierren la puerta de calle. Mi ayudante, Mirek, me espera. Sé que no tiene nada importante que decirme, ni tampoco yo a él. Pero faltar a una cita podría provocar pánico y, precisamente, es necesario evitar inquietudes inútiles a las dos buenas almas que nos acogen.

Me reciben con una taza de té. Mirek ya espera; además, está el matrimonio Fried. Una imprudencia más.

—Tengo mucho gusto de verlos, camaradas, pero no así, juntos. Este es el camino más seguro para la prisión y la muerte. O respetan las reglas de la conspiración o dejan de trabajar, porque se exponen y exponen a los demás, ¿comprenden?

—Comprendido.

—¿Qué me han traído?

—El número del 1<sup>a</sup> de Mayo de Ruge Pravo.

—Muy bien. ¿Y tú, Mirek?

—Bien, nada nuevo, el trabajo marcha.

Nuevos puñetazos y patadas.

—*iMarsch! (iCamine!)*

Me han hecho entrar en el coche, apuntándome siempre.

Durante el viaje empieza el interrogatorio.

—*¿Quién sos?*

—*El profesor Horak.*

—*iMentís!*

Alzo los hombros.

—*iSentate o disparo!*

—*Tiren.*

Pero en lugar de una bala, un puñetazo.

Pasamos al lado de un tranvía y me parece coronado de flores blancas. ¿Un tranvía de boda ahora en plena noche? Creo que empiezo a delirar.

El palacio Petschek, al que nunca había esperado entrar vivo; y ahora, ¡al galope hasta el cuarto piso! ¡Ah!, la harto famosa oficina II A I, la sección anticomunista.

Me parece que hasta siento cierta curiosidad.

El alto y escuálido comisario que ha dirigido el procedimiento contra nosotros, mete su revólver en el bolsillo y me hace entrar con él a la oficina. Me enciende un cigarrillo.

—*¿Quién sos?*

—*El profesor Horak.*

—*iMentís!*

Su reloj pulsera marca las once.

—*Revísenlo.*

Empiezan a revisarme; me desnudan.

—*Tiene documentos.*

—*¿Con qué nombre?*

—*Profesor Horak.*

—*Averigüen.*

El teléfono suena.

—*Evidentemente, no está registrado; los papeles son falsos.*

—*¿Quién te los dio?*

—*La Jefatura de Policía.*

Primer palo. Segundo. Tercero. ¿Debo contarlos? ¡Muchacho, tú no publicarás esta estadística en ninguna parte!

—*Tu nombre? ¡Habla! ¿Tu dirección? ¡Habla! ¿Con quién tenés relaciones? ¡Habla! ¿Los domicilios? ¡Habla! ¡Habla! o te golpearemos hasta matarte.*

¿Cuántos golpes puede soportar un hombre sano?

Dan la medianoche en la radio; los cafés se cierran; los últimos clientes se retiran a sus casas; los enamorados dan vueltas frente a las puertas y no se deciden a despedirse.

El comisario alto y flaco entra en el cuarto sonriendo alegremente.

—*¿Qué tal, señor periodista?*

¿Quién le habrá dicho esto? ¿Jelinek? ¿Los Fried? Pero no saben mi nombre.

—*¡Ya ves que lo sabemos todo! ¡Habla!. Sé inteligente. ¡Qué razonamiento! Ser inteligente: traicionar.*

No soy inteligente.

—*Amárrenlo y déngle más.*

La una: los últimos tranvías entran a la estación.

—*Las calles quedan solitarias, la radio da las buenas noches a sus más fieles auditores.*

—*¿Quiénes son los otros miembros del Comité Central? ¿Dónde están las emisoras? ¿Dónde están las imprentas? ¡Habla, habla, habla!*

Ahora puedo contar los golpes más tranquilamente: el único dolor que siento es en los labios que muerden mis dientes.

—*iDescálcenlo!*

Es verdad, la planta de los pies aún es sensible. Lo advierto ahora.

Cinco, seis, siete; y ahora, uno que siento como si el garrote me atravesara hasta el cerebro.

Las dos: Praga duerme: tal vez en alguna parte gimotea un niño: o un hombre acaricia las caderas de su mujer.

—*¡Habla! ¡Habla!*

Me paso la lengua por las encías y trato de contar los dientes rotos. No puedo terminar el cálculo. ¿Doce, quince, diecisiete? No, ése es el

número de los comisarios que ahora “me interrogan”. Algunos están visiblemente fatigados, pero la muerte no viene todavía.

Las tres. Las primeras luces de la mañana llegan desde la calle. Los vendedores de legumbres se acercan al mercado y los basureros se desparraman por las calles. Quizá llegue a vivir lo suficiente para ver otra mañana. Traen a mi mujer.

—¿Lo conoce?

Me trago la sangre para que ella no la vea... Lo que seguramente es bastante tonto porque la sangre corre de cada poro de mi cara y hasta de la punta de mis dedos.

—¿Lo conoce?

—No lo conozco.

Dijo eso sin que siquiera su mirada traicionase su horror. Ha respetado nuestro acuerdo, de no confesar nunca que me conoce, por más que ahora eso ya sea inútil. ¿Quién, pues, les habrá dado mi nombre? Se la llevaron: le dije adiós con la mirada más alegre de que aún era capaz: quizá no fuera alegre, no lo sé.

Las cuatro de la madrugada. ¿Estará aclarando o no? Las ventanas camufladas, no responden. Y la muerte que no llega. ¿Debo ir a su encuentro? ¿Cómo?

He golpeado a alguien y caí. Me dan de patadas, caminan sobre mí. Bueno, ahora el fin será rápido. El comisario moreno me levanta por la barba y ríe contento, mostrándome sus manos llenas de pelos arrancados. Verdaderamente, es cómico. Y ahora ya no siento dolor.

Son las cinco, las seis, las siete, las diez, mediodía. Los obreros han tomado el trabajo y lo han abandonado. Los niños han ido a la escuela y están de vuelta. Se vende en los negocios y en las casas se prepara la comida: quizá en este momento mi madre me recuerda, quizá los camaradas ya saben que me han detenido y extreman las precauciones...

Con todo, si hablara... No, no temas. No hablaré, créeme. Y, además la muerte no debe estar muy lejos.

Ahora es sólo un sueño, una febril pesadilla, caen los golpes, luego me tiran agua, y otra vez los golpes y de “¡Hablá! ¡Hablá! ¡Hablá!” y más golpes: la muerte no llega. Madre, padre, ¿por qué me han hecho tan fuerte?

Las cinco de la tarde. Todo el mundo está cansado ya, los golpes no caen ahora sino de tanto en tanto, tras largos intervalos: sólo resta la fuerza de la inercia. Y de repente escucho desde lejos, desde muy lejos, una voz apacible, dulce, tierna como una caricia:

—*Er hat schon genug. (Ya tiene bastante).*

Un rato después me encuentro sentado frente a una mesa que sube y baja ante mis ojos, alguien me da de beber, otro me ofrece un cigarrillo que no puedo sostener, y otro trata de ponerme los zapatos y dice que no es posible hacerlo; en seguida me llevan medio alzado por una escalera. Bajamos; en el coche en que vamos alguien me apunta con el revólver, lo que me da risa; dejamos atrás un tranvía coronado de flores blancas, es el tranvía de bodas, pero quizá todo sea una pesadilla, o la fiebre, o la agonía, o en fin, la misma muerte. Sin embargo, la agonía es tan difícil; pero esto no es nada difícil, es vago e informe, liviano como una pluma; un suspiro todavía y todo habrá terminado.

¿Todo, verdaderamente? ¿Para siempre? Todavía no. En este mismo momento me pongo de pie, verdaderamente de pie, solo, sin el apoyo de nadie, y cerca mío se extiende una pared de un amarillo sucio salpicado de algo. ¿Por qué? Me parece que es sangre; sí, es sangre; levanto un dedo y trato de extenderla; sí, está fresca, es la mía...

Alguien que está detrás mío me golpea en la cabeza y me ordena levantar las manos y hacer flexiones de rodillas; a la tercera me caigo...

Un alto SS se me viene encima y me da puntapiés para forzarme a levantarme, pero es inútil; otra vez me mojan. Estoy sentado, y una mujer cualquiera me da un medicamento y me pregunta dónde me duele, y a mí me parece que todo mi dolor está en el corazón.

—*No tenés corazón* —me dice el alto SS.

—*Pues, lo tengo* —le respondo. Y de pronto me siento muy orgulloso, porque aún he sido capaz de tomar la defensa de mi corazón.

Pero luego todo se desvanece ante mis ojos, hasta el muro hasta la mujer del medicamento, hasta el SS.

La puerta de un calabozo se abre ante mí, y un gordo SS me arrastra hacia adentro. Retira los jirones de mi camisa, me pone sobre un jergón, tantea la hinchazón de mi cuerpo y ordena que me pongan compresas.

—*Mire* —dice a su compañero, y menea la cabeza—*Fíjese bien lo que ellos son capaces de hacer.*

Y otra vez desde lejos, desde muy lejos, escucho la voz apacible y dulce, tierna como una caricia.

—*No verá la mañana.*

Dentro de cinco minutos los relojes darán las diez. Es una noche hermosa y fresca de primavera: el 25 de abril de 1942.

No me oyen. ¿Están sordos? ¿O no hablo lo suficientemente alto? ¿O estoy muerto de verdad y ya no pueden oír mi voz sin cuerpo? ¿Es que acostado sobre el vientre seré espectador de mi propio entierro? ¡Qué cómico!

“...vuelve su piadosa mirada hacia el cielo,  
hacia el cielo...”

Lo recuerdo: alguien me recogió con dificultad, me vistió y me dejó en la camilla. Los pasos metálicos resonaron en el corredor y después ... Eso es todo. No sé más, no recuerdo más.

“...donde eterna es la luz del día...”

Pero todo disto es absurdo. Yo vivo. Siento un dolor lejano y tengo sed. Y los muertos no llenen sed. Concentro todas mis fuerzas para mover la mano, y una voz extraña, que no es la mía, sale de mi garganta:

—*¡Agua!*

¡Por fin! Los dos hombres dejan de caminar en círculo. Ahora se acercan a mí, se inclinan, y uno de ellos aproxima a mis labios un jarro de agua.

—*También debes comer algo, muchacho. Desde hace dos días no cesas de beber y beber...*

¿Qué me está diciendo? ¿Ya dos días? ¿Qué día será hoy? —Lunes.

Lunes. Y me detuvieron el viernes. ¡Qué pesada siento la cabeza! ¡Y cómo refresca el agua! ¡Dormir! ¡Déjenme dormir!

Una gota de agua agita la lisa superficie de la fuente. Es el manantial en el prado, entre montañas, cerca de la casa del guardabosques, al pie del Monte Roklan. Y una lluvia fina e incesante teclea sobre las agujas de los pinos... ¡Qué dulce es dormir!

Y cuando me despierto de nuevo ya es martes, de noche, y un perro se halla ante mí. Es un perro-lobo. Me mira con sus hermosos -y perspicaces ojos y pregunta:

—*¿Dónde vivías?*

¡Oh, no, no es el perro! Esa voz pertenece a otro. Sí, aquí hay alguien más. Veo unas botas altas y otro par de botas altas, y un pantalón de montar. Pero más arriba ya no veo nada. Y cuando quiero mirar, siento vértigo. Poco importa. Déjenme dormir...

Miércoles... Los dos hombres que cantaban los salmos están sentados a la mesa, comiendo en escudillas de barro. Ya los distingo. Uno es más joven que el otro y no parecen monjes. Ni la cripta es ya una cripta: es una celda común. Las planchas del suelo parten

## CAPITULO II

### La Agonía

*“Cuando la luz del sol y el brillo de las estrellas  
se extinguen para nosotros, se extinguen para nosotros...”*

Dos hombres inclinados, con las manos juntas, en actitud de orar, caminan en círculo, con lento y pesado paso, en torno a la blanca cripta, cantando con voz monótona y discordante una triste salmodia.

*“...es dulce para las almas  
elevarse al cielo, elevarse al cielo...”*

Alguien ha muerto. ¿Quién? Intento volver la cabeza. Quizá logre ver el féretro con el difunto y los dos cirios erguidos como índices a su cabecera.

“...donde la noche ya no existe, donde eterna es la luz del día.. “

He logrado levantar la vista. No veo a nadie. No hay nadie: solamente ellos dos y yo. ¿Por quién cantan esos salmos?

*“...Esa estrella siempre fulgurante es Jesús, es Jesús...”*

Es un entierro. Si, seguramente es un entierro. ¿Y a quién entierran? ¿Quién está aquí? Sólo ellos dos y yo. ¡17 yo! Quizá sea mi propio funeral. Pero escuchen: es un error. No estoy muerto, yo vivo, ya ven que los miro, que les hablo. Deténganse, ino me entierren aún!

*“Cuando alguien nos da el adiós para siempre, para siempre.. “*

de mis ojos.. para desembocar ante una puerta pesada y negra ... Rechina una llave en la cerradura. Saltan los dos hombres y se colocan en posición de firmes, Otros dos hombres, con uniformes de SS, entran y ordenan que me vistan. Hasta ahora yo ignoraba cuánto dolor puede ocultarse en cada pernera de mi pantalón, en cada manga de mi camisa. Me colocan sobre una camilla y me llevan escaleras abajo. Las botas herradas resueñan a lo largo del corredor... Este es el camino por el cual me llevaron y luego me trajeron sin conocimiento. ¿A dónde conduce? ¿En qué infierno desemboca?

En la sombría y desagradable oficina de registro de la *Polizeige Jüingnts*<sup>2</sup> me depositan en el suelo, y una voz checa, con fingida benevolencia, me traduce la pregunta escupida con fuerza por una voz alemana:

—¿La conoces?

Me sostengo la barbilla con la mano. Ante mi camilla se halla una joven de gruesos mofletes. De pie y con la cabeza erguida, mira sin ostentación pero con dignidad. La mirada algo baja: lo suficiente para verme y saludarme.

—No la conozco.

Recuerdo haberla visto una vez y por un solo momento durante aquella salvaje noche en el Palacio Petschek. Esta es la segunda vez, y desgraciadamente no habrá una tercera; hubiera querido estrecharle la mano por la dignidad de su conducta. Era la mujer de Ernest Lorenz y fue ejecutada el primer día del estado de sitio, en 1942.

—Pero seguramente conocerás a ésta.

Anicka Jirúsková. ¡Pero por Dios, Anicka! ¿Cómo ha venido a parar aquí? Yo nunca pronuncié su nombre, Nada tengo que ver con usted. No la conozco, compréndalo, no la conozco.

—No, no la conozco.

—Es inútil, Julius —dice Anicka, y sólo una leve presión de sus dedos sobre el pañuelo delata su emoción—. Es inútil. Me han delatado.

—¿Quién?

<sup>2</sup> Cárcel de la policía alemana en Pankrac.

—¡Cállate!

Alguien ataja su respuesta y la empuja brutalmente cuando se inclina hacia mí para darme la mano.

¡Anicka!

Ya no oigo las otras preguntas. Y sólo desde lejos, sin ningún dolor, como si yo fuera únicamente un espectador, siento cómo dos SS me llevan de vuelta a la celda, balanceando brutalmente la camilla y preguntándome, entre risas groseras, si no preferiría balancearme por el cuello.

Jueves.

Empiezo a distinguir. Uno de mis compañeros de celda, el más joven, es Carlos, y llama “padre” al otro, al más viejo. Me cuentan su vida, pero todo se confunde en mi cabeza. Hablan de una mina y de niños sentados en bancos. Se oye una campana, debe haber fuego en alguna parte. Me dicen que el médico y el enfermero de los SS vienen a verme todos los días, que mi estado no es tan grave y que pronto me repondré. Esto último lo dice el “padre”, y lo dice con tanta insistencia, y Carlos lo aprueba con tal convicción que, aun en el estado en que me encuentro, comprendo que se trata de una mentira piadosa. ¡Qué buenos muchachos, y cuánto siento no poder creerles!

Cae la tarde. Se abre la puerta de la celda, y silenciosamente, sobre la punta de sus patas, entra corriendo un perro. Se detiene junto a mi cabeza y de nuevo me contempla atentamente. Otra vez los dos pares de botas altas. Pero ahora ya sé: uno pertenece al propietario del perro, al director de la cárcel de Pankrác, y el otro al jefe de la sección anticomunista de la Gestapo que presidió mi -interrogatorio nocturno. Les siguen unos pantalones de civil. Alzo la vista: sí, lo conozco. Es el comisario alto y flaco que dirigía el pelotón de asalto que me detuvo. Se sienta en una silla y comienza el interrogatorio.

—Has perdido la partida. Al menos salva tu cabeza. ¡Habla!

Me ofrece un cigarrillo. Lo rechazo. No tendría fuerzas para fumarlo.

—¿Cuánto tiempo has vivido en casa de los Baxa?

¡Los Baxa! Hasta eso lo saben. ¿Quién se lo habrá dicho?

—Ya ves: sabemos todo. ¡Habla!

Si lo saben todo, ¿para qué hablar? No he vivido en vano. Mi vida no ha sido estéril y no tengo por qué echar a perder su fin.

El interrogatorio dura una hora. El comisario no grita. Repite pacientemente las preguntas y, al no recibir respuesta, hace una segunda, una tercera, una décima.

—¿Es que ,aún no comprendes? Todo ha terminado, ¿entendes? Ustedes han perdido todo.

—Sólo yo he perdido.

—¿Crees todavía en la victoria del comunismo?

—Por supuesto.

—¿Lo cree —el jefe pregunta en alemán y el comisario alto traduce—, cree todavía en la victoria de Rusia?

—Claro. Eso no puede terminar de otra manera.

Ya estoy cansado. He concentrado todas mis fuerzas para esquivar sus preguntas, pero ahora mi conciencia se aleja rápidamente, como la sangre que mana de una herida profunda.

Aún percibo que me dan la mano. Quizá lean en mi frente el signo de la muerte. En algunos países era costumbre que el verdugo besara al reo antes de la ejecución.

Anochece.

Dos hombres inclinados, con las manos juntas, vuelven a caminar en círculo, cantando con voz monótona y discordante una salmodia triste:

*“Cuando la luz del sol y el brillo de las estrellas se extinguen para nosotros, se extinguen...”*

!Oh, amigos míos, no sigan! Quizá sea una hermosa canción, pero hoy es la víspera del Primero de Mayo, la más bella y alegre fiesta del hombre.

Trato de cantar algo alegre, pero parece sonar tristemente. Carlos vuelve la cabeza y el “padre” se enjuga los ojos. No importa. Sigo cantando y, poco a poco, ellos se unen a mi canto. Me duermo contento.

Madrugada del Primero de Mayo.

El reloj de la torrecilla de la cárcel da tres campanadas. Es la primera vez que las oigo claramente. Por primera vez desde mi detención tengo mi conciencia despejada. Siento el aire fresco que entra por la ventana abierta y llega hasta mi jergón, extendido en el suelo. Las briznas de paja se clavan en mi pecho y en mi vientre. Cada partícula de mi cuerpo me duele con mil dolores y respiro con difi-

cultad. De pronto, como si abriera una ventana, Veo claramente: es el fin. Estoy agonizando.

Has tardado mucho en llegar, muerte. Pese a todo, esperaba conocerme más tarde, después de largos años. Esperaba poder vivir aún la vida de un hombre libre: trabajar mucho, amar mucho, cantar mucho y recorrer el mundo . Precisamente ahora, cuando llegaba a la madurez y todavía disponía de grandes energías. Ya no las tengo. Se van extinguiendo en mí. Amaba la vida, y por su belleza fui al campo de batalla. Hombres: os he amado. Fui feliz cuando correspondíais a mi cariño y sufrí cuando no me comprendíais. Que me perdonen aquellos a quienes hice daño. Que me olviden aquellos a quienes procuré alegría. Que la tristeza no sea unida jamás a mi nombre. Este es mi testamento para ustedes, padre, madre y hermanas mías; para ti, mi Gustina, y para ustedes, camaradas. Para todos aquellos a quienes he querido. Si creen que las lágrimas borrarán el triste torbellino de la pena, lloren un momento, pero no se lamenten. He vivido para la alegría y por la alegría muero. Y sería agravio e injusticia colocar sobre mi tumba al ángel de la tristeza.

¡Primero de Mayo! Antaño, a estas mismas horas, ya estábamos en los arrabales de la ciudad, preparando nuestras banderas. A estas horas, en las calles de Moscú, se ponían en marcha los primeros grupos para participar en el desfile. Y ahora, precisamente a esta misma hora, millones de hombres luchan en el combate final por la libertad humana y miles y miles caen en este combate. Yo soy uno de ellos. Y ser uno de ellos, uno *de* los combatientes en la batalla final, es algo hermoso.

Pero la agonía no es hermosa... Me ahogo, no puedo respirar. Oigo el ronco quejido de mi garganta y temo despertar a mis compañeros de celda. Quizá podría apagarlo con un poco de agua... Pero ya hemos consumido toda el agua del cántaro. Allí, a unos seis pasos de mí, en la letrina situada en el rincón de la celda, hay agua de sobra. ¿Tendré fuerzas para llegar hasta allí?

Me arrastro silenciosamente sobre el vientre, como *si* toda la gloria de la muerte consistiera en no despertar a nadie. He conseguido llegar, al fin, y bebo con avidez *el* agua del fondo del retrete.

No sé cuánto tiempo estuve, ni cuánto tardó en volver. De nuevo comienzo a perder el conocimiento. Me busco el pulso. No siento nada. Mi corazón se me sube hasta la garganta y vuelve a caer. Yo

caigo con él. Caigo durante un largo rato. En el trayecto percibo todavía la voz de Carlos:

—*Padre, padre, oye. ¡Se está muriendo, el pobre!*

Por la mañana llegó el médico.

Pero todo eso lo supe mucho más tarde.

Vino, me auscultó y meneó la cabeza. Luego volvió a la enfermería, rompió el certificado de defunción que había extendido la víspera con mi nombre, y dijo (elogio de especialista):

—*¡Qué naturaleza de caballo!*

### CAPÍTULO III

#### Celda 267

Siete pasos desde la puerta a la ventana, siete pasos de la ventana a la puerta.

Conozco esto.

¡Cuántas veces he recorrido este espacio sobre el piso de abeto, en mi celda de Pankrác! Y quizá ésta es la misma celda donde estuve antes por el delito de haber visto con demasiada claridad las consecuencias que acarrearía al pueblo la peligrosa política de los burgueses checos. Ahora están crucificando a mi pueblo. Los guardianes alemanes se pasean frente a mi celda, y afuera, en alguna parte, las Parcas, políticos ciegos, vuelven a tejer el hilo de la traición. ¿Cuántos siglos serán necesarios para que el hombre vea claro, por fin? ¿Cuántas celdas ha debido soportar el hombre para poder ir hacia adelante? ¡Oh! Niño Jesús de Neruda, el fin del camino de salvación de la humanidad aún está lejos de ser alcanzado. Pero no hay que dormirse, no hay que dormirse.

Siete pasos adelante, siete pasos atrás. En una de las paredes hay un camastro de madera. En otra, un armario de un marrón sombrío, donde se guardan nuestras vasijas de tierra cocida. Sí, conozco esto. Ahora aquí todo es un poco mecanizado: hay calefacción central, el balde ha sido reemplazado por una letrina, y ante todo están mecanizados los hombres. Como autómatas. Toca el timbre, es decir haz un pequeño ruido con la llave en la cerradura de la puerta, o abre la mirilla, y los prisioneros se sobresaltarán, poniéndose fir-

mes, sin cuidarse de lo que estaban haciendo: abre la puerta, y el jefe de la celda gritará sin tomar aliento:

—iAchtung calecvózibnzechzilibsgtmitttrajmanalesinordnuag!<sup>3</sup>

He aquí: 267. Es nuestra celda. Pero en esta celda el automatismo no funciona del todo bien. Sólo dos prisioneros se sobresaltan. Yo continúo acostado sobre el vientre, en mi jergón, bajo la ventana, una semana, quince días, un mes, seis semanas. Y luego resucito; ya puedo volver la cabeza, puedo levantar la mano. Logro levantarme sobre los codos, y hasta he tratado de volverme de espaldas... Realmente, esto se escribe con más rapidez de lo que se vive.

Y también la celda ve cambios. En la puerta han escrito dos en lugar de tres. Carlos, el más joven de los hombres que me habían enterrado con sus tristes salmos. Ha partido; sólo ha quedado el recuerdo de su buen corazón. En realidad mi recuerdo de él es borroso y sólo abarca los dos últimos días que pasó con nosotros. Pacientemente volvía a contarme su historia, y yo volvía a dormirme en mitad de la misma.

Se llama Carlos Malik, es un mecánico, y trabajaba en el ascensor de una mina situada cerca de Hudlik, de donde extrajo explosivos para la resistencia. Fue detenido hace cerca de dos años; ahora debe presentarse ante el tribunal, quizá en Berlín; pertenece a un grupo importante. ¡Quién sabe cómo terminará este asunto! Tiene mujer y dos hijos, los quiere, los quiere mucho...

(—Pero era mi deber. ¿Sabés? No he podido hacer otra cosa)

Se queda sentado a mi lado largo rato, forzándome a comer. No puedo. El sábado —¿ya hace ocho días que estoy aquí?— se decide a emplear la violencia; le avisa al Polizeimstr (guardián enfermero) que no he comido nada desde que llegué. El Polizeimstr, un enfermero de prisión siempre en movimiento, con uniforme SS, sin el permiso del cual el médico checo no puede recetar ni una aspirina me trae personalmente una sopa de régimen y me observa mientras tomo hasta la última gota. Carlos está contentísimo del éxito de su intervención, y al día siguiente es él mismo quien me obliga a beber la taza de sopa del domingo.

Pero es bien poco lo que se adelanta. Mis encías rotas, no pueden masticar ni siquiera las papas deshechas del guiso del domingo y mi garganta, cerrada, no deja pasar ningún bocado medianamente sólido.

<sup>3</sup> En alemán ¡Atención, celda doscientos sesenta y siete, ocupada por tres hombres, todo en orden!

—No quiere guiso —se lamenta Carlos, y menea tristemente la cabeza por encima de mí.

Y luego, golosamente, empieza a comer mi ración, que comparte honradamente con el Padre.

¡Ah, ustedes que no han vivido durante el año 1942 en la prisión de Pankrác, no saben, no pueden saber todo lo que es un guiso! Regularmente, aun en los peores tiempos, cuando el estómago mugía de hambre, cuando bajo las duchas aparecían esqueletos cubiertos de piel humana, cuando un camarada robaba a otro, al menos con la mirada, los bocados de su ración; cuando hasta la asquerosa sopa de legumbres secas diluidas en una cucharada de extracto de tomate aparecía como una delicia largo tiempo esperada, aun en los tiempos más duros, dos veces por semana, con toda regularidad, los jueves y los domingos, los prisioneros de servicio vertieron en mi vasija un cucharón de papas regándolas con una cucharada de jugo en el que boyaban algunos hilos de carne.

Era maravillosamente apetitoso, sí, era más que apetitoso, un recuerdo material de la vida humana, algo de la vida civil, algo normal en la cruel anormalidad de la prisión de la Gestapo, una cosa de la que se hablaba dulce y voluptuosamente. Ah, ¡quién podrá comprender el inmenso valor que puede tener una cucharada de buen jugo sazonado por el terror de una desnutrición perpetua! Han pasado dos meses, y por mí mismo he podido comprender el asombro de Carlos. Yo no había querido ni siquiera el guiso; y ninguna otra cosa pudo convencerlo de mi muerte cercana tan claramente como ese hecho.

La noche siguiente, a eso de las dos de la mañana, despertaron a Carlos. En cinco minutos debía estar listo para el transporte, como si se tratara de una corta salida; no como si se abriera ante él un camino que lo conduciría a terminar su vida en la nueva prisión, en el nuevo campo de concentración, en el lugar de las ejecuciones, sabe Dios dónde. Arrodillado a mi cabecera y tomando en sus manos mi cabeza, la besó (del pasillo nos llega el grito ronco de un cerdo con uniforme, que nos recuerda que los sentimientos no tienen nada que ver con la prisión de Pankrác). Carlos atravesó la puerta corriendo. La llave dio vuelta en la cerradura, sólo quedamos dos en la celda.

¿Volveremos a vemos, muchacho?

Y el próximo adiós ¿cuándo llegará? ¿Cuál de los dos se irá primero? ¿Y adónde? ¿Y quién lo llamará? ¿El guardián con uniforme SS? ¿La muerte, que no tiene uniforme?

Lo que estoy escribiendo no es más que el eco de los pensamientos que me acompañaron después de su partida. Ha pasado un año, y los pensamientos que acompañaron al camarada se han repetido a menudo con mayor o menor insistencia.

El número dos, colgado de la puerta de la celda, se cambia de nuevo por un tres, y de nuevo en dos y de nuevo en tres, dos, tres, dos; nuevos detenidos han llegado y vuelto a partir. Sólo dos que habían quedado en la celda 267 permanecen fielmente juntos.

El Padre y yo.

El Padre ...es el maestro Josei Pesek, de sesenta años, presidente del comité de maestros, detenido ochenta y cinco días antes que yo, porque mientras preparaba un proyecto tendiente a reformar las escuelas libres checas tramó un complot contra el Reich alemán.

El Padre es...

¿Cómo es posible describir todo esto, mis amigos? Sería un trabajo difícil. ¡Dos, una celda y un año!

Durante ese tiempo las comillas que rodeaban el nombre de Padre han desaparecido; durante ese tiempo los dos detenidos, de edad distinta, se han vuelto verdaderamente padre e hijo; durante ese tiempo han cambiado mutuamente los hábitos, las maneras de expresarse y hasta la entonación de la voz. Trata, si puedes, de reconocer hoy lo que es propio de mí y lo que es de Padre, y lo que fue introducido primero en la celda por él o por mí.

Noche tras noche permaneció a mi lado, de pie, y con compresas húmedas espantó a la muerte que se acercaba. Valientemente limpió el pus de mis heridas, y jamás manifestó repugnancia por el olor a podrido que se desprendía de mi jergón.

Lavó y cosió los miserables restos de mi camisa, que junto conmigo había sido víctima del primer interrogatorio, y cuando ya no sirvieron, para nada me puso su propia ropa. Fue él quien me trajo una margarita y un poquito de hierba verde que se arriesgó a arrancar del patio de la prisión durante el "paseo" de media hora. Me seguía con tiernos ojos cuando salía para nuevos interrogatorios y volvía a poner compresas sobre las nuevas heridas que traía. Cuando los interrogatorios eran nocturnos, no se dormía hasta verme de vuelta y acostarme en mi jergón bajo las mantas.

Tales fueron nuestros comienzos, y lo que luego vivimos juntos no los ha traicionado ni cuando yo pude levantarme y pagar mis deudas de hijo.

Pero todo esto no puede ser escrito así de un tirón, muchacho. La

celda 267 tuvo ese año una vida intensa, y todo lo que en ella vivió el Padre lo vivió también, a su manera. Esto debe ser contado; pero la historia no ha sido terminada aún. (Lo que también suena a esperanza).

La celda 267 tuvo una vida rica. Cada hora, más o menos, se abría la puerta y pasaba la inspección. Era un control especialmente recomendado para el terrible criminal comunista, pero quizá también fuera simple curiosidad. A menudo moría gente que no debía morir, pero raramente se vio que no muriese aquel de cuya muerte todo el mundo estaba persuadido. Hasta los guardianes de los otros corredores venían y comenzaban a hablar y levantaban mis mantas en silencio, apreciaban mis heridas como conoedores, y luego, según su carácter, hacían bromas cínicas o me trataban más amistosamente. Uno de ellos, a quien llamábamos el Botarate, venía más a menudo que los otros y preguntaba sonriendo si el diablo rojo necesitaba algo. No, gracias, no necesitaba nada. Pasados algunos días, el Botarate descubrió que el diablo rojo tenía necesidad de algo: ser afeitado; y trajo a un peluquero.

Es el primer prisionero, fuera de mi celda, a quien conozco, el camarada Bocek. La amable atención del Botarate resultó un flaco servicio: el Padre me tiene la cabeza, y el camarada Bocek arrodillado al costado de mi jergón trata, con una hoja mal afilada, de penetrar en la maraña de mi barba. Le tiemblan las manos y tiene lágrimas en los ojos. Está convencido de que afeita a un cadáver. Trato de consolarlo.

*—Tené valor, viejo; si pude soportar el interrogatorio del palacio Petschek, creo que podré soportar tu afeitada.*

Pero no tiene fuerzas, y ambos debemos descansar, él y yo. Dos días después conocí a otros dos prisioneros. Los comisarios del palacio Petschek son impacientes. Me han mandado buscar, y como el enfermero escribe todos los días en mi notificación "intransportable", han dado orden de llevarme a pesar de ello. Dos detenidos con uniforme de la prisión, que hacen el servicio en los corredores, se detienen frente a mi celda. El Padre me mete con dificultad en la ropa, los camaradas me ponen en la camilla que habían traído y me llevan. Uno de ellos es el camarada Skorepa, que más tarde será el atento padre de nuestros compañeros del corredor. El segundo es [...]⁴ Se inclina hacia mí en el momento en que resbalo por la superfi-

4 Ilegible en el original.

cie oblicua de la camilla mientras me bajan por la escalera y me dice:

—*Mantenete firme, allá* —y agrega más despacio—. *...pase lo que pase.*

Esta vez no nos detenemos en las oficinas de la prisión. Me llevan más lejos, por un largo corredor, hacia la salida. El corredor está lleno de gente (es jueves, y las familias vienen a retirar la ropa de los prisioneros), y todos se fijan en nuestro triste cortejo. Veo compasión en sus ojos, y esto no me gusta; levanto, pues, la mano y cierro el puño. Puede ser que lo vean y comprendan que los saludo pero puede que mi gesto sea vago, no puedo hacer más, me siento aún demasiado débil. En el patio de la prisión de Pankrác ponen la camilla en el camión; dos SS al lado del conductor, otros dos parados a mi lado, las manos apoyadas en la cartuchera del revólver.

Partimos. No, el camino no es precisamente maravilloso; un pozo, dos pozos, y antes de los cien metros pierdo el conocimiento. Fue una graciosa carrera por las calles de Praga: un camión de cinco toneladas, con capacidad para treinta prisioneros, gastando nafta por uno solo, y dos SS delante y dos detrás, con las manos sobre las armas, vigilando con sus ojos de fiera a un cadáver, con miedo de que se les escape. Al otro día se repitió la comedia.

Pero esta vez me mantuve fuerte hasta el palacio Petachek.

El interrogatorio no fue largo. El comisario Friedrich tocó mi cuerpo con cierta indolencia y me devolvieron sin conocimiento.

Y ahora llegan los días en que ya no dudo que estoy vivo. El dolor, hermano íntimo de la vida, me lo prueba muy claramente; hasta la prisión de Petschek sabe ya que por un descuido cualquiera he quedado vivo y me llegan los primeros saludos por medio de los espesos muros en que repercuten los mensajes y por las miradas de los que están de servicio en los corredores para la distribución de la sopa. Sólo mi mujer no ha sabido nada de mí. Estaba sola en una celda del piso bajo, tres o cuatro celdas más allá de la mía, viviendo entre la angustia y la desesperación hasta el momento en que su vecina, durante el “paseo” de la mañana, le susurró que en cuanto a mí, todo estaba terminado, que según decían había muerto a causa de las heridas ocasionadas durante el interrogatorio. Después de oír eso erró por el patio, todo giraba a su alrededor; ni siquiera sintió que la guardiana la consolaba a cachetadas, obligándola a volver a la fila, que representa el orden de la prisión.

¿Qué han visto, pues, sus grandes y bondadosos ojos, fijos sin lágrimas en los blancos muros de su celda? Y al día siguiente otra

versión. Aquello no era cierto. No me habían golpeado hasta matarme, pero yo, no pudiendo soportar el dolor de las heridas, me había ahorcado en mi celda. Y durante todo ese tiempo yo “hormigueaba” en mi pobre camastro y cada mañana y cada noche me volvía de costado con gran trabajo para poder cantarle a mi Gusta sus canciones preferidas.

¿Cómo ha sido posible que no las oyera cuando yo he puesto tanto fervor? Ahora ya lo sabe, ya me escucha, aunque esté más lejos que antes. Y ahora hasta los guardianes saben y se han acostumbrado a que la celda 267 cante. No gritan ya desde el otro lado de la puerta para imponer silencio.

La celda 267 canta. Yo he cantado durante toda mi vida y no sé porqué tendré que dejar de hacerlo ahora. Justamente al final, en el momento en que vivo más intensamente. ¿Y el Padre, Pesek? ¡Oh! Es un caso excepcional. Canta con el corazón; no tiene oído ni memoria musical, ni voz, pero adora el canto con tan bello y abnegado amor y siente tal placer al cantar, que casi no me doy cuenta si cambia de tono o si insiste en cantar do cuando el oído reclama precisamente un la. Y así cantamos cuando nos sentimos tristes; cantamos cuando el día es alegre; acompañamos con nuestro canto al camarada que se va y con quien quizás nunca nos volvamos a encontrar; cantando recibimos las buenas noticias del frente oriental, y también cantamos por placer, como cantan los hombres desde siempre y como seguirán cantando mientras existan.

No hay vida sin canto, como no hay vida sin sol. Y aquí nosotros necesitamos doblemente el canto, porque el sol no llega hasta nosotros. La número 267, es una celda que mira al norte; sólo durante los meses de verano, y por contados minutos, el sol antes de ponerse, dibuja sobre la pared que da al oriente, la sombra de los barrotes de la ventana: durante esos instantes, el Padre se mantiene de pie, apoyado en la cucheta, siguiendo con los ojos esta fugitiva visita del sol... Y esa es la mirada más triste que puedas ver aquí.

¡El sol, con qué esplendor brilla! El redondo hechicero, cuántos milagros pinta ante los ojos de los hombres. Y tan pocas personas viven al sol. Pero pronto va a resplandecer y los hombres vivirán bajo sus rayos. Es hermoso saberlo. Pero desearías saber algo infinitamente menos importante. ¿Brillará también para nosotros?

Nuestra celda mira al norte. Sólo algunas veces, en verano, cuando el día es verdaderamente hermoso, vemos ponerse el sol. Padre, ¡cómo desearía ver siquiera una vez más la salida del sol!

coche pasa con un barquinazo el gran pórtico del palacio Petschek y los camaradas te bajan. Entrás a una espaciosa sala de paredes desnudas: cinco bancos en fila, y sentados en ellos los hombres en posición de firmes las manos sobre las rodillas y la mirada fija en la desnuda pared del frente. Esto, muchacho, es un pedazo de tu nuevo mundo, al que hoy llaman el cine...

### **Intermezzo de Mayo de 1943**

## **CAPÍTULO IV**

### **Número 400**

La resurrección es algo muy especial, tan especial que es imposible describirla. El mundo resulta encantador cuando el día es hermoso y has dormido bien. Pero en este caso es como si el día fuera aún más bello y como si hubieras dormido mejor que nunca. Crees estar familiarizado con el cuadro de la vida, pero es como si aquel que dirige la iluminación encendiera a la vez todos los proyectores y de golpe te presentara la escena a plena luz. Te parece ver bien, pero es como si miraras con gemelos que estuvieran combinados a un microscopio. Una resurrección se parece a la primavera, es como la primavera, que te descubre encantos inesperados en los paisajes más conocidos.

Y eso aún cuando sabes que sólo durará un momento.

Y hasta cuando lo que te rodea es tan rico y agradable como la celda de la prisión de Pankrác.

Sin embargo, un día, finalmente vendrán a buscarte: Un día te llevarán para el interrogatorio, aun sin camilla, y aunque te parezca imposible, caminarás. Hay un descanso en el pasillo, otro descanso en la escalera, y tú te arrastrarás más en cuatro que en dos patas: abajo ya hay otros detenidos que se encargarán de ti y te transportarán hasta el coche celular. Y después tú estés allí sentado; diez, doce personas, en la sombría celda rodante; caras desconocidas que te sonrían y a las que sonrías; alguien te susurra algo y no sabes quién es, apretar una mano y no sabes a quién pertenece, y finalmente el

Hoy es 1º de Mayo de 1943. Precisamente estoy de servicio y durante ese tiempo puedo escribir. ¡Qué felicidad ser una vez más, aunque sólo sea por unos instantes, un periodista comunista, e informar sobre el desfile de las fuerzas de combate de un mundo nuevo!

No esperes oírme hablar de banderas flotando al viento. Nada de eso. Ni siquiera puedo describirte alguno de esos hechos heroicos que se escuchan con tanto placer. Hoy, todo es mucho más simple; ni el oleaje rápido e impetuoso de millares de camaradas que yo veía otros años irrumpir por las calles de Praga, ni el majestuoso mar de millones de otros camaradas que inundaban la Plaza Roja de Moscú. Aquí no puedes ver ni millones, ni centenares. Aquí sólo se ven algunos camaradas, hombres y mujeres, y a pesar de ello sabes que esto no es menos importante, porque es la revista de una fuerza sometida en este momento a una prueba de fuego, y que no se transforma en ceniza, sino en acero. Es como una revista en las trincheras durante la batalla. Y en las trincheras se lleva el uniforme de campaña.

Describo todo esto muy detalladamente; quién sabe si me leerás sin haber vivido con nosotros, podrás comprenderme. Trata de comprender, sin embargo; créeme hay en esto una fuerza.

El saludo matinal de la celda vecina, que toca dos compases de Beethoven, suena hoy más ceremoniosamente, más elocuente, y el muro lo transmite con más claridad.

Nos vestimos lo mejor que podemos; lo mismo ocurre en todas las celdas. Recibimos el desayuno con todos los honores. Frente a las puertas abiertas de las celdas pasa el servicio con el pan, el café negro y el agua. El camarada Skorepa nos da tres pedazos de pan en lugar de dos; es su saludo del 1º de Mayo, el saludo activo de un alma llena de atenciones. Y bajo los panes tus dedos aprietan otros dedos. Está prohibido hablar -hasta vigilan tus miradas-, pero, ¿acaso los mudos no se expresan claramente con sus dedos?

En el patio, bajo la ventana de nuestra celda, las mujeres entran rápidamente para el paseo de media hora. Me subo a la mesa y miro hacia abajo a través de las rejas. Quizá lleguen a verme. Me han visto y levantan la mano para saludarme. Repito el gesto; abajo en el patio hay hoy otra animación, muy distinta a la habitual, más alegre que otras veces. La guardiana no ve nada o no quiere ver. Y también esto forma parte de nuestro desfile de Mayo de este año.

Ahora nos toca a nosotros la media hora. Soy el instructor. Amigos, es 1º de Mayo; no vamos, pues, a comenzar como los demás días, aunque eso asombre a los guardianes. Primer ejercicio: un, dos, un, dos, el golpe de martillos. Ahora nos toca a nosotros la media hora. Soy el instructor. Amigos, es 1º de Mayo; no vamos, pues, a comenzar y el segundo ejercicio: segar.

¡El martillo y la hoz! Con un poco de fantasía los camaradas comprenderán quizá. ¡El martillo y la hoz! Miro a mi alrededor, sonrío y repiten los ejercicios con fervor. Han comprendido. Amigos, esta es nuestra manifestación del 1º de Mayo y esta pantomima es nuestra promesa del 1º de Mayo a la que, aún marchando a la muerte, nos mantendremos fieles.

De vuelta en la celda. Son las nueve. En este mismo momento el reloj del Kremlin marca las diez y en la Plaza Roja el desfile empieza. Padre, estamos contigo. En este momento se canta la Internacional; que resuene también desde nuestra celda a través del mundo entero. Cantamos. Uno tras otro se suceden los cantos revolucionarios, pero no queremos sentirnos solos, no estamos solos, estamos junto a los que ahora, en libertad, cantan a pleno pulmón, pero luchando también como nosotros.

*"Ustedes, camaradas prisioneros. En las celdas hostiles y frías, están con nosotros, están con nosotros. Aunque no estén en nuestras filas...Sí, estamos con ustedes.."*

También nosotros, los prisioneros de la celda 267 hemos visto con la imaginación el film solemne del desfile de 1943. ¿Realmente esto es todo? ¿Y el servicio de corredores del sector femenino que esta tarde se pasea por el patio silbando la canción de los guerrilleros y otras canciones soviéticas, para dar valor a los hombres que están en las celdas?

¿Y este hombre con uniforme de policía checo que me trajo papel y lápiz, y que en este momento vigila el pasillo para que ningún indeseable pueda sorprenderme? ¿Y aquél otro que en definitiva ha dado el impulso a esas carillas y que ocultándolas cuidadosamente

las saca fuera para que puedan reaparecer a la luz cuando sea oportuno? Juegan su cabeza llevando esas hojas, la arriesga para establecer el contacto entre el hoy, entre rejas, y el mañana libre; Luchan con abnegación, sin miedo, cada uno en su puesto, cada uno según su campo de acción y con todos los medios de que disponen. Y son a la vez sencillos y anónimos, y tan desprovistos de patetismo que no podrías siquiera adivinar la lucha de vida o muerte que sostiene al lado de nuestros amigos y en la que tanto pueden caer como vencer.

Dos veces, veinte veces, has visto a los ejércitos de la Revolución marchar en las manifestaciones del 1º de Mayo. Eso era glorioso; pero es en la lucha donde puede apreciarse la fuerza de este ejército y su invencibilidad; la muerte es más sencilla de lo que creías, y el heroísmo no tiene vanagloria. Pero el combate es aún más cruel de lo que podrías suponer, y para perseverar y llegar a vencer, para eso hace falta una fuerza inconmensurable. La notas todos los días en la acción, pero casi nunca llegas a percibirla por completo. Todo parece tan evidente, tan natural.

*Hoy has tenido de nuevo la revelación de esa fuerza.*

*En la revista del 1º de Mayo de 1943.*

El 1º de Mayo de 1943, he interrumpido por un momento la continuidad de este relato, y está bien que haya sido así. Uno recuerda los días solemnes algo más que los otros, y quizá la alegría que domina esos días podría deformar los recuerdos menos notables.

Y el "cine" del palacio Petschek no tiene verdaderamente nada de alegre. Es la antecámara de una sala de torturas, de donde te llegan los gemidos y los gritos de terror de los otros; y donde no sabes lo que te espera. Ves partir personas sanas y llenas de vida y luego de dos o tres horas de interrogatorio las ves volver mutiladas, aniquiladas. Oyes una voz sonora que se despiden para ir al interrogatorio y a la hora una voz rota, ahogada por el dolor y la fiebre te anuncia su vuelta. Y algo aún peor: aquí ves también algunos que parten con una mirada clara, sincera y que cuando vuelven no pueden mirarte a la cara. Posiblemente un segundo de debilidad, en algún momento, allí arriba, en el escritorio del que interroga, quizá sólo un instante de vacilación; sólo un relámpago de miedo, o de deseo, de salvar la propia vida, y hoy mismo, o mañana llegarán nuevos prisioneros que volverán a vivir todos estos horrores, nuevas víctimas que algún camarada de lucha ha entregado al enemigo.

El espectáculo de la gente de conciencia sucia es más terrible que el espectáculo de los torturados físicamente. Y si tienes los ojos

agrandados por la muerte que marcha a tu lado, si tus sentidos están afinados por la resurrección, distingues, sin necesidad de oír ni una palabra, al que ha vacilado, al que quizá ya haya traicionado o al que piensa justamente en ese momento, en un pequeño rincón de su alma, que no estaría tan terriblemente mal aliviarse un poco "entregando", al menos, al más insignificante de sus compañeros de lucha. ¡Oh! ¡Flojos miserables! ¡Como si fuera vida la que se paga con la de un camarada!

Quizá no se me había ocurrido pensar en esto cuando mi primera estadía en el "cine", pero luego la idea me asaltó con frecuencia y reapareció más claramente esta misma mañana en un ambiente algo distinto: en un ambiente que era aquí la mejor fuente de información, en el cuarto número "400".

No permanecí mucho tiempo sentado en el "cine". Tal vez una hora u hora y media. Después pronunciaron mi nombre a mi espalda y dos "tiras" de civil que hablaban checo se encargaron de mí. Me llevaron en un ascensor hasta depositarme en el cuarto piso, conduciéndome luego a un gran cuarto en la puerta del cual estaba escrito el número:

### "400"

Sentado ahí, vigilado por ellos, al principio solo y bien al fondo, en una silla aislada junto a la pared, miraba a mi alrededor con la extraña impresión de haber vivido antes la misma escena. ¿He venido aquí ya otra vez? No, nunca. Pero de todos modos conozco esto, he visto antes este cuarto, lo he visto también en sueños, en una febril y cruel pesadilla que lo deformaba terriblemente, que lo hacía aparecer asqueroso, pero que a pesar de eso puedo reconocer. Ahora encuentro el cuarto agradable, claro, lleno de la luz del día, y por las grandes ventanas de finas rejas se distingue la iglesia de Tynl, las verdes colinas de Letná y el castillo de Hradcany. En mi sueño la pieza era triste, sin ventanas, mal iluminada por una luz amarillenta, en la cual los hombres se movían como sombras. Sí, recuerdo, la pieza estaba llena de gente. Ahora está vacía y sus seis bancos apretados son una pradera de anémonas y de ranúnculos. En el sueño estaba llena de hombres sentados en esos bancos unos juntos a otros, con sus rostros pálidos y ensangrentados. Y, allí, muy cerca de la puerta estaba parado un hombre de ojos dolorosos, con el traje azul de trabajo hecho jirones; un hombre que ansiaba beber, beber, y que por fin se desplomó en el suelo, lentamente, como un telón que cae.

Sí, fue así; pero hoy sé bien que aquello no era un sueño, que esa pesadilla cruel y afiebrada era la realidad. Fue la noche que me arrestaron, cuando mi primer interrogatorio. Me trajeron aquí quizá tres veces, quizá diez, qué sé yo, cada vez que han querido descansar o volver a empezar. Yo estaba descalzo, y recuerdo que las baldosas frías del piso refrescaban agradablemente las desolladas plantas de mis pies.

Los bancos estaban entonces ocupados por obreros de *Junkers*. Era la cosecha nocturna de la Gestapo y el hombre que estaba parado cerca de la puerta, vestido con los jirones de su ropa de trabajo, era el camarada Barton, de la célula de empresa Junkers, la causa indirecta de mi arresto. Lo digo para que nadie pueda ser acusado de mi suerte. Mi detención no se debió a la traición ni a la cobardía de ninguno de mis camaradas, sólo a un poco de imprudencia y descuido. El camarada Barton buscaba un contacto entre su célula y la dirección del partido. Su amigo, el camarada Jelinek, descuidando un poco las reglas de la conspiración, en lugar de hablarme del asunto primeramente a mí, a fin de que se arreglara sin su intervención, se comprometió a buscar él mismo ese contacto. Primera falta. La segunda, más grave fue que el camarada Barton confió en un provocador de nombre Dvorák El camarada Barton hasta le confió el nombre de Jelinek y de esta manera la Gestapo comenzó a interesarse en la familia Jelinek. No fue, pues, a causa de la tarea principal, que ellos cumplieron a la perfección durante dos años, sino como consecuencia de una pequeñísima falta a sus deberes de conspiradores. Y que los del palacio Petschek decidieran arrestar a Jelinek precisamente la noche en que nos habíamos citado, y que fueran allí tantos a la vez, fue simplemente una casualidad. No fue un plan preconcebido. Los Jelinek debían ser arrestados recién al día siguiente; la Gestapo fue allí casi por distraerse, como quien sale a tomar un poco de aire, después del arresto exitoso de la célula de Junkers. Nuestra sorpresa a la llegada de la policía no fue menor que la de ellos al encontrarnos. Ni siquiera sabían, al detenerme, quién era yo. Quizá no lo hubieran sabido nunca si junto conmigo...

Pero no llegué a reflexionar sobre esto en el "400", sino después de un buen rato. Aquel día ya no estaba solo; esa vez los bancos estaban ya ocupados y empezaban a transcurrir horas llenas de sorpresas. Sorpresas extrañas que no comprendía y otras nefastas que comprendí demasiado bien.

Sin embargo, mi primera sorpresa no correspondió a ninguna de esas dos categorías, fue algo gentil, ínfimo y sin importancia para

nadie, pero que jamás podré olvidar. El agente de la Gestapo que me vigila —lo reconozco, es el mismo que me dio vuelta los bolsillos el día de mi arresto— me ha arrojado la mitad de un cigarrillo encendido. El primer cigarrillo después de tres semanas, el primer cigarrillo para un hombre que vuelve a la vida. ¿Debo tomarlo? No debe pensar que podrá comprarme. Pero él sigue al cigarrillo con una mirada sin malicia; no, este hombre no trata de comprarme. Ni siquiera he podido acabar de fumarlo; los recién nacidos no son grandes fumadores.

Segunda sorpresa. Con paso de ganso entran en el cuarto cuatro personas que saludan en checo a los agentes vestidos de civil —y a mí—, se sientan tras las mesas, colocan sus papeles ante ellos, encienden sus cigarrillos con toda libertad, como si fueran empleados; pero yo los conozco, sin embargo; por lo menos conozco a tres; pero ¿será posible también que estén al servicio de la Gestapo? ¡Lo estarán? ¿Ellos también? Sin embargo, uno de ellos es Terrintl o Renek, ex secretario del partido y de los sindicatos, de un natural rústico, pero fiel. No, no es posible. Y Annette Visková, siempre tan valiente, tan hermosa, a pesar de sus cabellos ya blancos, militante firme y tenaz. No, no es posible. Vasek Rezek, albañil de una mina del norte. más tarde secretario regional del partido: ¡como si no lo conociera! ¡En cuántos combates hemos estado juntos en el norte! ¿Es posible que éste se haya doblegado bajo el puño de ellos? ¡No, es imposible! Pero, ¿qué hacen aquí, entonces?

Aún no encontré respuesta a estas preguntas, cuando ya se acumulan otras. Traen a Mirek, a los esposos Jelianek y al matrimonio Fried. Sí, sé lo que esto significa. Desgraciadamente, fueron arrestados junto conmigo. Pero, ¿por qué Paúl Kropáček, historiador de arte, está también aquí? Secundaba a Mirek en su trabajo entre los intelectuales, y estaba al corriente de todo lo que se hacía, exactamente como Mirek y yo. ¿Y por qué ese joven alto, con la cara hinchada por los golpes, me ha hecho entender que no nos conocemos? Yo no lo conozco realmente, ¿quién es él? ¿Stych? ¿El doctor Stych? ¿Zdenek? ¡Pero, por Dios, esto significa el grupo de los médicos! ¿Quién podría conocerlos, fuera de Mirek y yo? ¿Y por qué durante el interrogatorio me han hecho tantas preguntas sobre los intelectuales checos? ¿Cómo han podido relacionar mi trabajo con el que se hace entre los intelectuales? ¿Quién podría saberlo fuera de Mirek y yo?

La respuesta no era difícil pero era gravísima, era cruel: Mirek ha traicionado, ha hablado.

En el primer momento yo podía esperar que él no lo hubiera dicho todo, al menos. Pero luego trajeron al otro grupo de prisioneros y

he reconocido a Vlad Vancura, al profesor Tele y su hijo, a Bedrich, Vaclavek, desconocido bajo su disfraz, a Bozena Pulpanová, Jindrich Elb, el escultor Dvorák, todos los que iban a formar parte del Comité Nacional Revolucionario de Intelectuales Checos; todos están aquí. Sobre el trabajo entre los intelectuales Mirek ha dicho todo.

Mis primeros días en el palacio Petschek no fueron fáciles, pero éste fue el golpe más duro que recibí. Esperaba la muerte, pero no la traición. Aún juzgando con indulgencia, aún teniendo en cuenta todas las circunstancias y aún recordando todo lo que Mirek no ha dicho, no he podido encontrar otra palabra: ha traicionado. No ha sido el aflojamiento de un minuto, ni una debilidad, ni la caída de un hombre torturado hasta la muerte que busca un respiro en medio de su fiebre, nada hay que pueda excusarlo. Ahora comprendo por qué conocían mi nombre desde la primera noche. He comprendido por qué Anicka Jiráscová, en casa de quien tuvimos varias entrevistas con Mirek, está aquí. Ahora comprendo por qué Kropáček y el doctor Stych también están.

Casi todos los días he tenido que ir al número "400", y cada día he conocido nuevos detalles. Era triste y descorazonador. Antes fue un hombre recto, que no había mezquinado su cuerpo a las balas en el frente de España, que resistió la cruel experiencia del campo de concentración en Francia. Ahora tiembla bajo la vara de un agente de la Gestapo y traiciona para proteger su piel. ¡Qué superficial debía ser su valor para ceder bajo algunos golpes! ¡Tan superficial como sus convicciones! Era fuerte en su grupo, rodeado de camaradas que pensaban como él, era fuerte porque pensaba como ellos. Ahora, aislado, solo, hostigado por los enemigos, ha perdido completamente su fuerza. Lo ha perdido todo porque ha comenzado a pensar en sí mismo. Para salvar su piel ha sacrificado todo, ha traicionado. Él no se dijo que era mejor morir que descifrar los papeles encontrados en su casa. Los ha descifrado. Ha dado nombres. Ha dado la dirección de un refugio. Condujo a los agentes de la Gestapo a la cita con Stych. Los mandó a casa de los Dvorák; a la cita con Kropáček; ha entregado a Anicka; y hasta entregó a Lida, muchacha valerosa y decidida, que lo amaba. Bastaron algunos golpes para que dijera la mitad de todo esto, y cuando creyó que yo había muerto y que no tendría que justificarse ante nadie, dijo el resto.

Con su conducta no me ha hecho personalmente ningún daño; yo estaba ya en las manos de la Gestapo, ¿qué habría podido agregar a mis males? Al contrario. Su declaración era algo concreto, en ella

podían basarse para futuras averiguaciones; era algo que semejaba el comienzo de una cadena cuyos eslabones siguientes estaban en mis manos, y que ellos querían recorrer hasta el fin; y es sólo gracias a eso que he sobrevivido tras el estado de sitio y conmigo gran parte de nuestro grupo. Pero si hubiera cumplido con su deber, ningún grupo hubiera tenido nada que ver con nuestro caso. Él y yo estaríamos muertos desde hace tiempo, pero caídos nosotros, los demás vivirían y trabajarían.

Un cobarde pierde mucho más que la vida. Él ha perdido. Es un desertor del glorioso ejército, y merece hasta el desprecio del más ruin de sus enemigos. Y aunque salvara la vida, eso no sería ya vivir, porque se ha excluido de la colectividad. Más tarde trató de enmendar en lo posible su acción, pero sin poder ganar nunca la confianza de los camaradas. Lo que es más terrible en la prisión que en ninguna otra parte.

Los prisioneros y la soledad: estas dos palabras parecen inseparables. La prisión es una gran colectividad, de la que ni la más severa incomunicación puede separarlo si él mismo no se ha excluido. La fraternidad de los oprimidos está aquí sometida a una presión que la condensa, la robustece y la hace también más sensible. Atraviesa los muros, que viven, que hablan, o transmiten los mensajes. Abarca las celdas de un mismo corredor, que están unidas por idénticas preocupaciones, por guardianes comunes, por las comunes medias horas de aire puro, cuando basta una palabra o un gesto para transmitir un mensaje o salvar vidas humanas. Liga toda la prisión por las partidas en común al interrogatorio y las comunes permanencias en el "cine", sentados durante horas, y por el regreso en común. Es una fraternidad de pocas palabras y grandes servicios, puesto que un simple apretón de manos o un cigarrillo pasado a hurtadillas abre la jaula en que te han arrojado y te libra de la soledad que debiera quebrantarte. Las celdas tienen manos, tú sientes que te sostienen para que no caigas cuando llegas tras las torturas del interrogatorio; de esas celdas recibes el alimento cuando los otros te quieren matar de hambre. Las celdas tienen ojos; te miran cuando partes para la ejecución, y sabes que debes ir con la frente alta porque eres su hermano y no debes debilitarlos ni siquiera ante un paso vacilante. Es una fraternidad sangrienta e irresistible. Sin su ayuda no podrías soportar siquiera la décima parte de lo que soportas ¡Ni tú, ni nadie!. En esta narración, si llego a continuarla, puesto que no conocemos ni el día ni la hora del fin, reaparecerá a menudo el nú-

mero "400", que intitula este capítulo. Conocí esa sala, y mis primeras horas pasadas allí y mis primeras reflexiones no fueron alegres. Pero no es del lugar de lo que deseo hablarles, sino de la comunidad, y esa comunidad era alegre y combativa.

"400" nació en 1940, en el momento en que aumentaba la actividad de la sección anticomunista de la policía. Era un anexo del depósito del "cine", la sala de espera de quienes serían interrogados, elegida para los comunistas para evitar tener que conducirlos desde el piso bajo hasta el cuarto para cada pregunta, y con el fin de que estuvieran en todo momento a disposición de los empleados de la Gestapo encargados del "interrogatorio". Era, pues, para facilitarles el trabajo; por lo menos esa había sido su intención.

Pero pongan juntos dos prisioneros, sobre todo comunistas, y en cinco minutos está formada la comunidad, que transformará todos los planes. Desde el año 1940 ya sólo se llamaba a ese lugar "la central comunista". Sufrió muchos cambios, y por sus bancos pasaron millares de hombres y mujeres. Pero algo no ha cambiado: el alma de la comunidad, decidida a la lucha y segura de la victoria.

"400" era una trinchera avanzada, cercada por el enemigo y bombardeada con tiro concentrado, pero resuelta a no rendirse jamás. Encima flotaba la bandera roja, y en su seno se manifestaba la determinación de todo el pueblo luchando por la liberación.

Abajo, en el "cine", los guardias SS pasaban arrastrando las pesadas botas, acompañando con sus vociferaciones el menor movimiento de tu ojo. Aquí, en el "400", la vigilancia se cumplía con inspectores y agentes de policía que habían entrado al servicio de la Gestapo como intérpretes, sea voluntariamente, sea por orden de sus superiores, y que ahora cumplían su deber como mercenarios de la Gestapo o como checos. O como algo entre las dos cosas. Ahora ya no nos forzaban a permanecer en posición de firmes, sentados con las manos sobre las rodillas y la mirada fija; podíamos sentarnos más libremente, pasear la mirada alrededor, hacer un gesto con la mano y hasta algo más, según el caso; dependía del guardia que hubiera en determinado momento.

"400" era el sitio en que podía conocerse más profundamente a esa criatura que llamamos hombre.

Aquí, la proximidad de la muerte muestra al desnudo a todo el mundo, tanto a los que el brazalete rojo señala como detenidos comunistas o a los sospechosos de mantener relaciones con ellos, como a aquellos otros que los vigilan y que en algún lado, en otro cuarto, participan de los interrogatorios.

Allí, durante el interrogatorio, cada palabra puede servir de protección o de arma. Pero en el "400" es imposible ocultarse tras las palabras. Aquí no se pesa lo que has dicho, sino lo que está en el fondo tuyo. Allí, en lo más profundo de tu ser, sólo ha quedado lo esencial; todo lo secundario que ennoblece, afea o embellece el fondo de tu carácter, ha caído, como arrancado de un tirón por el ciclón que precede a la muerte. No ha quedado más que el simple sujeto y su atributo: el fiel resiste, el traidor traiciona, el burgués desespera, el héroe pelea. En cada ser hay fuerza y nobleza, audacia y miedo, firmeza e indecisión, suciedad y limpieza. Aquí sólo ha podido quedar una u otra cosa. Esto o aquello. Y si alguien trató de navegar entre dos aguas, ha sido advertido más rápido que un bailarín que, con el platillo en la mano y la pluma amarilla en el sombrero, apareciese durante una ceremonia fúnebre.

Se ha encontrado a algunas de estas personas entre los detenidos, y también entre los inspectores y los agentes. Durante el interrogatorio prendían una vela al buen dios del Reich, y en el "400" prendían otra al diablo bolchevique. Frente al comisario alemán, te ha roto los dientes, para arrancarte a fuerza de golpes el nombre de tu enlace, y en el "400" te ha ofrecido amistosamente pan para calmar tu hambre. Durante el procedimiento ha saqueado completamente tu departamento, para después darte a escondidas, en el "400", la mitad de un cigarrillo de su botín, como demostración de sus buenos sentimientos. Otros, y éstos sólo son una variante de la misma especie, no han hecho jamás daño a nadie por propia iniciativa, pero, tampoco han ayudado nunca a nadie. Jamás han pensado más que en sí mismos. Su sensibilidad es un excelente barómetro político. ¿Se muestran muy reservados y secamente oficiales? Puedes estar seguro de una cosa: los alemanes avanzan hacia Stalingrado. ¿Son amables y entablan conversaciones con los detenidos? La situación es favorable. Seguramente los alemanes han sido rechazados en Stalingrado. ¿Comienzan a hablar de su antiguo origen checo y de cómo se han visto obligados a entrar al servicio de la Gestapo? Excelente. Con seguridad que el Ejército Rojo avanza ya sobre Rostov. Y aun otros de la misma especie que guardan sus manos en los bolsillos cuando ven que te ahogas, pero que te dan complacientemente la mano cuando estás por salir del apuro por tus propios medios. Esta especie de gente ha sentido la cohesión del "400" y ha intentado aproximarse porque ha apreciado su fuerza, pero jamás formó parte de él. Había también otra especie de seres que no tenían

ni idea de la existencia de esa comunión: yo los llamaría asesinos. Pero los asesinos pertenecen, a pesar de todo, al género humano. Me refiero a las fieras de idioma checo, que con el garrote y el hierro en la mano torturaban a los detenidos checos, a tal punto que varios comisarios alemanes terminaban por no poder soportar el espectáculo. No han tenido ni la excusa hipócrita de la lucha por su pueblo o por el Reich. Han torturado y asesinado por voluptuosidad; han roto los dientes y perforado los tímpanos, han saltado los ojos, despedazado los órganos sexuales, abierto la cabeza y golpeado hasta la muerte a los torturados empujados por una crueldad sin otro móvil que la crueldad misma. Los viste todos los días, estabas obligado a soportar a diario su presencia que impregnaba la atmósfera de sangre y estertores de agonía; sólo te ha sostenido tu profunda fe, la certidumbre de que aunque asesinen a todos los testigos de sus crímenes, no podrán escapar a la justicia.

Al lado de ellos, en la misma mesa, iguales, al parecer, y con la misma jerarquía, se sentaban hombres que merecían una H mayúscula. Hombres que aplicaron el reglamento de la prisión a favor de los prisioneros, que ayudaron a formar la comunidad del "400" y que le pertenecían con todo su corazón y con toda su audacia. Su generosidad es tanto más meritoria por cuanto antes, prestando servicios en la policía checa, habían trabajado contra los comunistas. Pero al verlos luchar contra la ocupación, reconocieron su fuerza y la importancia del comunismo para el pueblo, y desde ese momento han ayudado fielmente a cada uno de aquellos a quienes veían permanecer fieles hasta en los bancos de la prisión. Son muchos los militantes de afuera que vacilarían si conocieran los horrores que les espera en caso de caer en las manos de la Gestapo. Pero éstos han tenido esos horrores bajo sus ojos todos los días a todas las horas.

Cada día, a cada hora, corrían el riesgo de que los pusieran junto a los otros detenidos para someterlos a sufrimientos peores y sin embargo no han vacilado.

Ayudaron a salvar la vida de millares y aliviaron la suerte de aquellos cuya vida era imposible salvar. Sin su ayuda el "400" no hubiera podido ser jamás lo que fue y lo que miles y miles de comunistas conocieron: un lugar claro en la casa oscura y tétrica, la trinchera a espaldas del enemigo, el centro de la lucha por la libertad en la misma guarida de los ocupantes.

podido verlo desde mi pequeño sector, pero hay aquí rasgos de un real parecido con la vida, los rasgos de las figuras pequeñas y grandes, y de las figuritas.

### Los jelinek

José y María. Él, electricista; ella, sirvienta. ¿Su hogar? Muebles modernos. Lisos y sencillos, una pequeña biblioteca, una estatuilla, algunos cuadros en las paredes y una limpieza increíble. Tú dirías que el alma entera de ella está encerrada en ese pequeño mundo y que no se preocupa por ninguna otra cosa, sin embargo, trabajaba desde mucho tiempo atrás en el Partido Comunista, y tejía a su manera sueños de justicia. Ambos han trabajado tranquilamente, con abnegación, y no se esquivaron cuando la ocupación los obligó a cargar con pesadas responsabilidades. Después de tres años la policía penetró en su casa, y ambos, con las manos en alto, se pararon uno al lado del otro.

### El 19 de mayo de 1943

Esta noche ellos se llevan a mi Gusta a Polonia "para trabajar". A las galeras, para morir de tifus. Me quedan algunas semanas, quizás dos o tres meses de vida. Parece que mi expediente ha pasado al tribunal. Ahora habrá tal vez unas cuatro semanas de acusaciones contra mí en la prisión de Pankrác, y luego aún dos o tres meses hasta el fin. Este reportaje no será terminado. Trataré de continuarlo si aún tengo oportunidad en estos días. Hoy no me es posible. Hoy tengo la cabeza y el corazón llenos de Gustina, de esta criatura tan noble y tan profundamente fervorosa, de esta compañera extraordinaria y abnegada de mi vida azarosa y jamás apacible.

Todas las noches canto para ella una canción que le gustaba: se habla allí de hierba verde azulada, de una estepa llena de leyendas gloriosas, de luchas de guerrilleros, de una mujer cosaca que lucha junto a los hombres para reconquistar la libertad; refiere su valor y cómo durante una batalla "*iei podnatsjas zemli neprisos!*"<sup>5</sup>*Jei*

---

<sup>5</sup>No pudo levantarse más!

## CAPÍTULO IV

### Las figuras y las figuritas

Sólo les pido una cosa: si sobreviven a esta época, no olviden. No olviden a los buenos ni a los malvados. Reúnan con paciencia los testimonios de quienes cayeron por ellos y por ustedes. Un buen día, el hoy será el pasado, y se hablará de una gran época y de los héroes anónimos que han hecho historia. Quisiera que todos supiesen que no hay héroes anónimos. Eran seres con nombres, con rostros, con deseos y esperanzas, y el dolor del último entre los últimos no fue menor al del primero, cuyo nombre se venerará. Desearía que todos ellos les sean próximos, como seres que hubieran conocido, como miembros de su familia, como ustedes mismos.

Se ha exterminado a familias enteras de héroes. Veneren, al menos, a uno de ellos como si fuese un hijo o una hija, y siéntanse orgullosos de él como de un gran hombre que vivió para el porvenir. Cada uno de los que ha servido fielmente al futuro y cayó para que éste fuera hermoso, es una figura esculpida en la piedra. Y cada uno y de los que con el polvo del pasado quisieron construir una barrera contra la inundación de la revolución no es más que una figurita de madera podrida, aunque tenga los brazos cargados de galones dorados. Pero también es necesario observar a las figuritas vivientes, en su infamia e imbecilidad, en su crueldad y ridiculez, porque es material que nos alecciona para el futuro.

Lo que yo puedo continuar contando sólo es ese material, la declaración de los testigos. Es incompleto y sin perspectivas, como he

*Podnalsjas Zemli Nepristos!*<sup>6</sup> ¡Cuánta fuerza hay oculta en esa gracil criatura de rasgos firmes, de grandes ojos infantiles henchidos de tanta ternura! La lucha, las continuas separaciones, han hecho de nosotros eternos amantes, que no una, sino cien veces, viven los momentos fervientes de las primeras caricias, de los primeros conocimientos. Y, sin embargo, nuestro corazón late siempre al unísono, no somos más que uno en las horas de dicha o de angustia, de excitación o de pena.

Durante años hemos trabajado juntos y nos hemos ayudado mutuamente como sólo un camarada sabe ayudar a otro; durante años ella ha sido mi primer lector y mi primer crítico, y a menudo me costaba escribir cuando no sentía detrás mío su dulce mirada; durante años hemos militado uno al lado del otro en las luchas frecuentes, y durante años hemos vagado tomados de la mano por los sitios que amábamos. Hemos conocido muchas dificultades y vivido grandes alegrías porque éramos ricos con la riqueza de los pobres. La riqueza que se lleva dentro.

¿Gusta? Les diré cómo es Gusta:

Fue durante el estado de sitio, hacia la mitad de junio del año pasado. Me vio por primera vez a las seis semanas de nuestro arresto, luego de esos días llenos de sufrimientos, cuando sola en su celda pensaba en las noticias que le anunciaban mi muerte. La llamaron para ablandarme.

*"Hágalo entrar en razón", le decía el jefe de la dirección durante el careo. "Háblele, que sea razonable. Si no piensa en sí mismo, que por lo menos piense en usted. Tienen una hora para reflexionar. Si a pesar de todo no cede, ambos serán fusilados esta misma noche".*

Ella me acarició con una mirada y respondió simplemente:

*"Señor comisario: eso no es una amenaza para mí, es mi último deseo. Si lo ejecutan a él, ejecútenme a mí también."*

¡Así es Gusta! ¡Amor y firmeza!

Pueden quitarnos la vida. ¿No es cierto, Gusta?

Pero nuestro honor y nuestro amor, no. No pueden.

¿Pueden imaginar, amigos míos, cómo viviríamos si nos volviéramos a encontrar después de todos estos sufrimientos? ¿Si nos encontráramos de nuevo en la vida libre y bella, la de la libertad y la de la creación? ¿Cuando se cumpla lo que tanto hemos deseado. Lo que tantos esfuerzos nos cuesta y por lo que ahora vamos, a morir?

<sup>6</sup> ¡Ah, mi compañero de lucha!

Pero aún muertos viviremos en un rinconcito de su gran dicha, porque para esa dicha hemos dado nuestra vida. Y eso nos alegra aunque sentimos tristeza al despedirnos de ustedes.

No nos han permitido darnos el adiós, ni besarnos, ni estrecharnos la mano.

Sólo la organización de la prisión, que comunica bien a la plaza Carlos con Pankrác,<sup>7</sup> nos da a ambos noticias de nuestra suerte.

Lo sabes Gusta, y yo también lo sé: no nos volveremos a ver. Pero así mismo oigo que me gritas de lejos: ¡Adiós, querido mío!

¡Adiós, mi Gusta!

## Mi Testamento

Yo no poseía más que mi biblioteca. La Gestapo la destruyó. He escrito muchos artículos culturales y políticos, reportajes, estudios literarios, teatrales y de crítica. Muchos de estos trabajos se referían a un día dado, morían con él; déjenlos en paz. Pero algunos otros pertenecen a la vida. Yo confiaba en que Gusta podría reunirlos. Quedan pocas esperanzas. Ruego pues, al honesto camarada Lada Stoll hacer una selección y publicar cinco libros:

1. Artículos políticos y polémicos.
2. Una selección de reportajes sobre temas nuestros.
3. Una selección de reportajes sobre la U.R.S.S.
- 4 y 5. Artículos sobre literatura y teatro.

Encontrará la mayor parte de esos trabajos en *Tvorba, Rude Pravo* y otros en *Kmeni, Prameni*, otros en *Prolet Kultu, Dobe Socialistovi, Avant-garde*, etc.; también en diarios comunistas en poder de antifascistas e intelectuales progresistas.

En casa del editor Girgal (al que admiro por la audacia demostrada al publicar mi libro: *Božena Nemcová*), los manuscritos del estudio sobre Julius Zeyer. En algún rincón de la casa que hace tiempo habitaron los Jelinek, los Visisil y los Suchánek (hoy muertos casi todos), está escondida una parte de mi trabajo sobre Sabina y las notas sobre Jan Neruda.

Había empezado una novela sobre nuestra generación. Dos capítulos están en casa de mis padres, el resto, destruido, sin duda. He visto los manuscritos de algunos cuentos en el expediente de la Gestapo.

<sup>7</sup> Dos prisiones diferentes.

Al crítico literario que va a nacer lego mi amor por Jan Neruda. Es nuestro mejor poeta, el que vio por encima de nosotros en el porvenir. Pero aun no tenemos ningún crítico capaz de comprenderlo y de apreciarlo. Hay que destacar el Neruda proletario. Se le ha pegado a los faldones una etiqueta del idílico *Malá Strana* (antiguo barrio de la pequeña burguesía), sin darse cuenta que justamente este antiguo barrio idílico de *Malá Strana* lo consideraba un granuja; que nació en los límites de Smichov, en un medio obrero, y que para ir al cementerio de *Malá Strana* para sus *Flores del Cementerio* estaba obligado a pasar frente a las usinas de Ringhofer. Sin eso no comprenderán a Neruda, desde *Flores del Cementerio* hasta el folletín del 1º de Mayo de 1890. Todos —hasta un hombre clarividente como Salda— han visto en el trabajo periodístico de Neruda un cierto freno a su labor poética. Esto no tiene sentido, puesto que el Neruda periodista ha sido capaz de escribir obras tan magníficas como *Baladas y Romances* o las *Creaciones del Viernes*, y la mayor parte de *Motivos Simples*.

El trabajo periodístico agota a menudo a su hombre; quizá lo dispersa un poco, pero lo une al lector, le enseña a crear hasta en poesía, sobre todo cuando se trata de un periodista tan honesto. Sin los diarios, viviendo de un día para el otro, es posible que Neruda hubiera escrito muchos volúmenes de poemas. Pero ninguno podría sobrevivir a su siglo como sobrevivirán todas sus obras.

También el libro de Sabina quizá podría ser terminado por alguien. Lo merecería.

A mis padres, por su amor y su sencilla nobleza, hubiera deseado asegurarles con mi trabajo, hecho también para ellos, un otoño asoleado. Que no se sientan tristes por el hecho de no tenerme consigo. "El obrero es mortal, el trabajo sigue viviendo"; en el calor y la luz que los rodeará yo estaré siempre junto a ellos.

Ruego a mis hermanas Liba y Verka hagan olvidar con sus cantos, a mi padre y a mi madre que hay un vacío en nuestra familia. Ellas han tragado bastantes lágrimas cuando venían a vernos en las horas de visita del palacio Petschek. Pero la alegría vive en ellas, y por eso las quiero y por eso nos queríamos todos. Son sembradoras de alegría: que jamás dejen de serlo.

A los camaradas que sobrevivan a esta última batalla les estrecho fuertemente la mano. Por Gusta y por mí. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber.

Y lo repito una vez más: hemos vivido por la alegría, por la alegría

hemos ido al combate y por la alegría morimos. Que la tristeza no sea unida nunca a nuestros nombres.

19.5.43. J. F.

## 22 de mayo de 1943

Concluido y firmado. En el juzgado de instrucción, mi asunto está listo desde ayer. Esto marcha aún más rápidamente de lo que suponía. Parece que en este caso hay alguna razón que los apura. Lida Plachá y Mirek son acusados conmigo; a él de nada le valió el haber hablado.

En el Juzgado de Instrucción todo era correcto y frío hasta helar los huesos. En la Gestapo había algo de vida, algo terrible, pero vida de todos modos. Había pasión, la pasión de los combatientes, de los cazadores de fieras por un lado, y por el otro la de los simples bandidos. Muchos de los de ese sector tenían una especie de convicción. En el Juzgado de Instrucción sólo había burocracia: grandes insignias con la cruz gamada proclamando convicciones que anteriormente les faltaban. Son los escudos tras los que se esconden los empleadillos decididos a sobrevivir de un modo u otro a los tiempos difíciles. No son buenos ni malos con los acusados. No sonríen, no gruñen. Se limitan a papelear. No tienen sangre; sólo una sopa aguada.

Ellos han terminado de escribir, está firmado, y han encerrado todo en párrafos. Hay seis veces crimen de alta traición, varios complots contra el Reich, la preparación de un levantamiento armado, y no sé qué más aún. Una sola de esas acusaciones habría sido suficiente.

Durante trece meses he luchado aquí por la vida de los otros y por mi propia vida. Luché con audacia y con astucia. Los nazis han incluido en su programa una "astucia nórdica". Creo haberme desenvuelto bien también en eso. Si fui vencido, es por la sencilla razón de que además ellos tenían un hacha en la mano.

Esta lucha está terminada. Empieza ahora el período de espera. Dos, tres semanas para la preparación de la acusación; luego el viaje al Reich, la espera de la sesión del tribunal, la condena, y por fin cien

días de esperar; hasta la ejecución. Es una perspectiva. Quizá cuatro o cinco meses más. Durante ese tiempo muchas cosas pueden cambiar. No puedo saberlo desde aquí. Pero el desarrollo más rápido de los sucesos exteriores también puede acelerar nuestro fin. Y así todo se equilibra.

Es una carrera de la esperanza con la guerra. La carrera de la muerte con la muerte. ¿Qué llegará primero, la muerte del fascismo o mi propia muerte? ¿Esta me incumbe a mí solamente? Oh, no. Lo mismo preguntan millares y millares de prisioneros, millones y millones de soldados, decenas de millones de hombres y de mujeres en Europa y en el mundo entero. Unos tienen más esperanzas, otros menos, pero eso no tiene importancia. Los horrores con que el régimen capitalista en descomposición ha inundado al mundo amenazan a todos al máximo. Centenares de miles de hombres, ¡y qué hombres!, van a caer aún antes que los sobrevivientes puedan decir: sobreviví al fascismo.

Ahora sólo los meses decidirán esto, y pronto serán los días. Pero esos serán justamente los más crueles. Yo he pensado siempre en lo triste que resulta ser el último soldado herido en el corazón por la última bala en el último segundo. Pero alguno tiene que ser ese último. Si supiera que puedo ser yo, querría serlo aún ahora.

El poco tiempo que me resta estar en la prisión de Pankrác ya no me permite dar a este reportaje la forma que debería tener. Debo ser más conciso. Mi Reportaje será más bien el testimonio de los hombres que de toda una época. Creo que es más importante.

Comencé estos retratos con el matrimonio Jelinek, gente sencilla, que en época normal no hubieras tomado por héroes. En el momento de ser arrestados estaban uno al lado del otro, con las manos en alto, pálido él, y ella con dos manchas rojas de tísica en los pómulos. Los ojos de ella se espantaron un poco cuando vio a la Gestapo transformar el orden ejemplar de su casa en un cuadro de desolación y desorden. Luego volvió dulcemente la cabeza hacia su marido, preguntándole:

—José, ¿qué sucederá ahora?

El solía economizar sus palabras; le costaba encontrarlas, y hablar lo inquietaba. En ese momento respondió tranquilamente y sin esfuerzo:

—Vamos a morir, Marieta.

Ella no gritó, no vaciló tampoco. Sólo tuvo un hermoso gesto: bajó

la mano y la tendió a su marido frente a los caños de las pistolas que seguían apuntándoles. Ese gesto le valió a ella, y también a su marido. El primer golpe en la cara. Se enjugó el rostro, y mirando a los intrusos con cierto asombro y casi cómicamente:

—*Muchachos tan buenos mozos —dijo, y acentuando las palabras—: ¡tan buenos mozos... y tan brutos!*

Los apreció en su justo valor. Algunas horas después la sacaron de una oficina de un comisario, quien realizó el "interrogatorio" azotándola casi hasta hacerle perder el conocimiento. Pero, pese al castigo, no consiguieron arrancar ni una palabra. Ni en ese momento, ni después.

Nada sé de lo que ocurrió con ellos durante el tiempo que pasé tendido en mi celda imposibilitado de ser interrogado. Sólo sé que durante todo ese tiempo no dijeron nunca nada. Me esperaban. ¡Cuántas veces aún José fue maniatado y cuántas golpeado, golpeado y golpeado! Pero nada ha dicho antes de que yo pudiera decirle, o al menos indicarle con la mirada lo que podía decir o cómo declarar para desorientar su investigación.

Ella era sentimental hasta las lágrimas. Así la había conocido antes del arresto. Pero durante toda su estada en la Gestapo no vi nunca una lágrima en sus ojos. Adoraba su casa. Pero cuando los camaradas de afuera, por darle una satisfacción, le hicieron decir que sabían quién les había robado los muebles y que los vigilaban, respondió:

—*¡Al diablo con los muebles! Que no pierdan su tiempo en eso. Deben ocuparse de cosas más importantes y también deben trabajar en lugar nuestro. Ante todo hay que poner en orden lo más importante: que si sobrevivo a esto yo misma sabré cómo poner orden en mi casa.*

Un día se los llevaron a ambos, cada uno por su lado. En vano he tratado de averiguar algo de ellos. Porque en la Gestapo las gentes desaparecen sin dejar rastros, sembradas en miles de cementerios diferentes. ¡Ah, qué cosecha saldrá de esta siembra terrible!

El último mensaje de ella fue:

—*Patrón, diga a los de afuera que no me lloren y que no se dejen aterrorizar por esto. He hecho lo que me ordenaba mi deber de obrera, y por eso voy a morir.*

Era "solamente una sirvienta". No tenía ninguna erudición clásica, y por eso no pudo saber que eso ya había sido dicho antes:

Peregrino, anuncia a los lacedemonios que aquí yacemos muertos, como las leyes nos lo han ordenado.

### Los Vysusilovi

Vivían en la misma casa, puerta con puerta con los Jelinek. Ellos también se llamaban José y María. Una pequeña familia de empleados subalternos, algo más viejos que sus vecinos. Cuando fue movilizado durante la Primera Guerra Mundial, era un muchachón del barrio Nusle. Algunas semanas después lo traían a su casa con una rodilla fracturada, que no se curó nunca. Se conocieron en un hospital de Brno, donde ella era enfermera. Ella le llevaba ocho años, había hecho un mal casamiento, y ahora el larguirucho "empleado subalterno" de los ferrocarriles y esa "pequeña señora" Vysusil se hallaban complicados en algo prohibido.

El fue arrestado poco tiempo después que yo, y me causó terror verlo aquí la primera vez. ¡Todo corría peligro si él hablaba! Pero no habló. Fue traído por algunos manifiestos que había hecho leer a un amigo, y todo quedó en esa cuestión de los panfletos.

Pasados algunos meses, cuando por la indisciplina de Pokorny y de la mujer Pixová, se supo que Honza Cerny vivía en casa de la hermana de la señora Vysusil, durante dos días "interrogaron" a su manera a José para arrancarle los rastros del último "mohicano" de nuestro Comité Central. Él tercer día llegó a la sala "400" y se sentó con precaución, pues en carne viva es endiablado sentarse; le dirigí una mirada ansiosa interrogándolo y para darle valor. Me respondió alegremente, con soltura arrabalera:

—*Cuando la cabeza no quiere, ni la boca ni el culo hablan.*

Conocí bien a esta pequeña familia, sé hasta qué punto se querían, de qué manera se extrañaban cuando tenían que estar separados uno del otro aunque fuera sólo por uno o dos días. Ahora pasaban los meses. ¡Qué triste le parecía la vida en ese hogar acogedor, en lo alto del barrio Michle, a una mujer sola, en la edad en que la soledad es tres veces más difícil de soportar que la muerte! ¡Cuántos sueños habrá forjado pensando en ayudar a su marido y recomenzar el pobre idilio en que se llamaban, un poco ridículamente, papacito y mamacita! Y ella ha encontrado de nuevo un solo camino: continuar en su trabajo, por ella misma y por él.

La víspera de Año Nuevo, sentada sola frente al retrato de él, esperó que sonara la medianoche, y entonces bebió a la salud de José, por su regreso, porque él pudiera alcanzar el día de la liberación.

Un mes más tarde también ella fue arrestada. Muchos, en su caso, hubieran temblado. Porque ella era agente de enlace de las relaciones con el exterior.

No ha dicho una sola palabra.

No torturaron su cuerpo porque tenía poca salud, y se les hubiera muerto entre las manos. La torturaron de una manera peor: atacando su imaginación.

Algún tiempo antes de ser arrestada enviaron a su marido a "trabajar" a Polonia. Y le repetían a ella:

—*Allí la vida es dura hasta para la gente más sana, y su marido es inválido. No lo podrá soportar. Morirá en cualquier parte y no lo volverá a ver. ¿Dónde irá a buscar usted alguien para reemplazarlo a su edad? Sea razonable, díganos lo que sabe y se lo devolveremos.*

¡Va a morir allá, en cualquier parte...! ¡Mi José!

¡Mi pobre desdichado! ¡Y quién sabe de qué muerte! Han matado a mi hermana, están por matar a mi marido, y quedaré completamente sola, sí, a mi edad... Sola, abandonada hasta la muerte... Y yo podría salvarlo, ellos me lo devolverían... sí, pero ¿a qué precio? Ya no sería yo, ni él mi papacito...

Y no dijo ni una palabra.

Desapareció en uno de los transportes anónimos de la Gestapo. Poco después se supo que José había muerto en Polonia.

### Lida

La primera vez que fui a casa de los Baxá era de noche. Sólo estaban en la casa Josefina y una criatura delgada, de ojos vivos y chispeantes, que se llamaba Lida. Era aún una niña; contemplaba mi barba con curiosidad, contenta de que conmigo hubiera entrado en la casa un elemento nuevo e interesante con el que se podría charlar algunas veces.

Nos hicimos amigos rápidamente. Con asombro supe que esta niña tenía casi diecinueve años, que era medio hermana de Jose-

fina, que su apellido era *Plachá* (tímida), aunque tenía poco de su nombre; que era actriz aficionada y adoraba el teatro.

Me convertí en su confidente. Con esto reconozco que ya me trataban como a un señor de edad,<sup>8</sup> me confesó sus sueños, sus penas juveniles, y recurrió a mi arbitraje en los casos de litigio con su hermana o su cuñado. Porque era atropellada, como suelen serlo las muchachas, y mimada como hija menor.

Cuando salí de la casa por primera vez, después de seis meses, para pasear un poco, ella me acompañó. Un señor de edad, cojo, se hacía notar menos paseando con su hija que si paseara solo. Era más fácil que miraran tras ella que tras él. Por esa razón me acompañó también en mi segundo paseo. Fue a una entrevista clandestina, y también a mi primer alojamiento clandestino; y así, como lo dice ahora la acusación, sucedieron naturalmente las cosas: llegó a ser mi agente de enlace.

Lo hizo con gusto. No se ocupaba demasiado de lo que eso significaba, ni para qué servía. Era algo nuevo, interesante, algo que no hace todo el mundo, y con cierto sabor de aventura. Eso le bastaba.

Mientras sólo se trataba de pequeños asuntos, preferí no decirle más. En caso de arresto su inocencia la hubiera protegido mejor que la conciencia de su "culpabilidad".

Pero Lida se familiarizó con su trabajo. Pronto supo hacer algo más que ir hasta lo de Jelinek con un mensaje cualquiera. Ahora debía saber de qué se trataba. Empecé pues. Era una clase. Una clase dada con toda regularidad. Y Lida aprenda con gusto y rápidamente. A primera vista parecía la misma muchacha alegre, inconsecuente, hasta un poco traviesa, pero en lo profundo de su ser se insinuaba un cambio. Pensaba. Crecía.

Durante una acción conoció a Mirek. Éste había hecho ya un trabajo importante, y lo sabía contar bien. Supo imponerse a ella. Sin duda, ella no captó al principio el fondo de su carácter pero tampoco lo conocí yo. Lo importante fue que por su trabajo, por su aparente convicción, le fue más agradable que todos los otros jóvenes.

Este sentimiento germinó rápidamente en ella, y las raíces se arraigaron profundamente.

Al comienzo del año 1942 empezó a hablar de manera encubierta de su afiliación al Partido. Nunca la había visto tan turbada. Jamás había tomado nada tan en serio.

<sup>8</sup> En esa época, cuando vivió escondido en casa de los Baxá, Fucik se dejaba la barba para transformarse luego en el respetable "Profesor Horak".

Dudé todavía y continué su instrucción. Y seguía examinándola.

En febrero de 1942 su adhesión al Partido era aceptada directamente por el Comité Central. De vuelta a la casa, en una noche glacial, ella que charlaba siempre, se mantuvo callada. Por fin casi al llegar, se paró de golpe, y despacito, tan despacito que se podía oír quebrar cada cristal de nieve, me dijo:

—*Sé que este día es el más importante de mi vida. Desde ahora ya no me pertenezco. Prometo no faltar a mi deber pase lo que pase.*

Han pasado muchas cosas. Ella no ha fallado.

Continuó conservando el enlace con la dirección. Se le encomendaron las tareas más peligrosas. Restablecer contactos perdidos y salvar otros amenazados. Si el dique de seguridad "ardía" iba Lida deslizándose como una anguila. Hacia todo eso con su manera de siempre y con una inconsciencia sonriente, bajo la cual su sentido de la responsabilidad estaba ya sólidamente afirmado.

Fue arrestada un mes después de nosotros. Mirek atrajo la atención sobre ella con sus charlas, y fue fácil probar que había ayudado a su hermana y a su cuñado a huir y pasar a la ilegalidad. Meneando la cabeza, representó perfectamente el papel de una muchacha inconsciente. Que no tiene ninguna noción de haber hecho algo prohibido que puede acarrearle graves consecuencias.

Sabía mucho, pero no dijo nada. A su alrededor todo había cambiado: las tareas y los métodos de trabajo. Pero para ella el deber de un miembro del Partido no podía cambiar: el deber de no quedarse de brazos cruzados cualquiera fuese el sector de lucha. Dirigió cuanto se le encomendó con abnegación, rapidez y precisión. Cuando era necesario salir de una situación embrollada para salvar a alguien. Lida cargaba con la "culpabilidad" del otro. En la prisión de Pankrác ella fue la "responsable" de nuestro corredor, y decenas de personas que no la conocen le deben el no haber sido arrestadas. Un mensaje encontrado casi un año después puso fin a su "carrera".

Ahora va con nosotros al Reich. Es la única de nuestro gran grupo que tiene la esperanza fundada de recobrar la libertad. Es joven. Si nosotros ya no estamos, no dejen que se pierda. Aún tiene mucho que aprender. Enséñenle, no la dejen estancarse. Y dirijanla. No permitan que se envanezca o se contente con lo que ya ha hecho. Fue probada en los momentos más difíciles, pasó por el fuego y demostró gran temple.

## Mi comisario

Este no pertenece a las figuras, pero es una figurita interesante, con un poco más de envergadura que los otros.

Retrocedamos unos diez años al Café "Flora", de Vinohrady, al hacer sonar las monedas sobre la mesa o al grito de: "Mozo, la cuenta", tenías inmediatamente a tu lado a un tipo alto y moreno, que andaba entre las sillas tan silenciosa y rápidamente como una lombriz acuática. Tenía los movimientos suaves y ligeros, y los ojos penetrantes de la fiera que ve todo. No era necesario expresar los deseos; él mismo señalaba al mozo: "Tercera mesa, una crema blanca, grande. La ventana de la izquierda, masas y el diario *Lidové Noviny*". Para la clientela era un buen *maitre d'hotel* y para los demás empleados un buen colega.

En esa época yo aun no lo conocía bien: lo conocí verdaderamente mucho más tarde, y cuando, en casa de los Jelinek, y teniendo en la mano una pistola en lugar del habitual lápiz, me señaló diciendo:

—...*Este es el que más me interesa.*

La verdad es que nos interesamos mutuamente. Tenía una inteligencia natural y una ventaja sobre los otros: el "olfato" para adivinar a la gente. Si hubiera pertenecido a la policía del crimen, esto le hubiera valido muchos éxitos, pues los ladronzuelos o asesinos desclasados y aislados, que no tienen otra preocupación que salvar el pellejo, no hubieran vacilado en confesarse ante él. Pero a las garras de la policía política llegan muy pocos de esos tipos "sálvate como puedas" y la astucia policíaca no se mide solamente con la de la pieza capturada, sino con otra fuerza muchísimo mayor: con la convicción y la prudencia de la comunidad a que pertenece. Y contra eso de nada valen ni la astucia ni los golpes.

En "mi comisario" no podrán encontrar convicciones propias y firmes. Ni en él ni en los otros. Y si por casualidad alguno tuviera una convicción, iría unida a la estupidez, no a la inteligencia ni al conocimiento de las ideas ni de las personas.

Si a pesar de eso ellos consiguen éxitos a veces, en realidad es porque la batalla dura desde hace mucho, y en un espacio muy limitado, en condiciones incomparablemente más difíciles que una situación ilegal cualquiera. Los bolcheviques rusos decían que un buen militante es aquel que se mantiene dos años en la ilegalidad, y eso que si el suelo ardía bajo sus pies en Moscú podían huir a Petrogrado, y

de Petrogrado a Odesa, o perderse entre los millones de habitantes de esas grandes ciudades, donde nadie los conocía. Pero aquí solamente tenemos a Praga: Praga, donde la mitad de la gente se conoce, y donde puede concentrarse toda una jauría de provocadores. Y así mismo nos hemos sostenido durante años, y hasta hay camaradas que están viviendo su quinto año de ilegalidad sin que la Gestapo los haya descubierto. Y esto es así porque aprendimos mucho, pero también porque, si bien el enemigo es poderoso y cruel, lo único que sabe es destruir.

En la sección II A I son tres los que tienen la reputación de implacables destructores del comunismo, y llevan la cinta negra-blanca-roja por el valor demostrado en la guerra contra el enemigo interior: Friedrich. Zander y "mi comisario", Joseph Bohm. Poco les importa el nacionalsocialismo de Hitler, no pelean por una idea política, pelean por sí mismos. Cada uno a su manera.

Zander —un hombrecillo mezquino, con la bilis siempre revuelta— es quizá el que más sabe sobre los métodos policiales, pero sabe más de operaciones financieras.

Fue trasladado a Berlín por unos meses, pero insistió en volver a Praga. El servicio en la capital del Reich era para él una degradación y una pérdida financiera; un empleado colonial en África o en Praga es un señor más poderoso y tiene mejores ocasiones de poner dinero en las cajas de seguridad de los Bancos. Es activo, le gusta interrogar durante las horas de la comida, para demostrar su celo, y tiene buena necesidad de hacerlo para que no se advierta que fuera de su actividad oficial pone más celo aún. Desgraciado de aquél que caiga en sus manos y más desgraciado aún si tiene en su casa acciones o libreta de ahorro. Debe morir lo más pronto posible, pues las libretas de ahorro y las acciones son la pasión de Zander.

Está considerado como el empleado más capaz... en esa especialidad. En eso se diferencia de su ayuda de campo de intérprete checo, Smola, un *gentleman*: no pide la vida si recibe la bolsa.

Friedrich, un tipo alto, flaco y moreno, tiene ojos malignos y sonrisa perversa. Llegó a Checoslovaquia por primera vez el año 1937, como espía de la Gestapo, para ayunar a ejecutar a camaradas alemanes emigrados. Porque su pasión son los muertos. El no conoce inocentes. Quien pasa el umbral de su oficina es culpable. Le gusta anunciar a las mujeres que sus maridos han muerto en el campo de concentración o han sido ejecutados. Se complace en mostrar a los detenidos, siete pequeñas urnas que saca del cajón de su escritorio:

—*Estos siete fueron muertos con mis propias manos, serás el octavo.*

(Ahora ya son ocho, porque mató a Jan Ziska). Le gusta hojear antiguos expedientes y donde encuentra muertos dice con satisfacción: ¡Arreglado, arreglado! Y se complace en torturar, especialmente a las mujeres. Su afición al lujo no es más que un motor auxiliar de su actividad policíaca. Un departamento chic o una tienda simplemente, aceleran tu fin: nada más.

Su ayuda de campo checo Nergr, tiene media cabeza menos de estatura que él. Aparte de eso no se diferencia en nada.

Bohm mi comisario no tiene pasión por el dinero ni por los muertos, aunque en ese sentido su prontuario no sea menos abultado que el de los anteriores. Es un aventurero a quien consume el deseo de "ser alguien". También él trabajaba para la Gestapo desde hacía tiempo. Era mozo de hotel en el salón "napoleónico" y estuvo presente en las conferencias privadas de Beran.

Lo que el mismo Beran<sup>9</sup> no dijo a Hitler, se lo dijo Bohm. ¡Pero qué es eso comparado al placer de la caza del hombre, de saberse dueño de su vida y de su muerte, de tener en las manos la suerte de familias enteras!

Para dejarlo satisfecho no siempre era necesario que las cosas terminaran tan lúgubrememente. Pero si no le era posible destacarse de otra manera, se podía esperar lo peor. Porque, ¿de qué valen la belleza y la vida comparadas con la gloria de un Eróstrato?<sup>10</sup>

El solo organizó una red de provocadores que posiblemente fuera la más amplia de todas. Un cazador con una gran jauría de perros de caza. Y cazaba. Muchas veces por el solo placer de cazar. A menudo los interrogatorios lo aburrían. Su obra maestra era el arresto. Y luego le gustaba contemplar a la gente que esperaba su decisión. Una vez arrestó a doscientos conductores de tranvías en Praga y a los choferes y guardas de autobús y trolebús, a los que cazó en sus propios coches, deteniendo el tráfico y sembrando el pánico en los transportes. Se sintió dichosísimo. Luego puso en libertad a ciento cincuenta, satisfecho de pensar que en ciento cincuenta familias se hablaría de él como de un hombre bueno.

En general le tocaron asuntos comunes, de esos que se arrastran

<sup>9</sup> El Laval checo, uno de los dirigentes agrarios reaccionarios, que después fue presidente del Concejo de Ministros de Producción..

<sup>10</sup> Pastor de Éfeso, que para hacerse célebre incendió el Templo de Diana, en Éfeso, considerada una de las siete maravillas del mundo. (N.del T.)

durante largo tiempo. Yo, a quien él atrapó por casualidad era una excepción. "Sos mi caso más importante", me decía a menudo sinceramente; y se enorgullecía de que yo estuviera clasificado entre los casos más importantes. Posiblemente también esto haya prolongado mi vida.

Ambos nos mentíamos mutuamente sin interrupción, con cuidado y precisión. Yo me daba cuenta siempre, él sólo algunas veces. Y cuando las mentiras eran demasiado evidentes pasábamos a otra cosa como por un convenio tácito. Creo que su insistencia se debía más que al deseo de saber la verdad a la preocupación de no estropear su gran caso.

No consideraba el garrote y los hierros como los únicos recursos del interrogatorio. Prefería hablarnos confidencialmente, o insistir o amenazar, según el caso y la apreciación de "su" hombre. No me torturó nunca, salvo quizá la primera noche; pero cuando eso le convenía me prestaba a otros con ese objeto.

Decididamente era más interesante y complicado que todos los demás, su imaginación era más rica y sabía utilizarla. Fuimos juntos a Branik<sup>11</sup> a una cita inventada. Estábamos allí sentados en un cafetín y mirábamos pasar la gente.

—*Te hemos detenido y mira, ¿qué ha cambiado por eso? La gente camina como antes, ríe o tiene las mismas preocupaciones de antes, el mundo sigue marchando como si jamás hubieras existido. Seguramente habrá algunos de tus lectores entre los que pasan, ¿crees que por tu causa tendrán una arruga más?*

Otra vez, después de un interrogatorio que duró un día, me metió en un auto y me condujo atravesando la Praga nocturna hasta Hradcany subiendo por la calle Neruda.<sup>12</sup>

—*Bien sé que amas a Praga. Mírala bien. ¿Es que verdaderamente no querrías volver a ella? ¡Es tan hermosa! Y seguirá siéndolo cuando ya no existas.*

Representaba bien el rol del Tentador. En esa noche de verano, se respiraba ya la proximidad del otoño y Praga aparecía azulada y húmeda como la uva madura, embriagadora como el vino; yo hubiera deseado seguir mirando hasta el fin del mundo pero lo interrumpí:

—*...Y será más hermosa aún cuando ustedes ya no existan.*

<sup>11</sup> Arrabal praguense

<sup>12</sup> El viejo barrio del castillo situado en las alturas de la ciudad.

Rió brevemente, no con malignidad, sino más bien con tristeza, y me dijo:

—*Eres cínico.*

Más tarde recordó muchas veces esa noche

—*Cuando ya no existamos nosotros... ¿Entonces, aún no crees en nuestra victoria?*

Me lo preguntó porque él mismo ya no creía en ella. Y escuche atentamente cuando le hablé de la fuerza e invencibilidad de la URSS Fue, por otra parte, uno de mis últimos interrogatorios.

### Los tiradores - Intermezzo

En la puerta de la celda situada frente a la mía, cuelga un par de tiradores. Unos tiradores comunes. Esa prenda nunca me gustó. Pero ahora los miro con placer cada vez que alguien abre la puerta de la celda. Son un rayo de esperanza.

Cuando te arrestan, te pegan, a veces hasta matarte; pero antes te quitan cuidadosamente la corbata y el cinturón o los tiradores para evitar que te ahorques (a pesar de que uno puede ahorcarse perfectamente con una sábana). Estos peligrosos instrumentos se guardan en las oficinas hasta el momento en que alguna Parca anónima de la Gestapo decide que seas enviado a otra parte, a trabajar en algún campo de concentración o a la ejecución. Entonces esas prendas te son devueltas muy ceremoniosamente, pero no tienes el derecho de llevarlas a tu celda; debes colgarlas afuera, en la puerta o en el marco de ésta y allí cuelgan hasta el día en que te vayas, como el signo visible del viaje involuntario de alguno de los habitantes de esa celda. Los tiradores de enfrente aparecieron justamente el día en que supe la suerte corrida por Gusta. Ese camarada irá a trabajar también y en el mismo convoy que ella. Aun no ha partido ese convoy. Ha sido demorado porque parece que el lugar previsto para el trabajo fue destruido por los bombardeos (otra hermosa perspectiva). Nadie sabe cuando saldrá el convoy. Quizás esta misma noche, quizás mañana o dentro de una semana o dos. Los tiradores de enfrente siguen colgados y cuando los veo, yo sé que Gusta aún está en Praga. Los miro, pues, con alegría, con amor, como a alguien que la estuviera ayudando.

Ella gana un día, dos, tres... quién sabe, quizá ese día pueda salvarla.

En este estado vivimos todos aquí. Hoy hace un mes, hace un año, siempre he esperando el mañana en que está fija nuestra esperanza. Tu suerte está echada, te fusilarán pasado mañana. ¡Ah!, pero ¿quién sabe lo que puede pasar mañana? Sólo esperar hasta mañana. Mañana todo puede cambiar, itodo es tan inestable! Y pasa el mañana, caen millares de hombres; para esos millares ya no puede haber mañana, pero los vivos continúan viviendo con la esperanza inmutable. Mañana, quién sabe lo que puede ocurrir mañana.

Esa es la fuente de donde provienen los relatos más fantásticos. Cada semana hay un dato color de rosa sobre la terminación de la guerra, que se transmite al oído y que la gente recibe con la boca abierta: cada semana la prisión de Pankrác susurra una novedad sensacional, bien agradable de creer. Esperanzas falsas que no fortifican, que más bien debilita el carácter; el optimismo no debe he ser alimentado por la mentira sino por la verdad. Por la visión clara de la victoria indudable. Lo esencial es tener la seguridad interior de que este día puede ser el decisivo, que cada uno de los que se ganan puede ser aquel que te transportará por encima de la frontera que separa la vida que no quieres abandonar, de la muerte que te amenaza.

La vida humana tiene muy pocos días. Y sin embargo aquí de-seas que pasen pronto, más pronto, lo más pronto posible. El tiempo que pasa, el tiempo imperceptible, que te desangra constantemente, aquí es amigo tuyo.

Es curioso. Mañana se vuelve ayer. Pasado mañana se vuelve hoy. Otro día ha pasado.

Los tiradores de la puerta de enfrente cuelgan aún.

### CAPÍTULO VI

#### El Estado de Sitio de 1942

27 de mayo de 1942

Fue justamente hace un año.

Del interrogatorio me habían bajado al "cine". Era el viaje diario al cuarto 400: a mediodía, abajo, para la comida traída desde Pankrác;

*Estado de sitio en Praga.*

Otro día nos alinean abajo en el corredor por el que se va a los interrogatorios. Está entre nosotros el camarada Víctor Synek, el último miembro vivo del Comité Central del Partido, arrestado en febrero de 1941. Un alto carcelero de la prisión, con uniforme SS, agita ante sus ojos un papel blanco, en el que puedes leer en grandes letras:

—*Entiassungsóefehl*.<sup>13</sup>

Brutalmente, y con risa burlona:

—*¡Ya lo ves, judío, te ha valido la pena esperar! La orden de ponerte en libertad... ¡Fik!...*

Y señala con el dedo el sitio de la garganta donde se separará la cabeza de Víctor. Otto Synek fue el primer ejecutado durante el estado de sitio de 1941. Su hermano Víctor es la primera víctima del Estado de sitio en 1942. Lo llevan a Mauthausen. Para abatir la caza, como ellos dicen, noblemente.

El viaje desde Pankrác al palacio Petschek, y el regreso, son ahora un martirio para miles y miles de prisioneros. Los SS que vigilan en los coches toman su "revancha por Heydrich". Antes de que el coche celular haya recorrido un kilómetro, la sangre corre de las bocas y cabezas de los diez prisioneros, heridas abiertas por las culatas de los revólveres. Mi presencia eventual en el coche resulta ventajosa para los otros, porque mi barba tupida atrae la atención de los SS y los incita a bromas ingeniosas. Prenderse a mi barba para aguantar los sacudones del coche se convierte en uno de sus placeres favoritos. Para mí, es una buena preparación para los interrogatorios adaptados al clima actual, y que concluyen con esta frase invariable:

—*Si mañana no sos más razonable, serás fusilado.*

Esa amenaza ya no tiene nada de horrible. Cada noche oyes el llamado de los nombres en el corredor de abajo; cincuenta, cien, doscientos hombres que van en los camiones maniatados, como bestias al matadero, y a los que se transporta a Kobylis para las ejecuciones sumarias. ¿Su culpa? Ninguna culpa especial. Los han detenido. No están complicados en ningún asunto de importancia. No se los necesita como testigos, y es por eso que los matan. Un poema satírico que un camarada ha leído a otros nueve fue causa de su arresto, dos meses antes del atentado. Ahora se los ejecuta por aprobar el

<sup>13</sup> Orden de Libertad.

por la tarde vuelta al cuarto piso. Pero ese día no volvimos a subir.

Estás sentado y comes. Los bancos, colmados de prisioneros, que mueven sus cucharas y mastican. Esto parece casi humano. Pero si en ese momento se volvieran esqueletos todos los que mañana estarán muertos, el tintineo de las cucharas en las escudillas de barro, sería ahogado por el crujir de los huesos y el seco rechinar de las mandíbulas. Pero nadie tenía aún la menor sospecha de lo que iba a pasar. Todos alimentaban sus cuerpos para sostenerse aún algunas semanas, meses, años.

Casi se hubiera podido decir: buen momento. Y de pronto un temporal. Y de nuevo el silencio. Sólo por los rostros de los guardianes se podía adivinar quizá que algo ocurría. Sobre todo al rato, cuando debimos ponernos en fila para marchar a Pankrác. ¡A mediodía! Era algo extraordinario. Un mediodía sin interrogatorio, cuando ya estás cansado de las mismas preguntas para las que no tienes respuestas, es como un regalo de los dioses. Esto te parece. Pero es otra cosa.

En el corredor nos topamos con el general Elisá. Está excitadísimo. Aunque me encuentra entre el grupo de guardianes, me susurra:

—*Estado de sitio.*

Los prisioneros sólo tienen fracciones de segundos para las comunicaciones más importantes. A mi muda pregunta, ya no alcanza a responder.

Los guardianes de Pankrác se asombran de nuestra vuelta anticipada. El que me conduce a la celda me inspira más confianza. Aun no sé quién es, pero le digo lo que he oído. Sacude la cabeza. No sabe nada. Quizá he oído mal. Es posible. Me tranquilizo.

Pero viene esa misma noche, y mirando dentro de la celda, me dice:

—*Tenía razón. Atentaron contra Heydrich. Gravemente herido.*

atentado. Una mujer fue arrestada hace seis meses sospechada de distribuir volantes ilegales. Ella lo niega. Arrestan entonces a sus hermanas y hermanos, a los maridos de sus hermanas y a las mujeres de sus hermanos, y se los ejecuta a todos, porque la consigna de este Estado de sitio es la exterminación de familias enteras. Un empleado de correos, detenido por error, espera abajo, junto al muro, que lo pongan en libertad. Oye su nombre, y responde al llamado. Se los coloca en la fila de condenados a muerte, lo llevan, lo fusilan, y sólo dos días después se constata que sólo se trata de una confusión y que era otro del mismo nombre el que debió ser ejecutado. Se fusila entonces al otro, y todo queda en orden. ¿Verificar cuidadosamente la identidad de aquellos a quienes se piensa quitar la vida?... ¿A quien se le ocurriría perder su tiempo en eso? ¿Acaso no es superfluo cuando se trata de quitarle la vida a la nación entera?

En las últimas horas de la noche vuelvo del interrogatorio. Abajo, junto al muro, está parado, con una valijita a los pies, Vlad Vancura.<sup>14</sup> Bien sé lo que eso significa. Él también. Nos apretamos la mano. Vuelvo a mirarlo otra vez desde lo alto del corredor. Ahí está con la cabeza ligeramente inclinada y con la mirada perdida, perdida a lo lejos, a través de su vida entera. Una media hora después gritan su nombre...

Algunos días más tarde, en el mismo sitio, junto a la pared; Milos Krásny, un valiente soldado de la revolución, detenido en octubre del año pasado, y a quien ni la tortura ni las astucias pudieron doblegar. Medio apartado del muro, explica tranquilamente algo a uno de los guardianes que están a su espalda; me ve, sonrío, sacude la cabeza en señal de despedida y continúa:

*—Todo esto no les servirá para nada. Muchos de los nuestros caerán aún, pero ustedes serán los vencidos...*

Otra vez también, a mediodía. Estamos en la planta baja del palacio Petschek y esperamos la comida. Traen a Elisa. Lleva diarios bajo el brazo, y los señala sonriendo: acaba de leer allí sus vinculaciones con los ejecutores del atentado.

*—¡Chismes!* —dijo brevemente, y se pone a comer.

Por la noche, cuando retorna con nosotros a Pankrác, vuelve a hablar de lo mismo, sonriendo. Una hora más tarde es llevado a Kobylis.

<sup>14</sup>Uno de los mejores escritores checos, fusilado por Uno de los mejores escritores checos, fusilado por los alemanes.

El número de muertos aumenta. Ya no se los cuenta por decenas ni por centenas, sino por millares. El olor a sangre fresca excita a las fieras. Ahora "actúan" durante la noche; "actúan" hasta los domingos; todos llevan uniforme SS; ésta es su fiesta; su Sabbat: asesinar. Envían a la muerte a obreros, maestros, campesinos, escritores, funcionarios; matan hombres, mujeres y niños; exterminan familias, incendian y desolan las aldeas. La muerte a bala limpia recorre el país como una peste y no elige sus víctimas. Y el hombre, ¿qué hace en medio de este terror? Vive.

Parece increíble. Vive, come, duerme, ama, trabaja y hasta piensa en mil cosas que no tienen relación con la muerte. Seguramente soporta sobre su nuca un peso terrible, pero lo lleva sin doblar la cabeza, sin caer.

A mediados del Estado de sitio el comisario me llevó a Branik. El aire del hermoso mes de junio estaba perfumado por los tilos y las tardías flores de las acacias. Era un domingo por la noche. En la parada terminal de los tranvías la calle resultaba estrecha para contener la presurosa corriente de los que volvían de sus excursiones. Venían ruidosos, alegres, beatíficamente cansados, saturados por el sol, por el agua, por los abrazos de sus compañeras; lo único que no has visto en sus caras es la muerte, la muerte siempre acechante y también pende sobre sus cabezas. Hormigueaban impacientes y graciosos como conejos. ¡Como conejos! Extiende la mano y elige uno de ellos según tu gusto; los otros se refugian en un rincón, pero un instante después ya vuelven a hormigear, con sus preocupaciones, sus alegrías y toda su ansia de vivir. Yo había sido transplantado de golpe desde el mundo tapiado de la prisión a esta corriente impetuosa, y al principio su dulce beatitud me supo ásperamente, sin razón. Sin razón.

Porque lo que he visto ahí es la vida, la vida que era la mía y que es la de todos, la vida sometida a una presión terrible, pero indestructible, cercenada en uno y creciendo en cientos; la vida, más fuerte que la muerte. ¿Y eso debe ser áspero? ¿Acaso nosotros, los presos, que vivimos directamente bajo este terror, somos de otra pasta?

Algunas veces iba yo a los interrogatorios en coches policiales en los que los guardianes se conducían con moderación. Por la ventanilla observaba la calle, las vidrieras de los comercios, los quioscos de flores, la muchedumbre de hombres, las mujeres. "Si puedo contar nueve pares de piernas lindas no seré ejecutado hoy", me dije una vez. Y conté, miré, comparé, examinando minuciosamente sus

líneas reconocía que eran bellas o las rechazaba con apasionado interés, no como si mi vida dependiera de ese examen, sino más bien como si la vida no estuviera en juego para nada.

Generalmente yo volvía tarde a la celda. El Padre Pesek ya estaba inquieto: "¿A pesar de todo volverá?" Me abrazaba, y yo le contaba brevemente las noveladas y quién más había caído en Kobylis: en seguida comíamos con feroz apetito las repugnantes legumbres secas, cantábamos alegres canciones o jugábamos furiosos a ese estúpido juego de dados, que nos apasionaba. Y eso era justamente por la noche, cuando a cada momento podía abrirse la puerta de la celda y sonar el mensaje de muerte para uno de los dos.

—*¡Tú o tú, desciende! Con todo, iligero!*

Pero durante esos días no nos llamaron. Sobrevivimos a esa época de terror. Hoy nos acordamos de esto con asombro, sobreponiéndonos a nuestro propio sentimiento.

¡Qué extrañamente construido está el hombre, que puede soportar hasta lo insoportable!

Evidentemente, no es posible que momentos semejantes no dejen en nosotros rastros profundos. Es posible que queden en el cerebro, como un rollo de film oculto que comenzara a desenrollarse, conduciéndonos a la locura algún día, en la vida real, si es que alcanzamos a vivirla. Y quizá también los veremos como a un gran cementerio, verde jardín, donde se han sembrado semillas muy queridas.

Semillas muy queridas, que germinarán.

## CAPÍTULO VII

### Figuras y figuritas (2)

(Pankrác)

La prisión tiene dos vidas. Una encerrada enteramente en las celdas, completamente aislada del mundo entero, y sin embargo ligada a él por los lazos más íntimos cuando se trata de presos políticos. La otra, frente a las celdas, en los largos corredores, en la hipócrita penumbra, es el mundo íntegramente recogido en sí mismo, el mundo en uniforme, un mundo de muchas figuritas y pocas figuras.

Voy a hablar de este mundo.

Tiene su zoología y también su historia; si no la tuviese, yo no podría conocer esta zoología tan profundamente. Conocería solamente los bastidores que tenemos enfrente, solamente su fachada, en apariencia entera y sólida, con su peso de hierro sobre la población de la celda.

Eso era así todavía hace un año, menos de un año. Ahora la fachada está llena de fisuras, a través de las cuales se advierten rostros: pobres, graciosos, inquietos, ridículos, pero siempre correspondiendo a criaturas humanas. La situación penosa del régimen también somete a presión a cada miembro de ese mundo gris y le exprime hacia afuera hacia la luz, todo lo que en él hay de humano. A veces hay muy poco, a veces algo más. Y es esa cantidad la que los diferencia entre sí y forma los tipos. Evidentemente, encuentras también entre ellos muchos hombres completos, pero éstos no han esperado. Son los que no necesitan sufrir su propia angustia para ayudar

a otros angustiados. La prisión es una institución sin alegría. Pero este mundo de los corredores frente a la celda es más triste que el mundo de las mismas. En la celda vive la amistad. ..¡y qué amistad! Como la que se estrecha en el frente, entre grandes peligros, cuando mi vida puede estar hoy en tus manos y mañana la tuya entre las mías. Pero este régimen de la amistad no existe en absoluto entre los guardianes alemanes. No puede existir. Viven en una atmósfera de alcahuetería. Cada uno persigue y denuncia al otro, cada uno está siempre alerta ante el otro, al que oficialmente llama "camarada"; y los mejores de entre ellos, que no pueden ni quieren vivir sin amigos, más bien los buscan en las celdas.

Sus nombres no tienen importancia. Entre nosotros los designábamos con los apodos que les habíamos puesto o por los que les dieran nuestros predecesores, y que luego les quedaron pegados como herencia. Algunos tenían tantos sobrenombres como celdas había en el corredor: eran tipos intermedios, ni carne ni pescado. Aquí uno había dado algo más de comida, y allá, al lado, le había pegado en la cara a un hombre. Eran sólo segundos de contacto con los prisioneros, pero que penetraban profundamente en la memoria de la celda y daban de cada uno una idea particular y un apodo particular. Pero de cuando en cuando todas las celdas estaban de acuerdo en la elección del sobrenombre. Era el caso de aquellos de más definido carácter. Para lo bueno o para lo malo.

¡Mira este tipo! ¡Contempla estas figuritas!

¡Y no han sido reunidos al descuido! Son una parte del ejército político del nazismo, sus hombres elegidos. Los soportes del régimen. Los pilares de su sociedad...

### Un samaritano

Un gordo grandote, con una vocecita de tenor: "SS-Reservista" Rheuss, portero del colegio de Colonia, sobre el Rhin. Como todos los porteros de escuelas alemanas, ha seguido cursos de primeros auxilios, y reemplaza a veces al enfermero de la prisión. Es el primero con quien entré en contacto aquí; me arrastró hasta la celda, me acostó sobre el colchón y curó mis heridas poniéndome las primeras compresas. Quizá me ayudó realmente a salvar la vida. ¿Qué es lo que se manifestó aquí? ¿El hombre o el enfermero de urgencia? No lo sé, pero con seguridad fue el nazismo lo que se manifestó en él cuando rompió los dientes a los judíos detenidos y les obligó a tragar

cucharadas enteras de sal o de arena como medicamento universal contra todas las enfermedades.

### "El molinero"

Un hombrecito, cochero charlatán de la cervecería Fabián, de Budejovice. Entra a la celda con una amplia sonrisa y trae la comida sin molestar nunca a nadie; pero tú no podrías creerlo: se queda horas enteras escuchando detrás de la puerta, oyendo lo que se habla en las celdas, para poder correr luego, hacia su superior con cada pequeña y ridícula nueva que pesca.

### Koklar

También obrero de una cervecería de Budejovice. Hay aquí varios de esos obreros alemanes de los Sudetes. "No importa lo que hace o piensa individualmente un obrero —escribió una vez Marx—, pero sí importa lo que los obreros como clase deben hacer para cumplir su misión histórica".

Estos no saben absolutamente nada del papel de su clase. Arrancados de ella, colocados contra ella, cuelgan de sus ideas en el aire, y es muy posible que también terminen colgados en el verdadero sentido de la palabra.

Este se ha pasado al nazismo para tener una vida más fácil. La práctica le ha demostrado que el asunto es más complicado de lo que creía. Desde entonces ha perdido su sonrisa. Ha apostado todo por la victoria del nazismo, y está comprobando que apostó a un caballo muerto. No puede controlar sus nervios. Durante la noche, solo, en zapatillas de fieltro, camina por los corredores de la prisión, donde deja, sin darse cuenta, rastros de sus confusas ideas escritas en el polvo de las ventanas.

—Todo está como la mierda —escribió "poéticamente" una vez pensando en el suicidio.

Durante el día incomoda a los prisioneros y a los guardianes gritando con su voz aguda y sofocada para no tener tanto miedo.

**Rosler**

Alto, flaco, con voz de bajo, uno de los pocos que aquí tiene ganas de reír. Obrero textil de la región de Jablonec. Viene a la celda y discute durante horas enteras.

—*¿Cómo he llegado a esto? Yo no he trabajado con regularidad ni diez años y tener que sostener toda una familia ganando veinte coronas por semana..., ¿qué vida es esa, decime? Y después ellos vienen y te dicen: ven con nosotros, te daremos trabajo; voy y me lo dan, a mí y a todos los otros. Podemos comer, podemos tener un techo, podemos vivir. ¿Socialismo? Y bien, no, no es precisamente eso. Yo imaginaba eso de otro modo. Pero es mejor que antes.*

—*¿No es cierto? ¿La guerra? No he deseado la guerra, no he querido que otros mueran. Solamente he querido poder vivir yo.*

"¿Que yo ayudo a esto lo quiera o no? Y entonces ¿qué debo hacer ahora? ¿Aquí he hecho mal a alguien? Si me fuera vendría otro que quizá fuese peor. ¿Ayudaría a alguien yéndome? Cuando termine la guerra volveré a la usina..."

"¿Quién creés vos que ganará la guerra? ¿Nosotros no? ¿Ustedes? ¿Y qué será de nosotros, entonces?"

—*El fin? Lástima. Yo creía otra cosa —y sale de la celda con un largo paso indolente.*

Media hora después vuelve con una pregunta:

—*¿Cómo es en realidad, la Unión Soviética?*

**“Eso”**

Una mañana esperábamos abajo, de pie en el corredor principal de Pankrác, que nos llevaran al palacio Petschek para los interrogatorios. Habitualmente nos quedábamos de cara a la pared para no mirar lo que ocurría a espaldas nuestras. Pero ese día resonaba detrás una voz desconocida para mí.

—*No quiero ver nada ni escuchar nada! ¡Ustedes no me conocen! ¡Van a aprender a conocerme!*

Me reí. En esta escuela de doma esa cita del pobre cretino del te-

niente Dub, de Schweik<sup>15</sup> era realmente oportuna. Y nadie había tenido aún el valor de decir aquí esa broma en voz alta. Pero un vivo golpe de mi vecino, más fogueado, me advirtió que no era el caso de reír, que tal vez yo me equivocaba y eso no era una broma Y no lo era.

"Eso", que hablaba así detrás nuestro, era un hombrecito con uniforme SS que visiblemente no tenía ninguna idea de Schweik. "Eso" hablaba como el teniente Dub porque intelectualmente estaba a su altura. "Eso", respondía al nombre de Withan, y como Withan había sido sargento jefe en el ejército checoslovaco "Eso" tenía razón. Llegamos a conocerlo perfectamente, y jamás fue para nosotros más que el neutro "Eso". Porque, a decir verdad, nuestra inventiva se sentía débil al tratar de dar un apodo adecuado a esa rica mezcla de cretinismo, imbecilidad, arribismo y maldad, que era uno de los sostenes principales del régimen de Pankrác.

"Eso" no llega ni a las rodillas del cerdo, dice el dicho popular para designar a ese tipo de pequeño arribista vanidoso a fin de herirlo en el lugar más sensible. ¡Qué pequeñez intelectual debe tener un hombre para sufrir por su pequeñez corporal!. Y Withan sufre por ella, y se venga en todo lo que es más grande física e intelectualmente es decir, en todo.

No con golpes. No tiene suficiente audacia para ello Pero sí con la denuncia. Muchos prisioneros perdieron la vida por esa razón, pues no es lo mismo salir de Pankrác para el campo de concentración con una u otra nota, en el supuesto caso que se salga.

Es infinitamente ridículo. Vaga dignamente por los corredores, solo, soñando con su gran importancia. Cada vez que se cruza con un hombre siente necesidad de treparse en cualquier parte. Si interroga, se sienta en la balastrada de la escalera, y se queda hasta una hora en esa incómoda posición, porque así sobrepasa al otro en una cabeza. Si vigila el arreglo de la barba, se sube a una escalerita o se pasea sobre un banco, repitiendo sus ingeniosas sentencias:

—*No quiero ver nada, ni escuchar nada! ¡Ustedes no me conocen!*

Durante la media hora de gimnasia de la mañana se pasea sobre el césped que lo eleva diez centímetros sobre lo que lo rodea. Entra a la

15 Uno de los personajes de la célebre novela satírica checa de la primera guerra mundial: "Las aventuras del buen soldado Schweik" de Jeroslav Hasek. (Hay edición castellana, Ed. Siglo XX, Bs.As.)

celda con la dignidad de una majestad real para subirse de inmediato a una silla, a fin de observar y revisar desde la altura.

Es infinitamente ridículo, pero —como todos los imbéciles que ocupan puestos con poder sobre la vida de la gente— es también infinitamente peligroso. En el fondo de su imbecilidad se esconde un talento: hacer de una mosca un elefante. No entiende de otra cosa que de su tarea de perro guardián, y por esta razón la más mínima desviación del orden prescrito le parece algo grande, que corresponde a la importancia de su misión. Inventa y fabrica delitos y crímenes contra el reglamento de la prisión para poder dormir tranquilo sintiéndose alguien.

¿Y quién trata de saber aquí cuánto hay de verdad en sus denuncias?

### Smetonz

Un porte marcial con ojos inexpresivos y cara de cretino, viviente caricatura de los esbirros nazis de Georges Grosz. Ordeñaba vacas en la frontera lituana, pero, aun que parezca asombroso, el ganado no dejó en él ningún rasgo de su nobleza. Para sus superiores, personifica las virtudes alemanas: es cortante, enérgico, incorruptible... (uno de los pocos que no piden de nuestros alimentos a los responsables de los corredores), pero...

Un sabio alemán cualquiera, yo no sé quién, calculó la inteligencia de los seres por el número de palabras que son capaces de formar. Y me parece que llegó a comprobar que la criatura que menos inteligencia tiene es el gato doméstico, que sólo sabe formar ciento veintiocho palabras. Un genio comparado con Smetonz, de quien en Pankrác nunca se escucharon más de cuatro palabras:

*"Pos bloss auf, mensch"*<sup>16</sup>

Dos o tres veces por semana transmitía la guardia: dos o tres veces por semana se esforzaba desesperadamente para no equivocarse, pero siempre lo hacía mal. Lo he visto cuando el director le reprochó el que las ventanas no estuvieran abiertas. Por un momento la montaña de carne se balanceó con embarazo de un pie al otro, sobre las cortas piernas; la cabeza, estúpidamente inclinada, se bajó aún más, las comisuras de la boca cayeron por el esfuerzo enorme de repetir

lo que acababa de oír... Y de golpe toda esta materia empezó a ulular como una sirena, sembrando la alarma en todo el corredor; nadie comprendía de qué se trataba, las ventanas continuaban cerradas, solamente sangraban las narices de los dos prisioneros más próximos a Smetonz. Por fin había encontrado la solución. La solución de siempre. Pegar, pegar a todos los que caían entre sus manos, pegar hasta matar, eso era lo único que él comprendía, sólo eso. Una vez, entrando a una de las celdas comunes, pegó a uno de los prisioneros, un hombre enfermo, que cayó presa de una crisis. Siguiendo el ritmo de la crisis, los otros prisioneros tuvieron que hacer flexiones hasta que el enfermo quedó completamente agotado y Smetonz, las manos en los costados y sonriendo como un estúpido, contemplaba satisfecho el cuadro creyendo haber resuelto muy satisfactoriamente una situación complicada.

Un salvaje, que de todo lo que se le había enseñado sólo había retenido una cosa: que podía pegar.

Y sin embargo algo se rompió en esta criatura. Hace de eso más o menos un mes. Estaban sentados él y K. solos en la oficina de la cárcel, y K. le explicaba la situación. Pasó un largo rato, muy largo, antes que Smetonz comprendiera algo. Se levantó, abrió la puerta, observando con prudencia el corredor: por doquiera el silencio, la noche; la prisión dormía. Cerró la puerta, echándole llave prudentemente, y con lentitud se desplomó en una silla:

*—Entonces, ¿tú piensas?*

Se tomó la cabeza entre las manos. Una carga terrible había caído sobre el alma tan pequeña de ese gran cuerpo.

Durante un largo rato se quedó así, abrumado. Por fin levantó la cabeza y dijo con desesperación:

*—Tienes razón. Ya no podemos ganar.*

Desde hace un mes en la prisión de Pankrác ya no se escucha el grito de guerra de Smetonz, y los nuevos prisioneros ignoran cómo pega su puño.

### El director de la prisión

Más bien pequeño, siempre elegante, tanto de civil como con su uniforme de *Untersturmführer*<sup>17</sup>, amante del lujo, satisfecho de sí

<sup>16</sup> En guardia, hombre

<sup>17</sup> Oficial de la SS, equivalente al grado de Alférez o subteniente

mismo, aficionado a los perros de caza y a las mujeres (este es un aspecto que no nos toca).

El otro aspecto, el conocido en Pankrác: brutal; grosero, sin cultura, un típico advenedizo nazi, dispuesto a sacrificar a todo el mundo para conservar su posición, se llama Soppa, si para algo interesa su nombre. Originario de Polonia, hizo su aprendizaje de herrero, pero este honroso oficio no dejó rastros en él. Ya hace mucho que entró al servicio de Hitler y buen alcahuete, progresó hasta alcanzar el puesto actual. Lo defiende por todos los medios es cruel y desconsiderado con todo el mundo, con los prisioneros como con los empleados, con los niños como con los viejos. La amistad no existe entre los empleados del nazismo en Pankrác, pero no hay otro como Soppa sin siquiera la sombra de una amistad. Al único que aquí aprecia un poco, y al que habla más a menudo, es al enfermero de la prisión, el Polizeimeister Weisner. Pero parece que esa amistad no es recíproca.

Sólo se preocupa por él mismo. Con su propio esfuerzo ha conseguido el puesto de director, y por ello será fiel al régimen nazi hasta el último momento. Es quizá el único que no piensa en una u otra manera de salvarse. Sabe que para él no hay salvación. La caída del nazismo será su propia caída, el fin de su vida suntuosa, de su departamento de lujo, el fin de su elegancia (es tan poco escrupuloso, que viste los trajes de los checos ejecutados).

Es el fin. Sí.

### **El enfermero de la prisión**

El Polizeimeister Weisner es en el ambiente de Pankrác una figurita especial. A veces te parece que no pertenece del todo a Pankrác y otro día no puedes imaginarte a Pankrác sin él. Si no está en la enfermería, se arrastra por los corredores con su paso corto y balanceado hablando para su capote, y observa, observa siempre. Como alguien de afuera que hubiera entrado por un momento y quisiera llevar de aquí la mayor cantidad posible de impresiones. Pero sabe meter la llave en la cerradura y abrir la puerta rápidamente y sin ruido, como el más diestro de los guardianes. Tiene modales secos, lo que le permite decir cosas importantes con disimulo y a la vez sin comprometerse.

No puedes tomarle la palabra. Se acerca a la gente, pero no permite que nadie se le acerque a él.

No lleva cuentos, no denuncia, a pesar de ver mucho.

Entra en una celda llena de humo. Respira profundamente por la nariz:

—Eh —chasquea la lengua— *está completamente prohibido* —chasquea nuevamente— *fumar en las celdas*.

Pero, no presenta la queja. Siempre tiene las facciones crispadas, doloridas, como si lo atormentara una gran pena. Visiblemente no quiere tener nada de común con el régimen a quien sirve y cuyas víctimas cuida diariamente.

No cree en ese régimen, no cree que pueda mantenerse, ni lo ha creído antes. Por esta razón ha dejado a su familia en Bratislava, sin llevarla a Praga, por más que sean bien pocos los empleados del Reich que pierden la ocasión de devorar las entrañas del país ocupado. Pero él no desea tener nada de común con el pueblo que lucha contra ese régimen: tampoco se une a él.

A mí me cuidó con todo esmero. Generalmente lo hace así e insiste en oponerse al traslado a los interrogatorios de los prisioneros que han sido demasiado torturados.

Quizá es para tranquilizar su conciencia. Pero por el contrario no presta su ayuda en los casos en que verdaderamente se lo necesita. Quizá por miedo.

Es el tipo del pobre diablo. Está solo entre el miedo al régimen que lo gobierna y a lo que vendrá después. Busca cómo y por dónde escapar. No lo encuentra. No es una rata. Es solamente una lauchita caída en la trampa.

Sin esperanza.

### **El flemático**

Es más que una figurita. Pero no llega a ser una figura, es el intermediario entre los dos. Para ser una figura le falta una condición.

En realidad hay dos de este género, buena gente, sencilla, sensibles, pasivos al principio, asombrados luego del espanto en que han caído y deseando irse; sin independencia, y por esta razón en busca siempre de apoyo, conducidos al bien más que por bondad inteligente, por instinto: te ayudan porque esperan que los ayudes y es justo

hacerlo. Ahora y también en el futuro.

Estos dos —únicos entre todos los funcionarios alemanes de Pankrác— también han estado en el frente.

Hanauer, obrero sastre de Znojmo, volvió después de una pequeña temporada en el frente oriental, con una herida que no se apresuró a curar. "La guerra no es para los hombres", filosofa, un poco a la manera de Schweik, "no tengo nada que hacer allí".

Hofer, alegre zapatero de Bata, hizo la campaña de Francia y se escapó del servicio militar, a pesar de la promesa de ascenderlo. "*Ech scheisse*" (¡qué mierda!) se elije un día haciendo un gesto negligente con la mano: continúa haciéndole frente a todos los pequeños fastidios diarios de los que siempre tiene bastantes.

Se parecen uno al otro por su suerte y por sus disposiciones naturales, pero Hofer es más valiente, más formado, más completo. "La Llama", es el sobrenombre que casi todas las celdas han acordado en ponerle.

El día que le toca servicio, es día de tranquilidad para la celda. Si rezonga, guiña el ojo para hacerte comprender que esto no va por ti sino que lo hace para que abajo el superior se convenza de la aplicación rigurosa del reglamento.

Por lo demás, es un esfuerzo vano, pues ya no convence a nadie y no pasa una semana sin que tenga servicio complementario como castigo.

—"*Ech scheisse!*", dice moviendo negligentemente una mano y continúa su juego. Más que un guardián, es un aprendiz zapatero, con toda su ligereza. Se lo puede pillar jugando en la celda con los muchachos de la prisión, al juego de arrojar la moneda contra el muro, y lo hace con pasión. Otras veces hace salir a los prisioneros de la celda al corredor para una "requisa". La requisa dura un buen rato, y si eres curioso y espías lo que pasa en la celda, lo verás sentado frente a la mesa con la cabeza entre las manos. Duerme, duerme voluptuosamente, con toda calma y está a salvo de cualquier sorpresa, porque los prisioneros en el corredor montan guardia y anuncian el peligro.

Por lo menos durante el servicio puede dormir, ya que las horas destinadas al sueño se las roba una joven a la que adora.

¿La victoria o la derrota del nazismo? "*Ech scheisse!*" ¿Es posible que dure este circo?

No se considera integrante de ese circo. Ya por esa razón es interesante. Pero hay algo más que eso. No quiere pertenecer. Y no pertenece.

¿Tienes necesidad de mandar un mensaje escrito al otro sector de la prisión? "La Llama" se arreglará. ¿Tienes que decir algo a los de fuera? "La Llama" se encargará. ¿Necesitas ponerte de acuerdo con alguien hablándole personalmente para persuadirlo, y a través de su intervención personal salvar a otro? "La Llama" lo trae a la celda y vigila con la alegría del pilluelo que ha jugado una buena pasada a alguien. Muy a menudo debes recomendarle prudencia. Viviendo entre el peligro, apenas lo advierte. No llega a percibir íntegramente el alcance de su valiosa actitud. Lo consolaría hacer aún más. Pero eso le impide adelantar.

Aun no llega a ser una figura, pero es el estado transitorio para serlo.

### Kolin

Fue una noche durante el estado de sitio. El guardián con uniforme SS que me hacía entrar en la celda, hizo como que revisaba mis bolsillos.

—*¿Qué le pasa?* —me preguntó despacito.

—*No sé. Me han dicho que seré fusilado mañana.*

—*¿Y eso lo ha asustado?*

—*Lo descontaba.*

Mecánicamente con un ademán fugitivo, rozó el revés de mi saco.

—*Es posible que lo hagan. Si no mañana, quizá más tarde y quizá nunca. Pero en estos tiempos... es mejor estar preparado...*

Y se calló nuevamente.

—*Si usted quisiera de todos modos...*

—*¿Quiere dejar un encargo para alguien? ¿O escribir? No para ahora, ¿comprende?, sino para el futuro; cómo llegó aquí, si alguien lo traicionó, qué conducta observaron éste o aquél... para que lo que usted sabe no desaparezca junto con usted.*

¿Si quería escribir? ¡Como si hubiera adivinado mi más ferviente deseo!

Al rato me trajo un papel y un lápiz. Los he ocultado cuidadosamente para que ninguna revisión pudiera encontrarlos.

Y no los toqué jamás.

Era demasiado hermoso, no podía tener confianza. Demasiado

hermoso: aquí, en la casa de las sombras poco después de mi arresto, encontrar —vistiendo el uniforme de aquellos que para uno sólo tienen golpes y gritos— encontrar un hombre, un amigo que te tiende la mano para que no perezcas sin dejar rastros, para que puedas dejar un mensaje a los hombres del futuro; para que al menos puedas hablar un instante a los que sobrevivirán y verán la liberación... ¡Y justamente ahora! En los corredores llaman a los que van a ser ejecutados; la sangre embriaga a los brutos que gritan como bestias y el espanto aprieta la garganta de los que no pueden gritar. ¡Justamente ahora, en semejante momento, es increíble; no puede ser! Probablemente es una trampa. ¡Qué fuerte deberá ser un hombre para tenderte espontáneamente la mano en una situación semejante! ¡Qué fuerte y qué audaz!

Ha pasado un mes, más o menos. Ha terminado el Estado de sitio, los gritos son más débiles y los momentos crueles casi son recuerdos. Es otra vez durante una noche, al volver del interrogatorio; de nuevo el mismo guardián frente a mi celda.

—Según parece, usted se ha escapado. ¿Por qué? —y mirándome con ojo escrutador— ...¿Todo estaba en orden?

Comprendí perfectamente la pregunta. Me emocionó profundamente. Y más que ninguna otra cosa me persuadió de su honradez. Esa pregunta sólo podía hacerla un hombre con derecho a hacerla. Desde ese momento tuve confianza en él. Era uno de los nuestros.

A primera vista un personaje enigmático. Recorría los pasillos solo, tranquilo, reservado, alerta, observando todo. Nunca se lo oyó gritar. Nunca tampoco golpeó a nadie.

—Por favor —le decían los camaradas de la celda vecina— *cachetéeme cuando Smetonz mire hacia aquí, es necesario, que lo vea en servicio activo alguna vez.*

Sacudía negativamente la cabeza.

—No es necesario.

Nunca se le escuchó hablar sino en checo. Todo en él te indicaba que era diferente a los demás y uno no se explicaba por qué, aunque ellos lo advertían, nunca pudieron atraparlo.

Está siempre donde hace falta, lleva la calma donde reina confusión, da valor a los deprimidos, anuda los hilos arrancados que amenazan a otras personas de afuera. No se pierde en detalles. Trabaja sistemáticamente y en gran escala. Y no de ahora. Desde el principio. Ha entrado al servicio del nazismo con esa tarea.

Adolf Kolinsky, guardián checo de Moravia, un hombre checo de antigua familia checa se declara alemán para poder vigilar a los prisioneros checos en Hradec Králové y después en Pankrác. ¡Qué indignación entre los que lo conocen! Pero cuatro años después, al pasar lista, el director alemán de la prisión, poniéndole el puño ante sus ojos —por cierto que un poco tarde—, lo amenaza diciéndole:

—*¡Yo voy a expulsarte del cuerpo tu "chequismo"*

Se equivocaba. No era solo "chequismo". Hubiera sido necesario expulsarle también al hombre que había en él. Un hombre que consciente y voluntariamente elige un determinado puesto para luchar y ayudar a que otros luchen. Y a quien el peligro constante sólo ha endurecido.

### “El nuestro”

Si durante la mañana del 11 de febrero de 1943, nos hubieran llevado chocolate para el desayuno en reemplazo del café, mezcla de quien sabe qué cosas, ni siquiera hubiéramos prestado atención a ese milagro. Porque esa mañana apareció un instante en nuestra puerta el uniforme de un policía checo. Sólo un instante. Unos pasos, un pantalón negro metido en botas altas, una mano saliendo de una manga azul oscuro que se acerca a la cerradura, empuja la puerta y la aparición desaparece. Todo fue tan rápido, que un cuarto de hora después ya estábamos por no creerlo.

¡Un policía checo en Pankrác! ¡Qué conclusiones para el futuro podíamos extraer de eso!

Dos horas más tarde las sacábamos ya. La puerta de la celda se abrió de nuevo y una gorra policial checa se inclinó hacia adentro, y la boca plegada en una sonrisa, ante nuestro asombro, anunció:

—*¡Freistunde!*<sup>8</sup>

Ya no podíamos equivocarnos. Entre los uniformes gris verdoso de los guardianes SS, aparecían en los corredores varias manchas oscuras que nos parecían luminosas: los policías checos

¿Qué puede significar eso para nosotros? ¿Cómo serán? Como quiera que sean el simple hecho de su presencia habla claro. ¡Qué próximo a su fin debe estar este régimen para que en su organismo

18 Hora de recreo.

más sensible, en el único sostén de que dispone el aparato de opresión, se vea obligado a incluir a estos hombres del pueblo a que oprimen! ¡Qué terrible falta de material humano debe sufrir, cuando debilita hasta su última esperanza, con tal de disponer de algunos hombres! ¿Cuánto tiempo pretende mantenerse todavía?

Es indudable que estos hombres habrán sido elegidos cuidadosamente: quizá serán peores que los guardianes alemanes a quienes la rutina y la poca esperanza en la victoria ha desmoralizado mucho: pero este hecho, el hecho de que estén aquí, es el signo infalible del fin. Esto fue lo que nosotros pensamos.

Pero era aún mejor de lo que nos permitimos pensar en el primer momento. Porque el régimen ya no podía elegir, no sabía ya a quién echar mano.

El 11 de febrero habíamos visto por primera vez los uniformes checos.

Al segundo día empezamos a conocerlos.

Llegó uno, miró dentro de la celda, quedándose confuso en el umbral, y luego con la caprichosa energía conque de pronto un chivo se lanza con las cuatro patas a la vez, dijo con repentina audacia:

—*¡Bien! ¿Cómo están, señores?*

Respondimos con una sonrisa. También rió él y luego se mostró de nuevo embarazado:

—*No se enojen con nosotros. Hubiéramos preferido, seguir cuidando las calles en lugar de venir a vigilarlos aquí. Pero nos han obligado. Quién sabe... Quién sabe si no será para bien*

Se alegró cuando le contamos lo que pensábamos de eso y cómo los considerábamos. Así nos hicimos amigos desde el primer momento. Era Vitek muchacho sencillo, de corazón de oro, el primero que aquella mañana apareciera por un segundo en la puerta de la celda.

El otro era Tuma, verdadero tipo del antiguo guardián de prisión checo. Un poco grosero, gritón, pero bueno en el fondo, como aquellos que llamábamos "abuelo" en las prisiones de la Primera República. No se dio cuenta del carácter excepcional de su posición: por el contrario, enseguida se sintió como en su casa, siempre haciendo bromas pesadas, manteniendo tan bien el orden, que era el primero en alterarlo y aquí introducía pan en una celda, allá cigarrillos, en otra parte se embarcaba en divertidas charlas sobre cualquier asunto (salvo sobre la situación política).

Haría todo esto con absoluta naturalidad, era su concepción parti-

cular del papel de guardián, por lo tanto no se ocultaba. La primera reprensión que recibiera por su conducta, no le cambió, pero lo hizo más prudente. Y continuó siendo el guardián "abuelo".

No hubieras osado pedirle algo importante. Pero a su lado se respiraba bien.

El tercero andaba en torno a las celdas con aire sombrío, taciturno, sin interesarse en nada. No respondió a nuestras prudentes tentativas de establecer contacto.

—*No hemos llegado a nada con éste* —declaró el Padre cuando lo hubo observado durante una semana—. *Es el que menos vale de entre ellos.*

—*O el más inteligente* —le respondí, más bien por espíritu de contradicción; porque tener dos opiniones distintas en asuntos de poca monta viene a ser la sal de la vida en la celda.

Después de quince días, me pareció que ese taciturno guiñaba el ojo algo más vivamente. Le devolví esa leve guiñada, que en la prisión tiene miles de significados. Y nada más. Tal vez me había equivocado.

Al mes, todo se aclaró. Fue súbitamente, como cuando la mariposa sale de su crisálida. La rugosa crisálida se rompió y apareció una criatura viviente. No era una mariposa. Era un hombre.

—*Construyes pequeños monumentos* —repetía el Padre al oír algunas de mis pinturas de caracteres.

Es que yo quisiera que no fueran olvidados los camaradas que con tanto valor y fidelidad han luchado, aquí y fuera de aquí, y que cayeron. Pero también quería que tampoco se olvide a quienes viven y nos han ayudado, no menos fiel y valientemente en las condiciones más difíciles. Para que de los sombríos corredores de las prisiones salgan a plena luz personalidades como las de Kolinsky y de ese policía checo. No para su gloria, sino para que sirvan de ejemplo a otros. Porque el deber humano no termina con esta lucha, y ser hombre continuará exigiendo de cada uno un corazón valeroso en tanto los hombres no sean realmente hombres.

En realidad la historia del policía Jaroslav Hora es breve. Pero es la historia de un hombre completo.

La región de Radnice. Un rincón perdido del país. Una región bella, triste y pobre. El padre es vidriero. La vida dura. Cansancio cuando se tiene trabajo, y miseria cuando no lo hay que aquí es lo habitual. Eso o te dobla las rodillas o te hace erguir y soñar con una

vida mejor, en la que crees y por la que luchas. El padre eligió lo segundo. Y se hizo comunista.

El joven Jarda pedalea entre los ciclistas de la manifestación del 1º de Mayo con una cinta roja enlazada en la rueda. El no la olvida. La lleva consigo, quizá sin darse cuenta, en lo más íntimo de sí mismo, durante su aprendizaje de tornero en las fábricas Skoda, donde empieza a trabajar.

La crisis, la desocupación, la guerra, la perspectiva de un empleo, el servicio policial. No sé muy bien qué lugar ocupa en ese momento la cinta roja que lleva muy hondo. Quizá está por ahí hecha una pelota dejada de lado, tal vez medio olvidada, pero no perdida. Un día se lo designa para el servicio de Pankrác. No viene aquí, como Kolinsky, por su voluntad y con una tarea determinada, elegida por él mismo. Pero cuando por primera vez mira adentro de la celda, adquiere la conciencia de esa tarea. La cinta roja se despliega.

Estudia su campo de acción. Mide sus fuerzas. Su rostro se turba cuando piensa intensamente por dónde y cómo comenzar para hacerlo mejor. No es un político profesional. Es un sencillo hijo del pueblo, pero tiene el ejemplo de su padre. Cuenta, pues, con un núcleo firme alrededor del cual se acumulan sus decisiones. Ya ha tomado la suya. De la crisálida rugosa sale un hombre.

Y un hombre interiormente hermoso, puro como pocos, sensible, tímido y sin embargo viril. Se arriesga todo cuanto aquí es preciso. Hacen falta pequeñas y grandes cosas. El hará unas y otras. Las grandes y las pequeñas. Trabaja sin agitarse, despacio, prudentemente, pero sin miedo. Todo está claro para él, lo siente como un imperativo categórico. Así debe hacerse: entonces...¿para qué hablar?

Y a decir verdad, eso es todo. Esta es la historia completa de un personaje que hoy tiene en su haber muchas vidas salvadas. Vidas de gentes que siguen trabajando en libertad porque en Pankrác un hombre ha cumplido con su deber humano. No lo conocen, ni él a ellos, como él ignora a Kolinsky. Lo que más quisiera yo es que aquellos pudieran reconocerlo después. Estos dos han encontrado aquí, con rapidez, el camino que lleva uno al otro. Y ello ha multiplicado sus posibilidades.

Recuérdalos como ejemplo... Como el ejemplo de un hombre que tiene la cabeza en su verdadero lugar. Y ante todo, su corazón.

## Papá Skorepa

Cuando por casualidad ves a los tres juntos, contemplas la imagen viviente de la fraternidad: el uniforme gris verde del SS, guardián Kolinsky; el uniforme oscuro del policía checo Hora; y claro, pero triste, el uniforme de los prisioneros del servicio en los corredores: Papá Skorepa. Pero sólo se los puede ver juntos raramente, muy raramente. Justamente, porque los tres se corresponden.

El reglamento de la prisión permite utilizar para el trabajo en los corredores, la limpieza y la distribución de la comida, "solamente a prisioneros especialmente seguros, disciplinados y estrictamente aislados de los demás".

Es lo que dice el reglamento. Letra muerta, bien muerta.

Porque ese tipo de hombres de servicio no existen ni han existido nunca. Y menos aún en las prisiones de la Gestapo. Los responsables de los corredores de aquí son, por el contrario, antenas avanzadas por la comunidad de las celdas y destinadas a tomar contacto con el mundo para poder vivir y entenderse. ¡Cuántos de entre ellos habrán pagado con su vida un mensaje hablado o escrito, que se les descubriera encima! Pero la ley de la comunidad de la prisión exige de quienes los reemplazan que continúen el peligroso trabajo. Anda y hazlo con audacia, o con miedo, nada evitarás con eso. Con tu miedo sólo puedes destruir mucho y hasta puedes perderlo todo, como en todo trabajo ilegal.

Y éste es un trabajo ilegal de enorme importancia: directamente entre las manos de quienes quieren exterminarte, bajo los ojos de los guardianes en el lugar prescrito por ellos, en los momentos elegidos por ellos y en las condiciones que ellos establecen. Todo lo que aprendiste afuera de poco sirve aquí. Pero no por eso se te exige menos.

Afuera hay maestros del trabajo ilegal. Entre los responsables de corredores también los hay. Papá Skorepa es un maestro de esos. Humilde, modesto, tranquilo a primera vista, es rápido como un pez. Los guardianes no cesan de elogiarlo: ¡qué laborioso! ¡qué seguro!, ¡cómo cumple con su deber sin dejarse arrastrar a nada prohibido! ¡Encargados de corredores, sigan su ejemplo!

Sí, por cierto, sigan su ejemplo, responsables de corredores. Es el modelo de responsable con que sueña el prisionero. La más segura y más sensible antena de la comunidad de la prisión.

Conoce a todos los reclusos en las celdas, cada noticia recibida desde el comienzo, por qué razón están aquí, cómo son sus compañeros de celda, cómo se conducen él y los otros. Estudia los "casos" y trata de penetrar sus secretos. Eso es importante si desea dar un consejo o transmitir un mensaje. Conoce al enemigo. Examina cuidadosamente a cada guardián, estudiando sus costumbres, su lado fuerte y sus debilidades, descubre en qué sentido hay que cuidarse de él o utilizarlo, cómo halagarlo cómo engañarlo. Muchos de los rasgos típicos utilizados por mí me fueron suministrados por Papá Skorepa. Los conoce a todos. Los podría pintar uno a uno y siempre bien. Es muy importante si se desea tener libertad de movimientos en los corredores y la posibilidad de hacer un trabajo eficaz y seguro.

Ante todo, conoce su deber. Es un comunista que sabe que no hay lugar en que pueda dejar de serlo, donde se pueda abandonar las manos sobre las rodillas y "dejar de actuar". Y hasta diré que aquí, en el sitio más peligroso y bajo la presión más dura, ha encontrado su verdadero lugar. Aquí se ha agrandado. Es flexible. Cada día y cada hora presentan una situación diferente y exigen un método diferente. El lo encuentra con rapidez y sagacidad. Sólo tiene segundos a su disposición. Golpea suavemente la puerta de la celda, escucha el mensaje preparado y lo transmite con claridad y brevemente en la otra punta del corredor, antes que el hombre que toma la nueva guardia suba la escalera del primer piso. Es prudente y tiene presencia de ánimo. Centenares de mensajes escritos han pasado por sus manos sin que le encontraran uno solo, y sin que ni siquiera sospecharan de él.

Sabe bien dónde te aprieta el zapato, dónde hay que sostener la moral, dónde debe dar un dato preciso sobre la situación de afuera: sabe en qué momento sus ojos —ojos de verdadero padre— deben devolver el ánimo al hombre acosado por la desesperación, o bien cuándo un pan o unas cucharadas de sopa suplementarias pueden hacer olvidar que se tiene hambre. El lo sabe, lo comprende gracias a sus sentidos afinados, a su sólida experiencia, y obra de acuerdo a ello.

Es un combatiente fuerte y valiente. Es un hombre puro. Es Papá Skorepa. Quisiera que al leer esto vieran no a él solo, sino al tipo perfecto del *hausarbeiter*,<sup>19</sup> que ha sabido cambiar el trabajo exigido

19 Un trabajador a domicilio, en el argot de la prisión, el que hace los trabajos de limpieza y orden en las celdas y en los corredores.

por los opresores en trabajo a favor de los oprimidos. Papá Skorepa es uno, pero el tipo al que pertenece abarca muchas especies de personajes diferentes, desde el punto de vista humano, aunque no por eso de menos méritos. En Pankrác o en el palacio Petschek quise retener sus figuras, pero desgraciadamente no me quedan si no, algunas horas, que apenas alcanzan para "una canción, en la que se cuenta tan brevemente lo que fue tan largo de vivir".

Diré al menos algunos nombres, algunos ejemplos que especialmente no deben olvidarse; y estoy muy lejos de darlos todos:

"Renek" Josef Teringl, seguro, abnegado, apasionado, a quien está unida una parte de la historia del palacio Petschek y de nuestra resistencia allí, y su compañero inseparable, un buen hombre en todo sentido, Pepik Rervida.

El doctor Milos Nedved, un muchacho noble y hermoso, que pagó con su vida en Osvecum su ayuda a los camaradas prisioneros.

Arnost Lorenz a quien por no haber querido traicionar, le asesinaron a su mujer, y que después de un año fue solo a la ejecución para salvar a sus compañeros los *hausarbeiters* del "400" y toda su organización entera.

Magnífica e inalterablemente llena de espíritu; Vasek Rezek: reservada y profundamente abnegada; Anika Vitrova: ejecutada durante el Estado de sitio; enérgico, [...<sup>20</sup>] siempre alegre, diestro, inventando siempre nuevos arbitrios: el bibliotecario Springer, el joven y encantador Bilek... Sólo ejemplos, sólo ejemplos. Figuras más grandes o más pequeñas. Pero siempre figuras. Nunca figuritas.

20 En blanco en el manuscrito.

## CAPÍTULO VIII

### Fragmento de historia

9 de junio de 1943

Un cinturón cuelga ante mi celda. Mi propio cinturón. El signo de la partida. Esta noche me llevarán al Reich, al tribunal, y etc...

De la pequeña tajada de mi vida, el tiempo, hambriento, arranca los últimos bocados. Cuatrocientos once días han pasado en Pankrác con rapidez incomprensible.

¿Cuántos me quedarán aún? ¿Y dónde? ¿Y cómo?

Apenas podré escribir durante esos días. Por lo tanto, he aquí el último testimonio. Un fragmento vivo de historia, del que indudablemente yo soy el último testigo vivo.

En febrero de 1941, el Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia fue detenido en pleno, así como el Comité Suplente preparado para tan aciago momento. Aun no se ha esclarecido con precisión cómo fue posible que un golpe tan formidable cayera sobre el Partido. Quizá los comisarios de la Gestapo digan algo sobre eso cuando sean interrogados. Hice todo lo posible por descifrar el enigma mientras desempeñaba el puesto de hausarbeiter en el palacio Petschek, pero en vano. Seguramente habrá habido alguna provocación, pero también una gran dosis de imprudencia. Dos años de trabajo exitoso en la ilegalidad habían adormecido un poco la vigilancia de los camaradas. La organización ilegal se extendía; continuamente ingresaban nuevos camaradas, incluso algunos que hubieran debido dejarse de lado, reservándolos para otra ocasión; el aparato del Partido se ampliaba, complicándose hasta que llegó

a ser incontrolable. Evidentemente el golpe contra el Comité Central estaba listo desde tiempo antes, y cayó cuando estuvo pronto el ataque contra la URSS. Al principio yo ignoraba la amplitud de los arrestos. Esperé mi enlace normal, sin conseguirlo. Un mes después comprendí que no podía seguir inactivo. Entonces busqué por mi cuenta la ligazón, y los otros también la buscaron.

El primero que encontré fue Honza Vyskocil, responsable de la región de Bohemia Central. Tenía la iniciativa y ya había preparado el material necesario para imprimir *Ruda Pravo*<sup>21</sup> para que el Partido no quedara sin su órgano central. Escribí entonces el artículo de presentación, y estuvimos de acuerdo en que el material de que disponíamos, y que yo no conocía, se publicara como boletín del 1º de Mayo y no como *Rude Pravo* porque este diario aparecía ya por otro lado, en una especie de edición provisoria.

Empezaban las actividades de los guerrilleros. Un golpe muy duro había herido al Partido, pero sin matarlo.

Centenares de nuevos camaradas se hacían cargo de los puestos y de las tareas abandonadas, ocupando el lugar de los dirigentes caídos; hombres nuevos y resueltos llegaban, y no permitían que la base de la organización fuera atacada por el desbande y cayeran en la pasividad.

Sólo el Comité Central no había podido reconstruirse, y en el trabajo de los afiliados se ocultaba al mismo tiempo un peligro: que en el momento más importante —el esperado ataque contra la URSS— no se tuviera una línea de conducta única.

En el *Rude Pravo* publicado a la "manera de los guerrilleros", que tenía ante mis ojos, reconocí una experimentada mano política. En nuestra hoja del 19 de Mayo, desgraciadamente no muy lograda, los otros notaron, desde su lado, que aquí se hacía oír una voz con la que se podía contar. Y entonces nos buscamos. Eran búsquedas en la selva. Escuchábamos una voz y la seguíamos, y en ese momento se hacía oír del lado opuesto. La cruel pérdida sufrida había enseñado al Partido entero a ser más prudente, más vigilante. Los dos hombres del aparato central del Partido, que querían encontrarse, tenían que hacer la luz atravesando miles de obstáculos, sondeos y reconocimientos mutuos, sondeos y reconocimientos de otros que igualmente estaban encargados de establecer el contacto. La tarea se complicaba más aún porque yo ignoraba quién estaba del otro lado, como él mismo no sabía a quién buscaba.

<sup>21</sup> Órgano central del Partido Comunista de Checoslovaquia.

Por fin encontramos nuestro común denominador. Un magnífico muchacho, el doctor Milos Nedved, que se convirtió en nuestro primer agente de enlace. En este hecho intervino en parte el azar. A mediados del mes de junio de 1941 caí enfermo, y envié a Lida a buscarlo a su casa para que me cuidara. Vino inmediatamente a casa de los Baxá, y ahí nos pusimos de acuerdo. También él estaba encargado de encontrar a "ese otro", pero no tenía ninguna idea de que fuera yo, tanto más cuanto que todas las del otro lado estaban convencidos que yo había sido arrestado y probablemente muerto.

El 22 de junio de 1941, Hitler inició su agresión a la URSS. Esa misma noche, siempre con Honza Vjtskocil publicamos un folletito explicando el sentido que para nosotros tenía ese acontecimiento. El 30 de junio pude reunirme con aquél a quien tanto había buscado. Vino a un lugar señalado por mí, porque ya sabía a quién iba a encontrar. Yo aun no. Era una noche de verano, el aire perfumado de las acacias, entraba por las ventanas abiertas. Una noche favorable para citas de amor. A causa de la defensa pasiva oscurecimos las ventanas. Se prendieron las luces y nos abrazamos. Era Honza Zika.

Por lo tanto, el Comité Central no había sido íntegramente arrestado en febrero de 1941. Uno solo de sus miembros había podido salvarse, Zika. Yo lo conocía ya desde hacía tiempo, y lo quería. Pero puedo decir que recién lo conocí verdaderamente entonces, trabajando juntos. Grueso, sonriente, un poco campesino; firme y enemigo de compromisos, militante valiente y decidido. En cuanto a sí mismo, sólo le importaba lo que era su deber. Y para cumplirlo, se abstenía de todo. Amaba a la gente, y la gente lo amaba, pero no compraba esa afección cerrando los ojos a medias.

Nos pusimos de acuerdo en algunos minutos, y pocos días después conocí al tercer miembro del nuevo Comité Ejecutivo, Era Honza Cerny, que desde el mes de mayo estaba en relación con Zika. Alto, elegante, bien relacionado, ex combatiente en España. Había vuelto de allí durante la guerra, atravesando toda la Alemania nazi, con un balazo en el pulmón. Conservaba maneras un poco militares, tenía gran iniciativa y mucha experiencia ilegal.

Meses de lucha sin descanso nos vinieron en una magnífica camaradería. Nos complementábamos por nuestro carácter y nuestros conocimientos: Zika, el organizador objetivo, preciso hasta el extremo, que no se deja desorientar, sondea y cala cada información, penetrando a fondo, analizando y examinando cada proposición, y que, amablemente pero con firmeza, controla la ejecución de

cada decisión. Cerny dirigente del sabotaje y de la lucha armada, calculando todo en términos militares, con inventiva, un hombre de carácter, entusiasta, infatigable y afortunado en su búsqueda de nuevas formas y gentes nuevas. Y yo, un *Agip prop*<sup>22</sup> periodista, contando un poco con mi olfato, un poco fantástico pero con un sentido crítico para equilibrar.

La distribución de los cargos era más bien una distribución de responsabilidades que de trabajo. Porque cada uno de nosotros estaba obligado a ocuparse de todo, y separadamente en todos los lugares en que fuera necesario. No era fácil trabajar. La herida inferida al Partido en febrero estaba aún abierta, y jamás llegó a cicatrizarse completamente. Todos los contactos estaban rotos, en algunas partes sectores enteros habían caído y otros estaban copados; organizaciones enteras, fábricas enteras, hasta regiones enteras, permanecieron aisladas durante meses antes que los contactos fueran restablecidos, y teníamos que esforzarnos para que al menos recibieran el órgano central, para seguir sus directivas.

No se encontraban alojamientos —los antiguos no se podían utilizar por poco seguros—; al principio faltaba dinero, el obtenerlo se había vuelto muy difícil, había que recomenzar tantas cosas. Y todo ello cuando el Partido no tenía ya tiempo de reconstruirse y prepararse. Era en el momento del ataque contra la URSS cuando el Partido debía intervenir directamente en la lucha, organizar el Frente interior contra los ocupantes, dirigir la Guerrilla contra ellos; y eso no sólo con sus propias fuerzas, sino con las fuerzas de todo el pueblo. Durante los años de preparativos, 1939-1941, el Partido no sólo era totalmente ilegal ante la policía alemana, sino también ante el pueblo. Ahora, ensangrentado, debía intensificar y perfeccionar su ilegalidad frente a los ocupantes, pero al mismo tiempo dejar de ser ilegal para el pueblo. Tenía que establecer lazos con la gente sin partido, dirigirse a toda la nación y entenderse con todos aquellos que estaban decididos a luchar por la libertad, y por medio de ellos llegar hasta aquellos que vacilaban aún.

A principios de septiembre de 1941 nos podíamos decir no que habíamos restablecido la organización, tan gravemente herida. —¡Ah! aún estábamos lejos de ello—, pero que teníamos de nuevo un núcleo firmemente organizado que ya podía realizar bien tareas corrientes. Por lo demás, la intervención del Partido se notó en seguida. Los sabotajes y las huelgas en las usinas se multiplicaron; a fines de sep-

<sup>22</sup> Encargado de propaganda y agitación.

tiembre enviaron a Heydrich contra nosotros.<sup>23</sup>

El primer Estado de sitio no rompió la resistencia activa, que ya se intensificaba. Pero la demoró y trajo nuevos reveses al Partido. La región de Praga y las organizaciones juveniles fueron especialmente golpeadas, y numerosos militantes, de gran valor para el Partido, cayeron:

Jan Krejčí, Stanci, Milos Krásny y muchos otros.

Después de cada prueba, sin embargo, se pudo apreciar nuevamente hasta qué punto el Partido es indestructible. Un militante caía; si uno no bastaba para reemplazarlo, dos o tres aparecían en su lugar. Entramos en el nuevo año con una organización bien armada, que aún no abarcando todo, ni aún acercándose siquiera a aquella de febrero de 1941, al menos era capaz de cumplir las tareas del Partido en los combates decisivos. Nos repartimos el trabajo entre todos. Pero el mérito principal corresponde a Honza Zika.

De cuánto se hizo por la prensa se podrá encontrar bastante documentación en los sótanos y graneros, en los archivos ocultos de los camaradas, y por lo tanto no hay, para qué hablar.

Nuestros diarios eran muy difundidos, y leídos no solamente en el Partido, sino también en otros sectores; salían en grandes tirajes y con muchas técnicas ilegales diferentes (de un mimeógrafo), absolutamente independientes y completamente separados unos de otros, y también en impresos. La publicación se hacía con rapidez y regularidad, cuando la situación lo requería. Por ejemplo: los lectores han tenido entre sus manos el 24 de febrero por la noche, la orden del Mariscal Stalin al ejército, del 23 de febrero de 1942. Los impresores trabajaban a la perfección: excelentes resultados se obtuvieron de la técnica empleada, especialmente por el grupo "Fuchs-Lorenz", que publicaba el boletín informativo *El mundo contra Hitler*. Yo mismo he hecho todos los otros, para economizar otros cuadros. Previendo que cayera, estaba preparado mi sucesor. El retomó el trabajo cuando fui arrestado y continúa haciéndolo.

Hemos organizado el aparato del Partido de la manera más sencilla posible, para que cada tarea se cumpla con el menor número de gente. Hemos suprimido las largas cadenas de enlace, que —como quedó demostrado en febrero de 1941— en lugar de proteger hizo peligrar el aparato del Partido. Era más peligroso para cada uno de nosotros, pero mucho más seguro para el Partido. Un golpe tal como el de febrero, ya no podía alcanzarlo.

Por esta razón el Comité Central, completado con un nuevo miembro, ha podido continuar tranquilamente su trabajo cuando me arrestaron. Ni mi colaborador más cercano supo nada por adelantado sobre mi futuro sucesor.

Honza Zika fue arrestado el 27 de mayo de 1942 por la noche. Fue también una desgraciada casualidad. Era la noche siguiente del atentado a Heydrich, cuando toda la maquinaria de los ocupantes estaba en pie para efectuar "razzias" en toda Praga. Penetraron en casa de Stresovf, donde se ocultaba Zika en ese momento. Sus papeles estaban en regla y posiblemente hubiera pasado desapercibido. Pero temió poner en peligro a la buena familia que lo alojaba y trató de escaparse por una ventana del segundo piso. Cayó hiriéndose mortalmente en la columna vertebral; fue transportado a la enfermería de la prisión.

Ellos no sabían absolutamente quién había caído entre sus manos. Sólo después de dieciocho días comparando fotografías conocieron su identidad y lo transportaron moribundo al palacio Petschek para interrogarlo. Ahí nos vimos por última vez, cuando me llamaron para el careo. Nos estrechamos las manos; él me sonrió con su sonrisa amplia y buena y me dijo:

—*¡Salud, Julius!*

Fue todo lo que ellos le oyeron decir. Después de algunos golpes en la cara, se desmayó. Horas después había muerto.

El 29 de mayo supe de su arresto. Las antenas trabajaban bien. Gracias a ellas pude ponerme en parte de acuerdo con él para trazar mi posterior línea de conducta.

En lo fundamental esta línea también fue aprobada por Honza Cerny. Fue también nuestra última decisión.

Honza Cerny fue detenido durante el verano de 1942. Eso no se debió al azar sino a una grave indisciplina de Jan Pokorny, que estaba en relación con él. La conducta de Pokorny no fue la que correspondía a un dirigente. Luego de algunas horas de interrogatorio —un poco duro, es cierto, ¿Podía él esperar otra cosa?— fue presa de pánico y dio la dirección de la casa en que se había reunido con Honza Cerny. De allí la huella conducía hasta Honza, quien algunos días después era detenido por la Gestapo.

Nos carearon inmediatamente después de traerlo.

—*¿Lo conocés?*

—*No lo conozco.*

<sup>23</sup> Segundo "protector" de los checos, muerto como consecuencia de un atentado.

La respuesta concordaba. Rehusó absolutamente declarar. Su vieja herida le ahorró largas torturas. Perdió muy pronto el conocimiento. Antes de ser llevado a otro interrogatorio fue minuciosamente informado y obró en consecuencia.

No supieron nada de su boca. Lo tuvieron mucho tiempo preso, esperaron mucho, pensando que algún nuevo testigo lo obligaría a confesar. Nada sacaron con la espera. La prisión no lo cambió. Ardiente, alegre, valeroso, continuó mostrando a los demás la perspectiva de la vida cuando para sí sólo tenía la de la muerte.

Lo llevaron súbitamente de Pankrác a fines de abril de 1945, no sé a dónde. Aquí, siempre es de mal augurio el desaparecer repentinamente. Puedo equivocarme, no obstante, pero no creo que nos volvamos a ver.

Siempre habíamos contado con la muerte. Lo sabíamos: una vez en manos de la Gestapo es el Fin. Pensando en eso, hemos hecho aquí lo que hemos hecho.

También mi rol se aproxima a su fin. Yo ya no escribo ese fin.

Desde ya, no lo conozco. Ha dejado de ser mi rol.

Es la vida.

Y en la vida no hay espectadores. Se levanta el telón.

*Hombres, yo los amé.*

*¡Velad!*

## A PROPÓSITO DE LOS HÉROES Y DEL HEROÍSMO

Por Julius Fucik

En los cinematógrafos de Praga se han proyectado algunas decenas de metros de películas sobre el crucero del rompehielos Cheliuskin. Cuando el título apareció en la pantalla, en la sala se elevó un murmullo, seguido por un tenso silencio. Trascurridos unos minutos, el filme concluyó; los espectadores se levantaron, decepcionados:

*“Y bien: no la pasaron tan mal como decían los diarios.”*

Es cierto que el filme proyectado hasta ahora en Praga sólo es la primera parte, y de lejos la más breve, de toda la serie de películas documentales que fueron filmadas en el transcurso de la gran epopeya del Cheliuskin. Aquél corresponde al período en que el Cheliuskin navegaba apaciblemente por el Océano Glacial Ártico, franqueando todas las barreras de hielo y cumpliendo su misión en condiciones totalmente normales por la vía marítima del Norte. Pero cuando se proyecte la segunda parte, la del naufragio del Cheliuskin, de la vida de los náufragos sobre el bloque de hielo y de su salvamento, es posible que muchos espectadores queden no menos decepcionados. Verán hundirse el barco, pero en lugar de mujeres horrorizadas que se retuercen los brazos, en lugar de hombres que lanzan miradas obstinadas para hacer retroceder la desesperación que se apodera de ellos, verán a cien obreros transportando cuidadosa y meticulosamente cajones, bolsas y paquetes como si los llevaran a un depósito portuario. Verán extensiones heladas sin fin, pero también a un puñado de alegres jóvenes que allí mismas, sobre una superficie inmaculada, juegan al fútbol, como muchachos de los suburbios que a pesar de la nieve no renuncian a su juego favorito. Verán mujeres arrebujuadas en pieles y alegremente cargadas en el

avión. La hélice comienza a girar, el avión despegar ¡y listo! Es el filme del vuelo heroico de Liapidevski.

¿Qué heroísmo es ese? Tú puedes sospechar, por supuesto, viendo las cejas cubiertas de escarcha y la larga barba del profesor Schmidt, que la estadía sobre el banco de hielo era levemente menos agradable que en la Riviera; pero no hay todos esos horrores que tú imaginabas según las noticias de los diarios. Incluso los momentos más dramáticos son aquí los más tranquilos, los más corrientes, los más evidentes.

¡Y decir que a eso lo han llamado heroísmo!

Hubiera sido otra cosa, hubiera sido perfecto, de haberlo realizado el cine norteamericano. Imagínate, por ejemplo; el piloto horada una espesa niebla y repentinamente se alza ante él una inmensa muralla de hielo. Aparece el rostro de la muerte. El honor se refleja en los ojos del piloto. El aprieta febrilmente las palancas, hace girar el volante, de todo su cuerpo emana el espanto de ese momento, que se te contagia; y qué suspiro de alivio cuando esto termina con un *happy end*, cuando la muralla de hielo desaparece bajo el avión, mientras el heroico piloto enjuga feliz y satisfecho el sudor que perla su frente. Podría hacerse algo mejor todavía con los pasajeros, quienes verían el peligro, lanzarían gritos de terror, se desvanecerían y se acurrucarían en un rincón de la cabina, estrechándose unos a otros en un último abrazo antes de la muerte. Entonces, ¡qué gran héroe sería luego aquel que les salvara la vida!

El aviador Kamanin se ha encontrado en esa situación. A su alrededor, sólo niebla, y delante, una montaña de hielo. Si lo hubieran filmado en ese momento no hubiesen podido registrar ni horror en sus ojos ni movimientos febriles. Los ojos evaluaban atentamente la distancia hasta el muro de hielo y la mano apretaba casi mecánicamente el timón de altura. Más que un héroe, parecía un chofer de taxi que gira a la derecha cuando el cliente se lo pide. Pero si sus actos hubieran respondido a las ideas corrientes sobre el heroísmo, si hubiese hecho cualquier cosa distinta de la que hizo, ahora tal vez sería un héroe, pero muerto. Y si sus pasajeros hubieran representado la menor escena cinematográfica de horror, rompiendo así el equilibrio de su avión en lugar de quedarse tranquilamente sentados, no hubiesen tenido ocasión de comprobar que las cosas habían salido bien.

Por consiguiente, parece que el héroe verdadero no responde a las ideas generalmente recibidas a su respecto. Es cierto. Y ello ocurre

porque esas ideas no se basan en la visión de héroes verdaderos, sino que derivan de las fuentes de una clase que ya no tiene héroes, y que en su propio interés ha relegado a sus héroes del pasado al más profundo olvido. Es, también, porque esta clase inventa concepciones del heroísmo para uso corriente, que debe temer a los héroes verdaderos, y que en interés suyo debe fabricar a otros, a aquellos que necesita. Es por eso que en su sociedad, a los salvadores de vidas humanas se les dan las gracias, como máximo, mientras que las altas distinciones son conferidas a los generales.

Pero el heroísmo existe, el heroísmo no es una especie de invención, el heroísmo es algo muy positivo en la vida. Entonces, ¿qué es este heroísmo, quién es un héroe?

Un hombre se ahoga en un río correntoso. Pide socorro. Una veintena de personas acude a la orilla, gritan que es terrible, que por qué nadie ayuda al desdichado, y cómo hacer para lanzarse al agua ..... Finalmente, uno salta al río; nada, pero la corriente lo arrastra. Se fatiga en vano. Otro corre hasta un bote, desata la amarra y salva al naufrago, tranquilamente y sin gran riesgo. Si aquí tuviéramos que elegir al héroe, deberíamos dar nuestro voto al valeroso hombre del bote. Porque él es quien, en el momento dado, ha hecho lo que debía hacerse. Sin su idea de utilizar el bote, el naufrago no hubiera sido salvado. Pero por otra parte, sin esta idea, el héroe hubiese sido el hombre que luchó en vano contra la corriente, aunque su acto no hubiera salvado a la persona en peligro. Lo que importa, por lo tanto, es el grado de la visión de conjunto, digamos de la toma de conciencia, de la conciencia de una situación y de las maneras de encararla.

Por consiguiente, podríamos decir: el héroe es el hombre que en el momento decisivo, hace lo que debe hacer.

El asunto romántico del heroísmo se convierte, por lo tanto, en un asunto bien concreto. Pero aquella no sería una formulación exacta. Un capitalista posee acciones en tal y tal fábrica y, por ejemplo, comprueba antes que los otros accionistas que la fábrica no recibirá los encargos previstos y que, por consiguiente, sus acciones van a bajar varios puntos. El sabe que la noticia se difundirá dentro de las dos horas. Por lo tanto es un momento decisivo, y es justamente en ese momento cuando él se decide: lanza todas sus acciones a la Bolsa y compra rápidamente acciones de una fábrica que ha recibido encargos. Su venta rápida y repentina, a la vez que la noticia sobre la reducción de la producción, provocan el pánico en la Bolsa, y las acciones de la fábrica afectada bajan no ya algunos puntos, sino varias

decenas. Esto puede tener consecuencias nefastas para la fábrica: la pérdida del crédito, la inmovilización, el despido de los obreros. El capitalista gana sumas enormes. Ha hecho en el momento decisivo lo que debía hacer para evitar una pérdida y, por otra parte, todavía salió ganando. Pero indudablemente nos costaría trabajo hacer creer a cualquiera que este hombre es un héroe, a menos que midamos las virtudes humanas según el contenido de las cajas fuertes de sus poseedores. Pero tampoco hubiera sido un héroe si, en lugar de vender sus acciones, en el momento decisivo, por el contrario, incluso hubiera “salvado” la fábrica, rescatando las acciones vendidas, convirtiéndose en su propietario y reduciendo —evidentemente para desquitarse de sus pérdidas— el salario de los obreros, bajando su nivel de vida y creando así a la sociedad humana una nueva extensión de las enfermedades debidas a la subalimentación, mientras él mismo ganaba mucho dinero al hacer en el momento decisivo lo que debía hacerse.

Por lo tanto, deberíamos ampliar nuestra definición del heroísmo: el héroe es un hombre que, en el momento decisivo, da todo para hacer lo que debe hacer en interés de la sociedad humana...

Salvar la vida humana, asegurar al hombre nuevas victorias sobre la naturaleza, liberar a los miembros válidos de la sociedad humana, acrecentar —poniendo en ello todas sus fuerzas—, la fuerza de la humanidad, tales son las posibilidades del héroe. Pero desde el momento que limitamos de esta manera el heroísmo, desde el momento que excluimos de los actos heroicos al comercio, ¿qué quedará del heroísmo del capitalismo, del heroísmo que el capitalismo puede engendrar? La guerra, la guerra, ¡qué período, al parecer heroico, qué ocasión para los actos de heroísmo! ¿Es cierto eso? ¿Únicamente es posible que los héroes se manifiesten en la guerra imperialista? Ese hombre que hizo saltar el puente sobre el Drina para impedir al ejército austríaco batirse en retirada, ese soldado de primera clase que recibió la medalla al valor por haber hecho prisionero a un coronel ruso, tal vez tienen su sitio en los manuales de medicina como locos, pero no como héroes en los libros de lectura. No porque sus actos servían a la carnicería, sino porque servían a los intereses de los capitalistas, porque no estaban inspirados en los intereses de la sociedad humana, sino en los de algunos individuos que se repartieron, con ayuda de la guerra, la piel de la sociedad humana. Si la Primera Guerra Mundial tuvo héroes, no es porque tuviera a Hindenburg o al mariscal Foch, sino porque ha tenido a Karl Liebknecht.

Podemos buscar todo lo que querramos en las maniobras actuales de la burguesía: allí no encontraremos actos de heroísmo. Encontraremos el terror. Hallaremos ataques a los barrios obreros por el aparato policial armado. Hallaremos campos de concentración, horcas para los obreros, Hitler que fusila a sus compinches para que éstos no lo molesten, la Guardia Nacional que utiliza los gases lacrimógenos para desbaratar la huelga de los desarmados obreros —de la construcción madrileña, la policía que mediante las ametralladoras rompe la huelga general de los obreros desarmados de San Francisco; hallaremos allí centenares de miles de ejemplos del miedo de las clases dirigentes, pero ni una sola manifestación de coraje, ni una sola manifestación de heroísmo.

Y sin embargo, vivimos una época heroica. Una época tal que, si el porvenir, tuviera necesidad de leyenda en lugar de historia, la canción épica de un solo día de la vida presente podría cantarse todo un mes, como el viejo mito de Manas en las yurtas kirguises. Pero no hay necesidad de leyendas. El héroe de nuestro tiempo es infinitamente más grande que Manas, cuyos pasos crearon el valle paradisíaco del Tian-Chan y cuyas lágrimas dieron nacimiento a un lago inmenso. Sobre los pasos del héroe de los tiempos nuevos, se crea todo un mundo nuevo y su sangre lava toda la impureza parásita. El héroe de nuestro tiempo es el proletariado, él y sólo él es el que crea héroes humanos.

Crea por dondequiera: en el trabajo, en la hora de las catástrofes, en el combate, y luego de nuevo en el trabajo, allí donde éste ha sido liberado.

Recuerden no importa qué momento de la historia de la clase obrera. La Comuna de París, por ejemplo. La burguesía tenía su Thiers, cobarde y vil, y el ejército. El proletariado tenía doscientos mil heroicos comuneros que murieron clamoreando la gloria de la Comuna. Acordémonos de Leipzig: la burguesía tenía allí su Goering, el proletariado su Dimitrov. Acordémonos de Sacco y Vanzetti, de los heroicos defensores de la Comuna húngara, de los combatientes heroicos de la insurrección de Viena. Todos eran los héroes del proletariado, y contra ellos la burguesía sólo podía alzar su tenor blanco, nacido del miedo y de la venganza.

En el edificio de la Cancillería de Viena, el canciller Dollfuss, gravemente herido, se moría. Sus últimas palabras fueron: “Cuiden a ... mi familia”. La víspera, moría en el patíbulo de Viena el joven obrero socialdemócrata Josef Gerl, condenado por decreto especial

del canciller Dollfuss. Las últimas palabras de Gerl fueron: “¡Viva la libertad!” No es por azar que el viejo hombre de Estado burgués, que hablaba de los intereses de la tierra de Austria y emitía en su nombre todos sus decretos de excepción contra los obreros, se acordó en el último momento de su vida, de sus intereses privados. No es por azar que ese joven obrero de 22 años, quien, por una muerte repentina, perdiera infinitamente más que su vida, se acordó en su último instante de los intereses de toda la sociedad humana.

En el barrio de Lichtenfeld, en Berlín, se alza un muro que muestra las huellas de numerosos balazos. Es allí donde, después de febrero de 1933, por orden del comandante de choque Ernst, se fusiló a 80 obreros comunistas. En el momento en que los fusiles lo apuntaban, entonaron La Internacional, y murieron murmurando las palabras de este himno revolucionario. En julio de 1934, Goering hizo llevar ante ese mismo muro al comandante Ernst. Casi hubo que arrastrarlo hasta el lugar de la ejecución: pedía socorro, vociferaba que se habían vuelto locos, suplicaba, maldecía, y finalmente se desmayó de miedo antes de ser tocado por las balas que lo mataron. No es por azar que ni uno solo de los obreros se había dejado dominar por el abatimiento. Ellos sabían por qué morían, y estaban convencidos de que en ese último instante no debían traicionar, no debían doblegarse, porque su coraje ante la muerte llevaría a otros millares al combate por la vida. No es por azar que Ernst, bruto y asesino, suplicó gracia, porque él no sabía por qué moría: con su vida, todo terminaba para él.

Y no es por azar que allí donde el proletariado ya es libre, crecen esas magníficas epopeyas heroicas de la construcción y también del salvamento de las vidas humanas. La expedición del salvamento del Krassin es una obra que bastaría para la gloria de un país durante un siglo. Pero seis años después, ese país ha dado nuevos héroes, del género del profesor Schmidt, de Bobrov, Molokov, Kamanin, Liapidevski.

Todos estos héroes no responden a la idea del héroe inventado por la burguesía. Son muy sencillos, muy naturales. Sí, su heroísmo reside únicamente en que ellos dan todo para hacer lo que deben hacer en el momento decisivo.

En este heroísmo debemos inspirarnos.

Para los momentos decisivos.

(Svet Práce, Nº 8,  
1 de agosto de 1934)

## SEIS CARTAS DE JULIUS FUCIK DESDE LA CÁRCEL

Gustina, mi amor:

Hay pocas esperanzas de que un día ambos podamos caminar nuevamente, tomados de la mano como dos niños, por la orilla del río, allí donde sopla el viento y se recuesta el sol. Y pocas posibilidades de que algún día yo pueda escribir en la calma del hogar, rodeado de la amistad de los libros, aquello sobre lo cual tanto hemos hablado juntos, aquello que ha ido tejiéndose y madurando en mí durante veinticinco años. Al enterrar mis libros, ellos han destruido una parte de mi vida. Pero no quiero rendirme, no quiero someterme, y dejar que también esa parte de mí mismo desaparezca y sea sepultada sin dejar rastros en esta celda blanca que lleva el número 287. Por eso ahora, en este tiempo robado a la muerte, estoy escribiendo notas sobre la literatura checa. No olvides nunca al hombro que te las llevará, porque él me habrá permitido no morir por completo. El lápiz y el papel que él me diera, me han conmovido más que un primer amor. Sin duda no va a ser fácil escribir sin material de base, sin documentación. Por eso puede ser que aquí o allá, muchas cosas que veo luminosamente ante mí y que me parece tocar literalmente, resulten oscuras e irreales para aquellos a quienes quiero decir. Por eso te escribo ante todo a ti, mi amor, mi colaboradora y mi primera lectora. Tú, mejor que nadie, puedes captar lo que tengo en el corazón y —quizá con Lada' y mi editor de cabellos blancos— podrás aportar todos los complementos necesarios. Mi cabeza y mi corazón están llenos, pero muros están desnudos. Es curioso esto de escribir sobre la literatura sin tener ni siquiera un libro que uno pueda al menos acariciar con la mirada.

A fin de cuentas, es un extraño destino el mío. Té sabes hasta qué punto yo amaba el espacio, el sol, el viento, y cuánto quería compartir la existencia de todo lo que vive en ellos: pájaro o arbusto, nube o vagabundo. Y en cambio, durante años, durante largos años, he vivido clandestinamente, en la tierra, como las raíces. Raíces invisibles,

amarillentas y retorcidas, confinadas en la oscuridad y la putrefacción, y que sostienen el árbol de la vida por encima del suelo. Ningún torbellino volteará el árbol cuyas raíces son sólidas. Ese es su orgullo. Y también el mío. No lo lamento: no lamento nada. Hice todo lo que estaba al alcance de mis fuerzas y me he sentido feliz de hacerlo. Pero la luz, yo amaba la luz, y hubiera querido subir derechamente hacia lo alto, florecer y madurar como un fruto comestible.

Sobre el árbol que nosotros hemos sostenido y mantenido, florecerán y madurarán generaciones socialistas de trabajadores, de poetas, de críticos literarios y de historiadores que dirán más tarde pero sin duda mejor, lo que yo ya no puedo decir. Entonces mi fruto será tal vez un poquito más dulce y adquirirá su plena forma, aunque la nieve no caiga nunca más sobre mis montañas<sup>24</sup>.

Pankráo, celda 267, 23 de marzo de 1943

## II

Queridos míos:

Todo sigue igual aquí, el tiempo pasa, simplemente, y yo estoy, como ustedes desean, “en una tranquila disposición del ánimo”. No veo por qué no habría de estarlo. He recibido las dos cartas de ustedes y Me aportan una alegría que no se extingue. No pueden imaginarse lo que uno puede buscar en las cartas y todo lo que allí encuentra. Incluso lo que ustedes no han escrito. Tengo muchas cosas que decirles, pero el papel no es extensible. Al menos una cosa los alegrará, y es que mi escritura, de la que antes se quejaban a menudo, ahora se ha vuelto muy fina. La mitad de esta carta está destinada a Gustina. Córtenla y envíensela. Pero, por supuesto, léanla primero, también está hecha para ustedes. Hijas mías, cuando escriban a Gustina denle mi dirección y ella sólo necesitará pedir permiso para escribirme.

Ustedes parecen pensar que un hombre que va a ser condenado a muerte no piensa más que en eso y se tortura con esa idea. Ustedes no comprenden. He descontado la muerte desde el comienzo —pienso que Verka lo sabe— y seguramente ustedes nunca me han

<sup>24</sup> Julius Fucik alude aquí a una página del famoso crítico checo, F. X. Salda: “Mi fruto es de la especie que no tarda mucho en madurar, que se vuelve tierno en la bruma a lo largo de las praderas melancólicas, una bruma que surge de las oscuras aguas estancadas cuando las primeras nieves cubren las montañas”.

visto torturado por esta idea. Yo no pienso en ello en absoluto. La muerte nunca es cruel sino para los vivos, para los que quedan. Por consiguiente, quiero que ustedes sean fuertes y valerosas. Los beso a todos y los estrecho en mis brazos. Esperando volver a verlos

Su Julia,  
Bautzen,  
8 de mayo de 1943

## III

Queridos mamá, papá, Liba, Verka —a todos ustedes, queridos míos:

Como ven, he cambiado de residencia y ahora estoy encarcelado en Bautzen. Al venir desde la estación, he podido ver que es una ciudad tranquila, limpia y agradable; esto también es válido para la prisión —evidentemente, en la medida en que una prisión pueda ser agradable para los prisioneros. Ocurre, simplemente, que después de la agitación que había en el Palacio Petschek, esto es demasiado tranquilo, ya que cada uno de nosotros se halla en celdas diferentes. Sin embargo, cuando se trabaja el tiempo pasa rápidamente. Como ustedes verán en el reglamento oficial adjunto, hasta tengo derecho a leer ciertas revistas, y por lo tanto no puedo quejarme del aburrimiento. A propósito de aburrimiento, la misma gente se lo fabrica, ya que hay quienes se aburren hasta en los lugares donde los demás viven una vida buena y hermosa, y para mí la vida es interesante no importa dónde, incluso detrás de las rejas. En todas partes se puede aprender algo, en todas partes se puede encontrar alguna cosa buena para el porvenir —a condición de que uno tenga un porvenir ante sí.

Escriban pronto sobre todo lo nuevo que haya ocurrido en casa. Aténganse al reglamento oficial adjunto, es decir, no me envíen paquetes, quizá sólo dinero, a la dirección que cito, a mi nombre.

Bueno, les envío mis más sinceros deseos, los beso y los estrecho entre mis brazos con la esperanza de que volveremos a encontrarnos.

Su Julia  
Bautzen,  
19 de junio de 1943

IV

Queridos míos:

¡El tiempo pasa como una tromba! Aunque les he escrito por primera vez desde aquí hace solamente algunos días, se diría que ya ha transcurrido un mes... y de nuevo están aquí, sobre mi mesa, el tintero y la lapicera. Un mes entero. Ustedes podrían suponer que en la prisión el tiempo no se mueve, por decirlo así, pero ese no es el caso. Por el contrario, uno cuenta las horas y advierte mucho más claramente qué cortas son, qué corto es el día, y la semana: toda una vida.

Estoy completamente solo en mi celda, pero no tengo la sensación de la soledad. Conmigo están buenos amigos: los libros, mi máquina de hacer botones, el grueso jarro de agua de barro cocido —un compañero que tiene buen carácter; me hace pensar en un alegre viejo verde que más bien estuviera lleno de vino que de agua—; y, para concluir, en la parte baja de un ángulo de mi celda, hay una arañita. Es increíble la cantidad de cosas que hay a discutir con mis amigos, a meditar, a cantar. La máquina, especialmente, es conversadora, al compás de mi propio humor: los dos nos comprendemos muy bien. Únicamente cuando olvido limpiarla ocurre que a veces se sienta contrariada y entonces se pone a rezongar hasta que le presto la atención requerida. Y además tengo otros amigos todavía, no en la celda, sino en el patio donde damos nuestros paseos cotidianos. No es un gran patio, pero sólo un muro lo separa de un espacioso jardín con viejos árboles majestuosos. El suelo de nuestro patiecito está cubierto con hierbas y flores de diversas especies como nunca he visto brotar en un espacio tan pequeño. A veces se diría que es una pradera en Un valle, en otros momentos un pastizal. Aquí y allá aparecen pensamientos, margaritas parecidas a bonitas muñecas, jacintos y hasta helechos: todo esto es simplemente una alegría, una pum alegría. También con ellos se puede discutir mucho. Y de este modo se escapa el día, una semana, y, fíjense, ha pasado un mes.

Sí, ha pasado un mes entero y no he recibido ninguna noticia de ustedes. Si no hubiera firmado, hace algunas semanas, un recibo por los 10 *reichmarks* que me envió Liba, ni siquiera sabría si han recibido mi última carta y si ustedes saben dónde estoy. Hasta ahora no he recibido ninguna carta de ustedes. Quizá se haya perdido. Escribanme, es preciso que me escriban —pueden hacerlo una vez por

mes— sobre lo nuevo que haya pasado en casa, cómo viven; dénme noticias de Gustina.

Los beso y los estrecho en mis brazos, a todos. Esperando volver a verlos

Su Julia  
Bautzen,  
11 de julio de 1943

V

Gustina, mi querida:

Acabo de recibir autorización para escribirte y lo hago inmediatamente. Según lo que me escribe Liba, tú has cambiado de domicilio<sup>25</sup>. ¿Te das cuenta, querida mía, que no estamos lejos uno de otro? Si te pusieras en marcha a la mañana, desde Terezin hacia el norte, y yo de Bautzen hacia el Sur, nos encontraríamos por la noche. Esos últimos pasos... ¡cómo correríamos para cubrirlos! Mirándolo bien, viajamos por lugares que tienen una significación para nuestra familia. Tú estás en Terezin, donde mi tío<sup>26</sup> alcanzó tanta reputación y yo voy a ser transferido a Berlín, donde él murió. Tal vez Liba te lo ha escrito: estoy solo en una celda y hago botones. En un rincón de mi celda, abajo, tengo una arañita; y afuera, sobre mi ventana, una pareja de petirrojos se ha instalado confortablemente. Muy cerca, tan cerca que oigo su gentil gorjeo infantil. Han empollado a sus pequeños —ellos tienen estas preocupaciones familiares!— y yo me acordé que tú tenías la costumbre de traducirme el gorjeo de los pájaros al lenguaje humano. Querida mía, ahora estoy hablándote, y espero y languidezco por el momento en que podré hablarte de viva voz. ¡Tendremos tantas cosas que decimos! Mi pequeña querida. Sé valerosa y fuerte. Te estrecho entre mis brazos con toda la fuerza de mi amor. Esperando volver a verte

tu Julia  
Bautzen,  
8 de agosto de 1943

<sup>25</sup> Gusta Fuciková había sido trasladada al campo de concentración de Terezin, también en Checoslovaquia.

<sup>26</sup> El compositor Julius Fucik.

## VI

Mis queridas muchachas:

Como probablemente ustedes ya lo saben, he sido transferido. El 23 de agosto, precisamente cuando estaba esperando una carta de ustedes, recibí en cambio una invitación para Berlín. El 24 de agosto ya estaba en camino, pasando por Górlitz y Cottbus; el 25 por la mañana sesionaba el tribunal y antes de mediodía todo había concluido. Esto ha terminado como estaba previsto. Ahora me encuentro, junto con otro amigo, en una celda de Plotzensee. Hacemos bolsas de papel, cantamos y esperamos nuestro turno. Quedan algunas semanas, que a veces se convierten en meses. La esperanza se aleja suave y sosegadamente como caen las hojas muertas.

Más de un romántico puede sentirse desesperado viéndolas caer. Pero eso no afecta al árbol. Es muy natural, es una cuestión de hecho. El invierno prepara a los seres humanos como lo hace con el árbol. Créanme: nada, absolutamente nada, me ha retirado mi alegría, la alegría que está en mí y que cada día me habla sobre un tema de Beethoven. Un ser humano no disminuye de tamaño ni siquiera cuando lo acortan de una cabeza. Desde el fondo de mi corazón anhelo que, cuando todo esto haya terminado, ustedes no se acuerden de mí con tristeza, sino con esta alegría en la que he vivido siempre. Detrás de todo ser, en uno u otro momento, se cierra una puerta. En lo que concierne a papá, reflexionen cuidadosamente si verdaderamente es necesario decírselo o aun dárselo a entender. Sin duda sería mejor no abrumar sus últimos años

Decidan ustedes mismas: ahora están más cerca que yo de él y de mamá.

Envíenme, por favor, las noticias que tengan de Gustina y trasmítanle mis más afectuosos deseos. Díganle que siga siendo siempre tan firme y valerosa como hasta ahora y que no se encierre en la soledad de ese gran amor que, yo lo siento, sigue sintiendo por mí. Ella tiene demasiada juventud y sensibilidad como para tener derecho a permanecer viuda. He querido que sea feliz y quiero que lo sea incluso sin mí. Ella dirá que eso es imposible. Pero es posible. Todos los seres humanos son reemplazables. En el trabajo, en el corazón de otro. Pero no le escriban esto todavía. No antes de que ella vuelva —sí es que vuelve.

Bueno, ustedes quieren que les diga, lo sé, cómo vivo. Bastante bien. Aquí también tengo que trabajar y, lo que es más, no estoy solo en mi celda, y por lo tanto el tiempo pasa... casi demasiado rápido —como dice mi compañero.

Y ahora, queridas mías, las beso y las estrecho fuertemente entre mis brazos. Esperando —por gracioso que esto pueda parecer ahora—esperando volver a verlas

Berlín- Plotzensee,  
31 de agosto de 1943